

MAUD DAVERIO DE COX Y  
EDUARDO G. WILDE

SALVADOS DEL  
INFIERNO

A 25 años de la dictadura  
argentina

GOFICA EDITORA  
SALTA - ARGENTINA

Dibujo de tapa: José Serrudo  
Diseño de tapa: Esteban Chavarría

## © SALVADOS DEL INFIERNO

### A 25 años de la dictadura argentina

de MAUD DAVERIO de COX y EDUARDO G. WILDE

GOFICA Editora  
Pueyrredón 1072  
A4400EAV – Salta – Argentina  
Tels./Fax 0387 – 4312972/5935  
gofica@arnet.com.ar

El derecho de propiedad de esta obra comprende para su autor la facultad de disponer de ella, publicarla, traducirla, adaptarla o autorizar su traducción y reproducirla de cualquier forma, total o parcial, por medios electrónicos o mecánicos, incluyendo fotocopia, grabación magnetofónica y cualquier sistema de almacenamiento de información. Por consiguiente nadie tiene la facultad de ejercitar derechos precitados sin permiso del autor y editor, por escrito, con referencia a una obra que se haya anotado o copiado durante su lectura, ejecución o exposición públicas o privadas, excepto el uso con fines didácticos de comentarios, críticas o notas, de hasta mil palabras o la obra ajena, y en todos los casos sólo las partes del texto indispensables al efecto.

Los infractores serán reprimidos con la pena del artículo 172 y concordantes con el Código Penal (art. 20, 9, 10, 71, ley 11.723)

I.S.B.N. 987-542-017-4  
Impreso en Argentina

## Introducción

«Hace falta que mueran cien mil personas para que la Argentina se arregle...»

por Uki Goñi

Pasé la dictadura de 1976 a 1983 recibiendo denuncias de las madres de los desaparecidos en el «Buenos Aires Herald». Claro que al principio el diario no sabía que eran «desaparecidos» y aún alentaba en sus editoriales la esperanza de que estaban meramente escondidos en campos secretos y que eventualmente Videla, Massera y compañía, los blanquearían en cárceles legales.

Yo personalmente nunca tuve esa esperanza. Desde que empecé a tener uso de la razón a mediados de la década de los 60', venía escuchando a los Argentinos que pasaban por Washington y por Dublin, las ciudades donde yo crecí, repetir la nauseabunda teoría de que *«hace falta que mueran 100.000 personas para que la Argentina se arregle»*.

Cuando empezaron las matanzas de la Triple A, supe que nada detendría a los que tan largamente venían acariciando el sueño de la sangre.

Tampoco comparto la visión de que los que no participaron directamente en la matanza estén libres de culpa. Los campos de la muerte argentinos nacieron luego de una larga gestación alimentada por décadas de complicidades, de dictaduras, de corrupción moral en que se establecieron pautas de comportamiento que permitieron la matanza.

Fue porque la prensa aceptó durante años la increíble prohibición de publicar el nombre de Perón luego de la Revolución Libertadora que le fue tan fácil durante 1976 a 1983 volver a cerrar sus ojos, esta vez al exterminio que estaba ocurriendo.

Les pregunté a las madres por qué venían a presentar sus denuncias al «Herald», un diario de baja circulación publicado en un idioma extranjero. «Pero hijo –casi se reían– ¡en «Clarín» y «La Nación» no nos dejan ni entrar por la puerta!».

Yo, de alguna manera, termine en el «Herald» por la misma razón. Era el único lugar en que podía hablar de lo que estaba ocurriendo alrededor mío. Me acuerdo claramente cómo, una vez que traspasaba las puertas del diario y salía a la calle, con mis amigos, en mi familia, con periodistas argentinos, era imposible hablar del tema de las desapariciones. Cuando yo sacaba a relucir la cuestión, fuera del «Herald», todos miraban para otro lado.

Creo que de no ser por Maud y Robert Cox hubiese literalmente enloquecido en esos años. Cuando apareció el cartel giratorio con la leyenda «El Silencio es Salud» alrededor del obelisco, durante el reinado de Isabelita; cuando pasaba por la avenida Libertador frente a la ESMA y veía a los camiones militares con sus toldos verdes, desde los que descendían civiles; cuando entre mis amigos argentinos trataba de hablar sobre las denuncias que recibía de las madres y me cambiaban el tema..., fue solamente porque estaban los Cox que recobraba mi centro de gravedad. Era como tener la «burbuja de silencio» del Super Agente 86 Maxwell Smart, un lugar donde se podía hablar.

Este libro recrea aquel espacio. A los que en aquellos años prefirieron ser ciegos, les permite volver con la vista restaurada. A los que vieron sin poder hablar, les permitirá saber que era posible tener voz. Para mí, que estuve allí, sólo me queda pensar que hice poco, que pudiese haber hecho más. Todavía falta.

**Uki Goñi**

**Buenos Aires – Enero de 2001**

El autor de esta introducción, periodista y escritor trabajó en el «Buenos Aires Herald» entre 1975 y 1983. Desde entonces ha escrito para la revista «Time» y el «Miami Herald» en Estados Unidos así como para «The Guardian» y «The Sunday Times» en el Reino Unido. En Argentina ha publicado dos libros: «Judas, el infiltrado» y «Perón y los Alemanes» en 1996 y 1998, para Editorial Sudamericana.

Elabora un nuevo libro llamado «The Real Odessa», a publicarse en Londres este año.

## Prólogo

El primer año de nuestro exilio estuvimos viajando por el mundo con cinco niños y un perro, en busca de trabajo o aceptando becas, pero siempre con la idea de volver a nuestra querida Buenos Aires. Desafortunadamente, después de ese año recibimos noticias de que el gobierno argentino "no podía dar garantías de seguridad a la familia Cox". Fue entonces que con Bob decidimos quedarnos un tiempo más afuera del país, pensando que era poco conveniente regresar.

Después de residir en Washington D.C. un tiempo, donde mi esposo fue "Visiting Scholar" \* en el Wilson Center, pasamos otro año en Cambridge, Massachusetts, en la Universidad de Harvard, institución en la que me dediqué a estudiar música.

Ya habíamos asimilado que sería imposible regresar a Buenos Aires, por la ira que los militares habían acumulado contra nosotros.

Para entonces recuerdo que un agente de la SIDE se acercó a Bob en Nueva York, a fin de pedirle que "lo ayudara a encontrar asilo político en los Estados Unidos, pues había caído en desgracia". Ese hombre le comentó que hasta existía "un plan para asesinarlo".

Por eso Bob decidió ir a trabajar a Charleston, Carolina del Sur, sede de la compañía "Evening Post Publishing Company", accionista mayorista del "Buenos Aires Herald" y dueña del diario "Post & Courier" de Charleston. A comienzos de 1981, aunque había disminuido la cantidad de arrestos y secuestros en la Argentina todo continuaba en la impunidad...

Mi marido se mantenía en contacto con decenas de parientes de aquellos que habían sido arrestados o directamente secuestrados.

\* Robert Cox escribió allí una tesis sobre el periodismo en tiempos de violencia: "The Sound of One Hand Clapping".

Muchas veces nos avisaron que la familia "tal o cual", venía siendo acechada por los agentes del régimen, a los que nosotros llamábamos "minotauros"\*. En los casos en que alcanzábamos a conocer los datos, notificábamos por telegrama de tal situación a las Naciones Unidas, a las organizaciones de Derechos Humanos y también a la Embajada Argentina en Washington, a efectos de dar la alarma y para hacerles saber que teníamos conocimiento en detalle del caso.

Como el gobierno militar argentino seguía preocupado por la imagen claramente negativa del país en el mundo, había contratado a compañías de Relaciones Públicas del exterior, a fin de encubrir sus atrocidades.

A veces fue posible salvar vidas simplemente dando a publicidad en el exterior los casos de secuestros de argentinos.

Mientras tanto, las compañías de Relaciones Públicas contratadas elaboraban y regalaban videos, que eran enviados a la gente importante del mundo, para mostrar la supuesta "tranquilidad absoluta" que reinaba en nuestro país. Por entonces se publicaban notas y entrevistas inventadas, en diarios y revistas, desmintiendo las confesiones y testimonios de quienes salían al exterior. Por esta razón, cuando se daba a publicidad alguno de estos "excesos", como les llamaban ellos a las atrocidades que salían a la luz, la Embajada se comunicaba con el Ministerio del Interior para que "parasen a los grupos armados". Y a veces hasta creo que ni los jefes del propio gobierno sabían lo que pasaba, ya que los paramilitares se exhibían descontrolados y operaban por su propia cuenta.

Tres años después de nuestra partida, se produjo la toma de las Malvinas y, consecuentemente, la guerra con Gran Bretaña.

Fue en esa época que regresé a Buenos Aires con mis dos hijas, para poder ver de nuevo a mi padre y también para acercarme a mi familia y amigos, en ese momento tan duro. Llegamos a conocer en los Estados Unidos como venían preparadas para la batalla las tropas inglesas y el triste contraste del adiestramiento para combatir de nuestros soldados, tropas que llevaron del Norte del país, de un clima cálido, al frío. La falta de armamento y alimento. Las tres

\* En la mitología griega el Minotauro era un monstruo con cuerpo humano y cabeza de toro, que vivía confinado en un laberinto y los atenienses le entregaban siete varones y siete doncellas, una vez por año. Hasta que Teseo logró matarlo.

estuvimos en la Capital Federal cuando se produjo el desenlace. Jamás olvidaré el silencio sepulcral en las calles de Buenos Aires esa mañana temprano, cuando salí al centro.

La sensación de no creer, de no comprender, la derrota era total. Horas después, alrededor del mediodía, recién la gente pudo vociferar su pensamiento sobre la traición que percibieron venía de los altos mandos, también de los medios de comunicación que los engañaron con una campaña exitista.

Nos quedamos una semana más. Los últimos días de nuestra visita a casa de papá, donde habíamos parado, fueron perturbados por continuas amenazas. Decidí que había llegado la hora de partir del todo...

De regreso a Charleston, Carolina del Sur, EUA, mis ansiedades y recuerdos no daban tregua a mi mente. Todos esos años vi pasar imágenes delante mío, como un interminable filme trágico, que se proyectaba ante mis ojos una y otra vez, y otra vez.

Los recuerdos de ciertos hechos, los rostros de gente conocida, conversaciones, cuestiones diversas de tiempos pasados, seguían atravesando por mi cabeza.

Necesitaba ocupar mi cerebro en otras cosas, si quería sobrevivir. Volví a estudiar en la universidad de Charleston, esta vez música y literatura. Era una manera de ocupar espacio dentro de mi mente para marginar los horrores y tormentos que habían ocurrido, que nosotros habíamos presenciado o testimoniado.

La vida continuaba, mis chicos crecían y necesitaban vivir en un clima familiar sano, no demencial. Retomé los cursos de historia, para poder comprender algo más a la humanidad. Especialmente estudié los innumerables crímenes cometidos en Alemania, en el Tercer Reich y en Rusia, historias que no me parecieron muy lejanas.

Durante esa época tuvimos a nuestro lado a algunos amigos nuevos que vinieron a casa. Recuerdo especialmente la llegada del diplomático argentino Marcelo Dupont, quien estaba buscando ayuda para enjuiciar a los responsables del asesinato de su hermana y también para aclarar la vinculación de ese episodio por el crimen cometido contra Elena Holmberg, cuyo cadáver apareció en el Tigre, hecho que ahora fue atribuido a Emilio Massera.

Recibimos la visita de muchas personas perseguidas por el régimen militar y tuvimos la confirmación de que muchas de las víctimas del Proceso fueron totalmente inocentes. Uno de los recuerdos más gratos que conservo fue cuando dos jóvenes sacerdotes,

rescatados de la cárcel en la provincia de Córdoba, devolvieron nuestra hospitalidad construyendo una habitación en el altillo de nuestra nueva casa en Charleston, S.C.

Su historia era definitivamente tragicómica. Ambos habían sido "marcados" como subversivos, solamente por ayudar a la gente de los barrios pobres, de los alrededores de Córdoba.

Cuando un grupo armado llegó a la capilla para "chuparlos" (palabra que utilizaron los represores), se encontraron con una monja norteamericana que tejía con toda paciencia, mientras los sujetos saqueaban la casa de los religiosos. La imperturbable actitud de la monja, a la que llamaban "Sister Mary", fue tan impresionante, que los represores se fueron sin tocarla, aunque llevándose a los sacerdotes encapuchados. Sister Mary dio la alarma inmediatamente.

Los religiosos contaron que ella les salvó la vida.

A fines de 1980 vinieron a visitarnos la escritora Alina Diaconú y Ricardo Cordero\*. Ella iba a dar una conferencia sobre sus obras en una universidad de Carolina del Sur. Los días que estuvieron con nosotros, paseamos por Charleston. Un día después de hacer turismo, nos sentamos a tomar café en un pintoresco lugar cerca del mercado. Empecé a contarles anécdotas de los sucesos que habíamos vivido en Buenos Aires los últimos años antes de venir a Estados Unidos.

– Maud –dijo Ricardo– ¿Por qué no escribes de eso?

– No lo pensé jamás. Yo no soy escritora –le respondí. Además Bob, cada vez que piensa en escribir sobre eso, regresa al pasado y se enferma...

– No importa si no eres escritora. Pero es importante que tú lo hagas. Es otro punto de vista. No es el testimonio interesado, partidario, de nadie...

Meses después, en 1988, sentada frente a mi computadora en la Universidad de Charleston, comencé a escribir...

En octubre de 1997, en una reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) en México, se acercó a nosotros Guillermo Wilde, periodista, secretario de redacción del diario El Tribuno de Salta, Argentina y me dijo:

– Maud, me confirmó el director que vamos a publicar tu libro.

Willy, como lo conocíamos desde 1984 cuando Bob llegó a Sal-

\* Diaconú y Cordero son dos conocidos escritores argentinos.

ta a dar una conferencia, volvió a visitarnos allá en Norteamérica en 1989. El había leído parte del borrador del libro y le pareció interesante. Me envió una nota diciéndome que no tirara los originales.

Creo que todavía sigue carcomiéndome el dolor. Muchos parientes de las víctimas ya han muerto, pero quedan los hijos pidiendo información. Ya los bebés nacidos en las cárceles tienen 20 años o más. Muchos de éstos no saben aún quienes fueron sus padres y sus abuelas aún están buscándolos...

Esta obra será para mis hijos y para el futuro, destinada a quienes les interese el tema que aún duele.

Así a lo mejor podré olvidar, con el tiempo, que nuestra vida ha quedado desde entonces, suspendida en el pasado...

**Maud Daverio de Cox**



*Pese a los años transcurridos desde que me tocó vivir los sucesos que relato, gradualmente había ido creciendo en mí la imperiosa necesidad de escribir y contar el clima que se vivía en la Argentina, en la década de los setenta, en Buenos Aires.*

*Suprimí en esta historia muchas anécdotas escabrosas, que entiendo el ciudadano argentino ya conoce.*

*Agradezco a todos aquellos que nos acompañaron y ayudaron a sortear esos años difíciles.*

*Aprovecho para agradecer el apoyo brindado por el amigo Roberto Eduardo Romero, director de diario El Tribuno de Salta, que ha hecho posible que esta obra salga a la luz.*

*Espero que estas memorias puedan ayudar a esclarecer el horizonte de los que, sea por falta de información o lo que fuere, no entendieron lo que pasó durante el Proceso.*

*Esta obra fue escrita en forma conjunta con  
Eduardo Guillermo Wilde*

*Maud Daverio de Cox  
Charleston, South Carolina, Estados Unidos*



## Capítulo I

# Rondó

(Forma musical reiterativa)

## 1976

*«C'est un pays triste, Mme. La musique est aussi triste. C'est un reflet du pays» («Es un país triste señora. La música también es triste. Es reflejo del país»)*

**Carlos Gardel a Doreen Schowald Berggrum.  
Diciembre, 1932**

Apenas dos meses habían transcurrido desde que tomara el poder la Junta Militar. El último año, antes del golpe, había reinado un caos infernal en el país. Las impunes ejecuciones de la «Triple A» se habían venido efectuando cada vez con mayor frecuencia. Los rumores inundaban las calles y daba la impresión de que nadie sabía quién ordenaba los procedimientos y, desde luego, jamás llegaba el castigo para los ejecutores.

Por eso mismo, el nuevo tiempo que acababa de llegar me parecía que debía ser más tranquilo. Tenía esperanzas de que el país regresara a un cierto tipo de orden.

En junio habíamos entrado a un invierno que pintaba como benigno.

Bob, mi esposo, temía sin embargo que todo esto fuera tan sólo una apariencia. Curiosamente, hasta ese día yo mantenía gran fe en el porvenir de mi Argentina.

Pero no pasó mucho tiempo para que ese mundo de ilusiones se derrumbara. Con el tiempo, iba a darme cuenta de que fue en ese preciso momento cuando comencé a vivir nuestro calvario.

Recuerdo como si fuera ayer, la tarde en que llegaron a nuestro departamento en Buenos Aires, Bob en compañía de su amigo Bill Montalbano, por entonces corresponsal del diario «The Miami Herald». Ambos lucían tristes, abatidos.

– Ha ocurrido un verdadero desastre anoche –comenzó a contar Bob–. Han asesinado a cinco religiosos en Belgrano.

Lo miré sin comprender la frase. ¿Quería decir «cinco curas»? ¿Cómo podía ser eso? ¿Quiénes? ¿Otra vez la izquierda? le pregunté.

– Parece que no fueron ellos –respondió, mirando a Bill.

La verdad me cayó encima de manera tremenda. Comprendí, de pronto, que Bob había tenido razón cuando me había contado poco antes que la situación era crítica y que se sospechaba eran miembros de las Fuerzas Armadas los que venían cometiendo esos actos de terrorismo.

Si así fue –deduje–, este crimen va a abrirle los ojos al pueblo, tal como venía ocurriéndome a mi desde ese momento.

Nadie soportará que se cometa un asesinato tan vil como el sucedido recién y que todo se mantenga en la impunidad, reflexioné.

Mientras, los dos me relataron algunos detalles del terrible episodio.

Contaron que tres sacerdotes y dos seminaristas, casi todos de ascendencia irlandesa, de la orden de los Padres Palotinos, dormían tranquilamente en su casa parroquial, en el barrio de Belgrano.

Ellos no acostumbraban cerrar las puertas de su hogar con llave, lo que demostraba en forma palpable la inocencia que hasta entonces imperaba. No se les ocurrió encerrarse para su seguridad.

Luego recordé la reacción del pueblo poco antes de producirse la «Revolución Libertadora», en 1955, cuando se comenzó a perseguir a los sacerdotes y hordas salvajes quemaron, una tras otra, varias iglesias de la Capital.

Supuse que esa misma gente, la que antes había reaccionado indignada y derrocó al gobierno entonces, también iba a hacerlo ahora.

Pese a que me sentía muy enferma esa mañana, dentro mío sentí crecer gradualmente, una indignación tan grande que decidí participar, junto a Bob de todo lo que siguiera.

Por eso mismo le dije que lo acompañaría a la parroquia de San Patricio, en Belgrano, donde iba a realizarse una misa de cuerpo presente por los religiosos.

A la mañana siguiente partimos hacia el templo.

Lo primero que hicimos fue buscar a John Scanlon, que era entonces el director de la Escuela «Saint Brendan» y del que conocíamos con certeza había sido amigo íntimo de los sacerdotes de ascendencia irlandesa, desde el momento mismo en que él arribó a la Argentina.

Fue Scanlon el que nos dio la primera versión de los hechos, según lo que muchos le habían contado a él:

– Fueron agentes de la SIDE –dijo escuetamente–. Sí, agentes de la SIDE, del gobierno –y se quedó mudo. No se animó a agregar ninguna opinión personal, como si esperara que nosotros mismos dedujéramos lo que fuera.

Pero en mi interior insistía en pensar ingenuamente: a lo mejor estamos equivocados. Quizás no fue gente del gobierno y abrigaba grandes esperanzas de que así fuera, que no hubiera sido gente del flamante poder militar.

Arribamos temprano a la puerta de la parroquia. Faltaban unos minutos para que se iniciase la ceremonia. Bob entró hasta la Curia y yo me crucé hasta la vereda del frente, a la esquina. Poco después se me acercó un policía y me pidió que me fuera de ahí, pues interrumpía «la circulación de los peatones».

Lo observé muda primero. Era un hombre de cerca de cuarenta años, de bigotes, piel algo morena y lo vi ansioso. Calculé que me daba pie para preguntarle lo que fuera.

– ¡Es verdaderamente un horror todo esto que ha pasado! –le comenté, mirándolo a los ojos.

– Señora, yo estaba acá anoche cuando llegaron. Luego me relevó mi compañero.

– Pero ¿usted llegó a verlos? ¿Quiénes eran?

– ¿Y quiénes van a ser? –respondió con energía pero en voz baja – Fueron «ellos»... Ordenaron que la guardia permanente del oficial que vive a media cuadra se retirase. Y de esa manera ellos entraron e hicieron lo que quisieron.

No podía creer lo que estaba escuchando. Lo miré, pálida. ¿Había sido tan ingenua que todos sabían lo que estaba ocurriendo y yo no me había apercebido? Bob llegó y me lo confirmó. Grupos paramilitares, al encontrar la puerta abierta, entraron y asesinaron a los sacerdotes, habiendo hecho que se arrodillasen antes de fusilarlos.

– Sujetaron a los sacerdotes y a los seminaristas, los hicieron arrodillar y directamente los fusilaron a quemarropa, allí mismo, en la Casa Parroquial. Después, con la sangre de las víctimas, escribieron en las paredes: «¡Así vengamos a nuestros compañeros de Coordinación Federal!» y «¡Por haber creado mentes subversivas!».

Ingresamos a la iglesia, que se mostraba repleta de gente. Reinaba un gran silencio y desde diferentes puntos se escuchaba el llanto contenido de algunos feligreses.

Los cinco cuerpos yacían en sus ataúdes, frente mismo al sagrario. Los otros miembros de la congregación, al ir a comulgar, desfilaban pausadamente ante los cajones abiertos.

Sentí un tremendo vacío dentro de mí.

Como en una confesión, musité: «¡Cristo mío! ¿Qué te han hecho?».

Al salir, en silencio, fuimos al auto. Nos dirigimos hacia la Embajada norteamericana, donde se realizaba una recepción por ser 4 de julio, día de la independencia de aquel país. Durante el trayecto nadie dijo una palabra. Habíamos quedado en estado de shock.

Llegamos a la residencia. La recepción era a mediodía. Al subir las escaleras hasta los salones del primer piso, reconocimos al pie de la escalera al embajador de Israel. Su cara se mostraba compungida. Se acercó y nos dio un abrazo de solidaridad. No había necesidad de pronunciar palabras. El ya se había enterado del suceso (quizás con más detalles que nosotros en ese momento). Con la sabiduría de un pueblo castigado, ya visualizaba lo que podría acontecer en nuestro país. Llegaron más diplomáticos y preguntaban «Si era cierto lo que se venía rumoreando». Susurros por doquier. Se respiraba preocupación y angustia en el ambiente.

De repente, en el centro del salón vimos al embajador de Estados Unidos, al Nuncio papal y al presidente Videla con un pequeño grupo de personas a su alrededor. Bob, conociéndolo como un devoto, se le acercó. En aquel momento, Bob pensaba que un grupo paramilitar, en contra del actual gobierno, venía cometiendo actos subversivos, para poder tomar el control del gobierno e instaurar un gobierno facista.

– Sentimos mucho lo que ha pasado. Recién volvemos de la iglesia San Patricio. Seguiremos rezando para que usted tenga la fuerza para poder terminar con esta barbarie.

El presidente bajó la cabeza, en silencio y con cara de preocupación, le dio la mano.

Nos retiramos y al bajar por la escalera nos encontramos con José Claudio Escribano, conocido periodista de un matutino porteño.

– Vamos al centro ¿Querés que te acerquemos? –le dijo.

– Sí, si me pueden dejar en Florida y Santa Fe, me bajaré ahí.

Subimos al auto y siendo tan ingenua yo habiendo vivido siempre una vida burguesa, le conté lo que había experimentado emocionalmente (hago un paréntesis, pues años atrás me había dado cuenta que no pensaba en los mismos términos que la alta burguesía. No contaba con la sofisticación de poder acomodar mis pensamientos a lo que más me convenía. No estaba condicionada a pensar en términos de ‘Poder’).

Recién volvemos de San Patricio. –¡Qué horror! ¿Qué está pasando aquí? Me imagino que el gobierno tomará medidas muy severas ahora contra esta gente. Las cosas que están ocurriendo no las puedo creer –al terminar mis oraciones de indignación volví la cabeza hacia atrás esperando una reacción de parte de él (este periodista era considerado serio y objetivo. Uno de los pocos columnistas que decían lo que pasaba sin tomar posiciones).

Pero él se quedo mirando hacia afuera por la ventanilla. No me contestó ni se inmutó. Recuerdo que hizo un sonido neutro y cambió el tema del diálogo preguntándole a Bob sobre una cuestión periodística sin mayor importancia. Me sentí mal. No entendía si esa reacción se debía a que yo era mujer y no se atrevía a comentar conmigo noticias de tal naturaleza.

Llegamos a destino. Nos agradeció cortésmente, se bajó del auto y poco después su silueta desaparecía por calle Florida, mezclándose con la multitud que transitaba por la vía, sin conocimiento de lo que venía ocurriendo. Era un día de invierno glorioso. La multitud que caminaba daba la impresión de formar parte de un pueblo sofisticado, cosmopolita, dentro de un país que funcionaba.

Ante de que pudiera decir nada, Bob me indicó:

– Did you realize he didn't want to talk? (¿Te diste cuenta de que él no quiso hablar?).

Como todavía seguía sin entender, le respondí: – Pero, ¿Por qué?, ¿Habría dicho algo que no debía decir?.

Nunca en mi vida me habían ignorado tan obviamente.

– No, parecía que quería desviar el tema –concluyó.

Y durante los siguientes cuatro años, esta actitud, tan incomprendible en ese momento, sería la que iba a imperar en Buenos

Aires. Nadie veía nada. Nadie quería hablar.

Yo seguía hablando, gritando, tratando de despertar esa inmovilidad mental que parecía fantasmagórica, como si una nube satánica hubiera recorrido nuestra ciudad, dejando a los habitantes transformados en robots en una sociedad de consumo.

Empecé a meditar sobre todos los hechos políticos que habían ocurrido en mi vida, reevaluando mis sentimientos y emociones.

Me pregunté: ¿Por qué había sido emocionalmente antiperonista?. Mi memoria se remontó al periodo después de la Segunda Guerra Mundial. Recordé las reuniones familiares de los sábados, a las cuales mi tío, el general José Manuel de Olano, casado con la hermana de mi madre, siempre asistía. De adolescente, oía las discusiones y comentarios de los mayores. Percibía la importancia que mi tío le daba al poder, la Iglesia, durante esa época, pactaba con el peronismo por el derecho que este le daba de seguir controlando la educación; los industriales tenían la oportunidad de enriquecerse dentro de un mercado no competitivo y nacionalista.

Me molestaba la ausencia de pensamientos sobre el bien común. Cada grupo veía en ese momento cómo podían conseguir ventajas. Todo aquel que cuestionaba este sistema era comunista o imperialista.

De chica había asistido al Colegio Ward de Belgrano. Aunque muchos argentinos concurrían a ese colegio, también había muchos estudiantes americanos y europeos. Recordé que en mi clase, en 1947, se sentaba al lado mío un muchacho de apellido Reid. Un día él no concurrió a clases. Horas después supimos que la madre había sido asesinada por la empleada (había habido una discusión entre las dos mujeres y esa mujer la acuchilló). Los semanarios pro-gobierno exaltaban a la empleada por haber dado muerte a esta mujer americana.

Estas estampas se acumulaban dentro de mi mente. Hubieron escenas que por años se me habían olvidado pero habían quedado grabadas en mi subconciente, como en la memoria de una computadora y ahora en este momento se me volvían a presentar.

Un sábado, ya en los años cincuenta, mi tío, el general, almorzaba con nosotros y la conversación giraba alrededor de los disturbios causados por los estudiantes en las universidades. Mi tío mostraba cara de preocupación, pensativo, como si tuviese que tomar una decisión y tendría que balancear una situación.

– Estuve comiendo junto a los generales –comenzó a contar– y parece que Perón habría propuesto no seguir arrestando estudian–

tes. Que lo más conveniente sería «hacer que unos cuantos líderes desaparezcan...»

Comentaron que había un túnel desde la casa de gobierno que daba al río. Con asombro salté de mi silla y dirigiéndome a él le dije «What?» (entre nosotros siempre hablábamos en inglés). Creo que mi reacción fue una sorpresa para él. Me miró y después se dio vuelta hacia los demás comensales (todos éramos familiares) y me recalcó:

– Bueno, a mi también me parece mal, pero ellos dicen que haciendo desaparecer unos cuantos líderes, se acaba con el problema.

– This is awful! (Esto es terrible) –grité otra vez.

El sonrió, mostrandome cierta compasión. Era obvio que yo no entendía. Los otros parientes no le dieron mayor importancia a su comentario. Eran tantos los rumores entonces... Más tarde le pregunté a mi padre cuál era su opinión:

– No, eso no puede ser. Lo que pasa es que 'Josie' (nombre que se le adjudicaba a mi tío en familia), oye muchas cosas y las repite. Por bárbaro que sea Perón, de ninguna manera podría hacerse una bestialidad como esa.

Volví al presente. Decidí empezar mi propia encuesta. Yo ya sabía, por qué estuve en contra de los regímenes militares, comenzando con el general Ramírez. Ahora iba a ver qué significaba peronismo para los otros anti-peronistas.

La actitud del periodista me había dejado pensando ¿Estuvimos todos contra la injusticia económica y moral? ¿En contra de la tortura? La expulsión de los torturadores del régimen de Perón, los hermanos Cardozo, que se fueron al Paraguay, fue realizada por repulsión a lo que estaba ocurriendo o solamente era un pretexto para atacar a un régimen que molestaba (otra vez) a algunos?



## Capítulo 2

### «¡La felicidad, ha, ha, ha, ha!»

(Canción de «Palito» Ortega)

1973

Reinaba la euforia entre los argentinos en la década del 70. Perón volvía al país y todos cantaban «¡Yo tengo fe!», junto a «Palito» Ortega.

Para los jóvenes eso significaba, de alguna forma, «piedra libre». Para las señoras que concurrían a pasear a sus neños por las plazas, se daba la posibilidad de romper con las reglas tradicionales: entrar a las villas miseria, ahora bien evidentes en la periferia de la Capital, y ayudar a esa gente a mejorar sus condiciones sociales.

Para las parejas de abuelos sexagenarios, llegó el tiempo de observar a sus nietos, ya adolescentes, cantando «¡La felicidad, ha, ha, ha, ha!».

Pero, a la vez, el «ra – ta – ta – ta» sangriento de la metralla comenzó.

Todos los argentinos de cierta edad se habían embanderado o simpatizaban con diferentes inclinaciones políticas. Entre esa masa de ilusos, que soñaban con contar un mejor país existían dos grupos de poder: los menos poderosos y sus acólitos. Y cualquier animal humano que tuviera su mente centrada en la política, se agrupaba en alguno de los bandos: derecha, extrema derecha, centro, centro-derecha, centro-izquierda, izquierda o extrema izquierda.

Yo seguía concurriendo al mercado cada mañana, haciendo las compras, acompañada por mis cinco hijos. La mayor, Victoria, ya tenía ocho años y me ayudaba a cuidar a los más pequeños. Volvía

a casa, jugaba y cantaba junto a ellos. Les ayudaba a hacer los deberes.

Pero, en forma simultánea mi mente funcionaba como la rotativa de un diario, a toda máquina. Me veía sola, sentada en un desierto y como mirando una película tridimensional que mostraba un Buenos Aires contradictorio.

La gente en las calles seguía caminando, o corriendo, muy feliz. Todo se asemejaba a un interminable día de fiesta: ¡era el paraíso! Pero, a la vez, todas esas imágenes chocaban con mi razonamiento, provocando permanentes cortocircuitos. Mi mente se resistía a recibir tantos mensajes discordantes. Adiviné que las estructuras dentro mío se iban resquebrajando.

Un día nos visitó en nuestra casa un gran periodista, amigo de Bob, al que yo había conocido cuando tenía diez años. Se trataba de Pablo Giussani\*, definitivamente enrolado en la izquierda por esos años. Yo no había vuelto a verlo desde mi infancia. Me sentía inquieta, ante la oportunidad de dialogar con él, y curiosa, por verle de nuevo.

Llegó a la hora del almuerzo y advertí enseguida que venía con una tremenda tensión. Conociendo su forma de pensar, deduje que él a lo mejor me veía como a una simple «mujer de la burguesía».

Al finalizar la comida nos retiramos a la sala a tomar un café. Allí recién empezó a relajarse algo y empezamos a recordar los veraneos en Necochea, balneario donde iban nuestras familias todos los veranos.

Casi de inmediato empezó a hablar sobre lo que venía sucediendo en el país.

– Yo ya no entiendo nada, Pablo. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es lo que la gente quiere? –le dije.

– Eso es fácil de entender, Maud. La derecha quiere controlar a Perón. Pero seguramente él va a cambiar todo este sistema –respondió en forma escueta y terminante.

– ¿Me estás queriendo decir que Perón tomará conciencia social de lo que sucede y va a terminar con ciertos privilegios? ¿Están tan ciegos que no recuerdan lo que Perón representaba en otros tiempos? El fascismo, el populismo y, finalmente, todo el poder en sus manos...

Se rió y comentó: – Pero si ustedes ya saben que Perón es un tre-

\* Fue el autor del libro «Montoneros, la soberbia armada».

mendo hijo de puta. Bajo la misma bandera van a pelear derecha e izquierda y allí se va a definir todo. Hasta es posible que la izquierda gane y entonces seguro que Perón los apoyará...».

Me di vuelta y miré hacia la chimenea. Pensé: «¡Qué ingenuos!».

Pero empecé a entender cómo debía funcionar el país, de ahí en más. Lo que sí, jamás me imaginé que las dos facciones antagónicas estuvieran preparadas para la lucha, dispuestas a aniquilarse una a otra.

Al escribir estas notas se me presentaron flashes de esos años confusos, entre 1972 y 1976.

Perón iba a ser presidente y... el «Zorro» y el Sargento García llegaron a Buenos Aires. Bob escribió un artículo en el «Herald»: «Zorro for president...»

Y es que todas las familias con niños hablaban del acontecimiento: Llegó el Zorro (el actor Guy Williams, quien fue el legendario protagonista de ese particular personaje). Había venido al país, porque se estaban pasando por la televisión los añejos episodios de la serie, que se habían filmado una década antes en los estudios de Hollywood, en Estados Unidos. Para los promotores del programa, era un eficaz golpe de propaganda y para «el Zorro y el Sargento García», una segunda vuelta a la popularidad.

La primera vez que Guy Williams vino a almorzar con nosotros, a nuestro departamento, el timbre de la puerta se mantuvo sonando constantemente. Sucedió que el portero del edificio le había comentado a unos chicos vecinos que: «el Zorro está en el departamento de los Cox». Y ellos llegaban a golpear la puerta, una y otra vez, pidiendo permiso para verlo. Algunos hasta llevaron libretitas, tratando de conseguir un autógrafo del actor.

Williams, con infinita paciencia, fue muy amable, los saludó uno por uno y firmó decenas de autógrafos. Recuerdo que dijo que se encontraba muy a gusto en Buenos Aires y estaba feliz con su nueva popularidad. Además dijo que le gustaba mucho la ciudad (tanto así que se quedó a vivir largo tiempo aquí).

Cuando el actor se alojaba con nosotros en la quinta de Highland, los hijos de los vecinos desfilaban de continuo a verlo. Otros chicos, más tímidos, se escondían en los arbustos para observarlo.

Esa visita fue para nosotros, una vuelta a la magia e ilusión que tanto necesitábamos.

En otra de esas imágenes que evocaba, recuerdo el aeropuerto de Ezeiza, poco antes del supuesto aterrizaje del avión con Perón a

bordo. Y reconstruyo en mi mente la foto del hombre sobre la tribuna, para la recepción, con sus brazos en alto, sosteniendo un fusil en forma horizontal. Después el caos...

Y más adelante, Perón de vuelta al balcón, en Plaza de Mayo.

Y la edición del 3 de septiembre de 1974 de la revista «Causa Peronista», en la cual Mario Firmenich y Norma Arrostito confiesan cómo ultimaron al general Pedro Eugenio Aramburu\*.

Y meses más tarde, otra postal en mi cerebro, cuando Perón, desde el balcón de la Casa Rosada, dirigiéndose al movimiento juvenil peronista «Montoneros», les espeta: «¡Imberbes!» y, de inmediato, la columna de la juventud, al oír esas palabras, le da masivamente la espalda y abandona la Plaza de Mayo.

Otra de las escenas que aparece en mi mente, es cuando una periodista, en una conferencia de prensa, le pregunta al general sobre diversos procedimientos policiales que se estaban llevando a cabo con toda impunidad.

«Tomen el nombre de esa periodista...» dijo el general.

La chica no había comprendido que no se le podía formular a él ciertas preguntas. Como era tan joven e inexperta, jamás había creído en los cuentos que le relataban los de la generación anterior.

Durante los años sesenta, en los colegios de la provincia se había insistido en que «los chicos deben trabajar en grupos».

Esa teoría educativa duró hasta 1974. Luego se inició otra tendencia en la educación, la que argumentaba que «el trabajo en grupo era contraproducente».

Comenzaron a pedirle a los alumnos de diferente nivel que trabajasen en forma individual. Como a mi hija mayor jamás le gustó trabajar en grupo, le reprocharon durante años en el colegio, ahora era elogiada por ser individualista.

Y luego sucedió que a todos aquellos que ya se habían acostumbrado a presentar trabajos en grupo, les costaba estudiar bajo el nuevo sistema, tan opuesto.

Durante la década de los setenta las telenovelas más populares de la televisión, en blanco y negro, se llamaban: «Me llamo Gorrion» y «Carmiña».

Con Perón de vuelta en el país, Cámpora cayó en desgracia y

\* Ex-presidente de facto, en la época de la Revolución Libertadora, 1955.

con él renunció todo su clan. Llegaron los asaltos, los secuestros, los rumores, los anónimos, las amenazas de bombas en los colegios y más amenazas, y más amenazas y más amenazas...

Una mañana temprano nos hicieron una llamada telefónica. Era de la dirección del colegio al que concurrían mis hijos. Habían recibido la amenaza de que les colocarían una bomba. Por supuesto, la llamada fue anónima.

Era posible que se produjera un ataque o, quizá, el secuestro de algún niño.

Nos pidieron a las familias si podíamos concurrir a proteger el establecimiento y Bob partió a ayudar. Volvió después de casi dos horas de guardia, riéndose a carcajadas me contó:

– No sé qué estábamos haciendo ahí, dando vueltas como en una calesita. ¿Sabés? Una señora hasta llevó su palo de amasar. Y parecía estar convencida de que así ella iba a poder luchar sola, contra todos...

Pero a todo esto la violencia crecía...

Y «Carmiña» se transformaba.

Apareció, además, el siempre narcotizante tema de los platos voladores. Gente de la televisión, con la «trascendencia» que los caracterizaba desde entonces, pedía con toda seriedad que todo el pueblo fuera hasta Chascomús, un domingo en la tarde. Que allí iban a ver arribar una enorme cantidad de los recién bautizados OVNI (Objetos Voladores No Identificados), los que traerían a bordo a los extraterrestres. Y que éstos habían elegido a la Argentina para bajar porque era –nada más ni nada menos– que «el país del futuro, donde siempre reinaría la armonía total...»

Para esos días (1972 o 1973) hasta hubo una entrevista a un «marciano», por la televisión:

«¿Qué hace usted en la tierra? ¿Qué edad tiene? ¿Qué misión cumple? ¿Dónde trabaja?», le inquiría el locutor.

Y el sujeto, flaco, pálido y enjuto, muy serio contestaba: «Yo estoy aquí trabajando en la Policía Federal. Mi verdadera edad es, naturalmente, de miles de años. Pero aquí mis documentos dicen que tengo sólo 48».

«¿Y por qué no nos cuenta cómo es la vida en marte?», seguía el conductor impertérrito.

«Bueno, allá impera la democracia. Cada tres meses tenemos un

nuevo presidente. No hay elecciones. Todos nos turnamos ejerciendo el poder...» Apagué la televisión.

Pero como mi hija mayor guardaba cama por una gripe, me pidió ver la telenovela. Era la hora de «Carmiña». Me quedé a verla con ella. Pero «Carmiña» ya se había transformado otra vez...

Durante la época del presidente de facto general Alejandro Agustín Lanusse (1970), Carmiña era la muchachita buena, atenta y sumisa. Una mucama linda y pura, razón que había motivado (como siempre), que el «niño» de la casa se enamorara perdidamente de ella.

Luego llegó la época del presidente Héctor Cámpora (1972) y Carmiña se transformó en una mujer bella, pero a la vez decidida, inteligente y hasta calculadora. Y los otros integrantes de la familia donde ella trabajaba, se volvieron grotescas brujas pintarrajeadas, los mayores en viejos babosos y el novio era el héroe que desafiaba a la sociedad.

En 1974, Carmiña volvía a ser la muchachita buena y cándida, que con gran humildad se incorporaba a la familia, que resucitaba con más lujos que nunca antes.

Una noche al prender la televisión, observé que se presentaba una entrevista al periodista Américo Barrios, al que le pidieron que contara sus experiencias «en el otro mundo».

Bob estaba enfrascado en su lectura. Lo sacudí del brazo:

—¡Por favor, no te pierdas esto! Parece otra de esas locuras que están difundiéndose, como te conté antes.

Américo Barrios contó primero lo que le había sucedido cuando visitó al general Perón en su casa de «Puerta de Hierro» en Madrid. Relató como al salir del auto esa tarde, antes de ingresar a la residencia, lo envolvió una ráfaga de viento frío.

Descubrió enseguida que una de las ruedas del auto estaba en llanta. Se dedicó a cambiar la rueda y sintió que lo envolvía un torbellino. Pero que, al calmarse el viento, percibió un fuerte olor a azufre en el aire y levantó su vista al cielo. Dijo que vio una nube de un color celeste intenso.

Conmovido por lo sucedido, entró a la casa del general y, tras saludarlo, le preguntó si creía en el mundo de los espíritus que circulaban en la Tierra. Según Barrios, Perón le dijo:

—¿Ve usted ese piano? —y le señaló un lujoso instrumento de cola en una esquina de la sala—. Vaya para allá. Ya verá...

Y al decir esto, Barrios continuó con su relato, contó que Perón

dio un brusco giro a la conversación y no quiso hablar más del tema.

Manifestó que entendía que el general quiso decirle que no existía tal piano de cola, que sólo fue una ilusión óptica, o algo así...

El periodista que lo entrevistaba también cambió de tema, como si todo hubiese quedado en claro y no quedara nada más por agregar.

Mientras tanto, en las diferentes reuniones sociales la gente se preguntaba cómo seguía la salud del general. En una recepción, por esos días, Ricardo Balbín nos contó que el presidente permanecía: «Muy lúcido tras el desayuno y hasta después del almuerzo, pero por las tardes ya no podía sostener una conversación coherente».

Por otro lado, también había quienes señalaban esos días que «el general nunca estuvo mejor» y muchos más que lo veían «muy abatido».

Los últimos recuerdos que me vienen a la mente, evocan la figura de Perón en la pantalla de televisión, caminando bajo la lluvia en Paraguay. Luego regresó al país y habló por radio pidiendo cordera. Poco tiempo después, un mediodía, el primero de julio de 1974, Bob me llamó por teléfono para contarme que Perón había muerto.

Varias horas después recién se lo comunicaron al pueblo.

A todos los diarios les prohibieron publicar noticias que no fueran sobre la vida del general. Ni siquiera otras necrológicas del día. Ni el pronóstico meteorológico.

Pero el director del «Buenos Aires Herald», mi esposo, desafió el orden. Hizo incluir el tiempo, nacimientos y defunciones.

Pero la edición no salió jamás a la calle.

Personal de la sala de máquinas, por orden del delegado sindical cambió por su cuenta el contenido de aquella edición, obedeciendo indicaciones del sindicato. El intento de hacer un diario normal, se frustró.

Enseguida asumió Isabel Martínez de Perón, vicepresidente por ese tiempo.

Apareció un nuevo grupo terrorista, la Triple A, o AAA.

Se produjeron otros asesinatos, cantidad de cuerpos tirados aparecían en plena calle, por doquier, hubo dirigentes gremiales ejecutados. Reinaba el miedo, el pánico.

Toda la población vivió esos dramas. Los banqueros, los industriales y los gremialistas circulaban rodeados de guardaespaldas, que hacían ostentación de armas a bordo de los autos de la custodia.

El ejecutivo de una empresa se suicidó, lanzándose al vacío desde un balcón, al no poder soportar tanta presión e interminables angustias.

Llegaron otras muertes, gente ametrallada. Ahora los asesinos entraban en las casas y mataban a sus ocupantes a mansalva, dejando una nota sobre los cadáveres: AAA.

Es que cada día nos despertábamos con la noticia de un nuevo secuestro o de una muerte. No podíamos acostumbrarnos a vivir en esa incertidumbre. Recuerdo el pánico que sentimos, cuando una mañana de octubre de 1975, recibimos una llamada en que nos anunciaron que «Menchi» Sabat (el caricaturista de diario «Clarín»), había sido secuestrado frente del museo de Bellas Artes, en la avenida Libertador, en la Capital.

Bob recién había regresado de la calle, después de pasear a nuestra perra «Spotty». Tras enterarse de lo sucedido, él comenzó a llamar a todas las agencias de noticias. Un empleado del museo había presenciado el momento en que habían secuestrado a Sabat, que caminaba con el director del museo, Samuel Oliver.

Luego, durante todo el día, nos realizaron infinitas llamadas. En la tarde recibimos buenas noticias. Blanca, la señora de Menchi nos llamó para decirnos que finalmente lo habían soltado. Es que el secuestro había sido llevado a cabo en contra del propio Oliver. También a él lo liberaron días más tarde, pero jamás se aclaró exactamente que grupo o quiénes lo habían raptado. Oliver guardó silencio sobre el tema, aunque según sus amigos, había resultado muy afectado.

Es que todos teníamos pavor entonces. Todos éramos blancos probables: el estudiante, el psicólogo, el homosexual y también el industrial, el banquero y el político.

Los nombres de los intelectuales se sumaban día tras día a la lista de los ejecutados; por caso, el asesinato de Silvio Frondizi\*.

El espectro político de la gente en peligro se iba ampliando.

¿Quiénes eran los asesinos? ¿Qué querían? Las familias nos sen-

\* Silvio Frondizi, hermano del ex presidente Arturo Frondizi, profesor de la universidad de La Plata y quizás inspirador para la formación del grupo «Montoneros».

tíamos amenazadas, vulnerables. Ya no respetaban lo sagrado del individuo, su hogar, ni los lugares de reunión.

Los asesinos entraban y «ra – ta – ta – ta...», acribillaban a todos y las notas seguían ostentando el ignominioso: AAA.

Había aparecido junto a Perón, José López Rega. Ex cabo de policía, cantante, mensajero del Arcángel San Gabriel, amigo de Isabel Perón, secretario del general y, finalmente, «Tartufo» del clan.

Bob escribía día tras día en el «Buenos Aires Herald» sobre lo que acontecía en el país. Él no llamaba a los asesinos (a los de izquierda o a los de derecha) ni «Grupos especiales» ni «Fuerzas de tareas», como era costumbre que los llamaran por entonces los grandes diarios del país.

Para él simplemente un asesinato era un asesinato y los autores sólo eran eso: asesinos. En este mundo irreal, de espíritus, de hipórbolas, donde los poderes permanecían embriagados, decir lo racional y la verdad comenzaba a ser peligroso.

No había un tirano que impusiese su verdad. El caos había triunfado. Viajábamos por el cosmos sin un rumbo cierto y los «agujeros negros» aparecían por todos los costados.

Mientras, la economía «nunca estuvo peor». La gente seguía repitiendo esas frases. Llegó el «Rodrigazo» \* y, con él, la economía dio un nuevo barquinazo, de esos tan comunes cada tanto en el país y continuó su camino, en franca decadencia.

José López Rega fue designado en un nuevo cargo, y partió como embajador argentino al Viejo Mundo.

En ese tiempo empezamos a aceptar invitaciones para asistir a diferentes reuniones diplomáticas. Si bien Bob era reacio a concurrir a las fiestas, decidió que ahora nos era necesario participar, porque así la gente comenzaría a reconocernos.

Varios amigos le aconsejaron que se quitara la barba, pues ya era demasiado conocido y ésta le convertía en un blanco aún más fácil de identificar.

Por esos días asistimos a una reunión en la embajada de Egipto. Al salir de allí un joven periodista nos invitó a tomar «un cafecito» con él y su esposa, que lucía embarazada.

\* El «Rodrigazo» fue una drástica decisión que tomó el entonces ministro de Economía: Celestino Rodríguez, que incluyó una nueva tremenda devaluación del peso.

Este muchacho manifestaba su franca inclinación anti-imperialista, «antiyanqui» especialmente. Y sus ideas las volcaban al que llamaban Tercer Mundo.

Durante la charla, le preguntó sin vueltas a Bob qué sabía acerca de lo que ocurría en Buenos Aires. Contó que había leído en «The Economist» que las «tres A» podían estar ligadas con los grupos que comandaba López Rega.

Además le pidió le dijera quién era el corresponsal de «The Economist» en el país y cómo conseguía toda esa información...

Bajé la cabeza con miedo.

Yo sabía que Bob era el autor de ésa y todas las otras notas sobre Argentina para ese diario inglés y también fue corresponsal de la revista «Newsweek», por años.

Seguimos tomando café sin inmutarnos y sin responderle nada.

El joven periodista seguía hablando. Contó que era «Vox Populi» que se venía un golpe de Estado.

– ¡Ojalá se produzca cuanto antes! –decía, y su pareja lo apoyaba.

Reconozco que yo también quizá deseaba se produjera el golpe, para terminar con ese inacabable baño de sangre. Pero me sorprendió profundamente que los de izquierda, otra tendencia, también aguardaran esperanzados un golpe de estado.

Me sentía interesada en saber cómo veía las cosas la gente de izquierda. De manera que aguardé otros comentarios.

– Mi mujer espera un bebé. Pero puede ser encontrada en una zanja mañana. Esto ya es una locura. Si viene un golpe militar y se equivocan de persona y me llevan detenido, seguro que habrá una investigación, un juicio. Lo máximo que me puede pasar es que me tengan preso unos pocos días, o hasta unas semanas. En toda esta confusión cualquiera puede resultar asesinado y, después, ni se cuestiona el crimen ni se averigua nada...

Estoy convencida que los argentinos querían terminar con el caos, con los rumores y, especialmente, con las delaciones...

En la noche del 25 de marzo (un día después del golpe), Balbín había terminado de hablar por televisión:

– Piensen bien...–había expresado– Faltan minutos ¡Qué no entremos en la jungla!

– Victoria, vení a escuchar la radio, están tocando «El golpe»\*, le grité a mi hija.

(2) «El golpe», de Scott Joplin, era un tema musical de moda, del filme homónimo.

### Capítulo 3

## Quizás por culpa de una bala perdida

1976

Creo que para entonces, ese año, yo aún no había tomado conciencia de nada. No experimentaba temor, aunque fuera un sentimiento con el que había convivido muchos años, si bien no en forma constante. Me parecía que era afrontar el mismo riesgo como resultar impactado por una bala perdida, que no había sido dirigida intencionalmente a nosotros.

Todo eso era siempre una posibilidad cierta.

Evoco la enorme tristeza que guardaba y mi indignación, al observarme rodeada de tanta injusticia, ante la que siempre me sentía impotente. A la vez, en mi manera de ver los hechos, percibía cierta sistemática estupidez.

No justificaba la necesidad de una revolución social en la Argentina en esos momentos. Pero sí quería una evolución que, si bien sería más lenta, debía resultar más segura. Reflexioné entonces: De cualquier modo ¿qué se había conseguido con las grandes revoluciones?

Empecé a releer añejos textos de historia y así comprobé que no me había equivocado. La famosa Revolución Francesa atrasó ese país cien años: pasaron de la monarquía a vivir en un reino de terror. Del Imperio, tras la derrota y la monarquía, hasta llegar a la Segunda República. Pero la inestabilidad no concluyó ahí. Faltaba un segundo imperio, antes de alcanzar la Tercera República.

La Revolución Rusa fue más constante. ¿Pero valió la pena esta revuelta sangrienta que trajo tanto sufrimiento en los años siguientes? Las reformas movilizaron y motivaron el traslado de miles de familias campesinas, separándolas del núcleo tradicional familiar y produciendo muchísimos sacrificios humanos.

Y todo ello sin olvidar las masacres en los «Gulags»\*, de los amigos de Stalin, sus oficiales.

Por otro lado yo jamás había apoyado a los movimientos guerrilleros que operaban en el mundo, sin tener idea clara de lo que pretendían.

Tampoco, quizá mucho menos, me sentía conforme con estos nuevos grupos que aparecían cada día, matando a los sospechosos y a sus amigos.

Entendí que todos nos hallábamos en la mira de los extremistas. No había seguridad para nadie. Sí, a lo mejor pudimos ser perseguidos en esos momentos. Además, ¿cómo no se daban cuenta que nunca iban a ganar usando exactamente los mismos métodos sangrientos que sus enemigos, a los que ellos llamaban «los bandidos»?

Pero ¿era solamente una guerra de poderes? ¿Cómo era posible que ninguno de los bandos opuestos mantuviera algunos principios?

Un día concurrimos a una reunión social en casa de Ezequiel Gallo. Allí conocimos al periodista Mariano Grondona.

Él nos dijo esa noche que se sentía particularmente temeroso de su destino: «Soy abogado y periodista... Dos profesiones sospechosas en el país».

– Mariano, ¿es cierto lo que se rumorea que grupos armados entran a las casas y matan sin piedad? ¿Son paramilitares? –Le preguntaron varios, a boca de jarro.

– Sí. Y no me sorprende –relató Grondona–. Hace mucho que están haciendo esa clase de operativos. Yo mismo estaba al tanto hace años de todo eso. Continuó que: «Una vez venía manejando mi auto en la provincia y me quedé en la ruta. Me rescató un auto policial. El chofer me llevó hasta el pueblo más cercano para pedir auxilio. Mientras marchábamos por el camino, el conductor me contaba algunas de sus «aventuras», como si fuesen hechos totalmente naturales y una realidad muy conocida...

Comenzó a explicarnos qué es lo que pasaba en ese momento:

– Me han dicho que ahora la táctica que utilizan es diferente. Parece que llaman a cada oficial para que actúe en un determinado operativo. Hasta los oficiales de administración son llamados de noche o en las madrugadas, para que se comprometan a actuar en el sistema. Para que haya solidaridad, todos tienen que tener las manos manchadas con sangre...

\* Campos de concentración en Siberia

Me quedé sorprendida al escuchar sus palabras, pues aunque Grondona reconoció sentir temor, había aceptado que se cometieran esas barbaridades, como una verdad que ya no era posible cambiar.

Pensé en el término griego «idiota». Creo que a la larga tendríamos que convertirnos todos en «idiotas». O sea en seres que nos ocupáramos solamente de nuestros propios problemas, nunca del bien público, ni de nuestra comunidad ya enferma.

Una noche, al regresar del diario me dijo Bob que después de cenar pensaba ir hasta Plaza de Mayo. Comentó que había escuchado que padres y parientes de los desaparecidos iban a la madrugada, muy temprano, a hacer una larga cola frente a la Casa Rosada, sede del Ministerio de Interior. Esos padres iban a averiguar si sus hijos habían sido apresados y permanecían detenidos en algún lugar del territorio nacional.

A eso de las ocho de la mañana, en la mesa de entradas del Ministerio, se repartían diez números. Ello significaba que los afortunados que los recibieran iban a ser atendidos en algún momento del día. En pleno crudo invierno, los familiares llegaban a la plaza a medianoche y esperaban horas y horas para recibir un número.

–¿Pero qué es lo que quiere saber esa gente? –interrumpí.

– Sucede que algunos oficiales entran a las casas, para llevarse a algún miembro de la familia. Después, en las comisarías, todos niegan haber sido los que se llevaron a los chicos. Esa oficina se abrió para facilitarles la búsqueda a los parientes. Recoger detalles del hecho y ayudarlos...

– ¿Pero tienes que ir tan temprano?

– Bueno, me dicen que son tantos los familiares que pasan la noche en Plaza de Mayo para que los atiendan temprano, que quiero saber bien qué es lo que en realidad ocurre o si algunos están exagerando sus comentarios...

Terminó de cenar hacia las tres de la mañana. Y dejó el departamento para entrar en el invierno húmedo de Buenos Aires.

– No te olvides llevar el Asmopul... –le rogué.

Estuvo de regreso a eso de las ocho de la mañana. Confirmó puntillosamente que lo que había oído antes era absolutamente cierto.

Me comentó que lo que había observado era peor que todo lo que uno jamás pudo imaginarse.

Había llegado hasta ese sitio y haciéndose pasar por un pariente más con un desaparecido en su familia, escuchó una y otra historia que le contaban los padres.

Uno de ellos le confesó:

– Entraron en mi casa y nos pidieron con toda cortesía que los acompañara nuestra hija, porque necesitaban cierta información. Que como ella había trabajado como maestra, enseñando en los barrios, podía ayudarlos. Mi hija no titubeó jamás en partir con los uniformados. Se vistió y se fue con ellos. Esa gente hasta nos dejó la dirección a la que iban a llevarla. Antes de irse, nos indicaron que le diésemos dinero para el taxi de regreso... Pero ella jamás regresó... –murmuró entre lágrimas.

Otro mujer contaba: – En mi hogar ingresaron enfurecidos y nos destruyeron a golpes los muebles. Se llevaron el aparato de televisión y después sacaron a la rastra a mi hijo, que estaba descansando en su habitación.

Un tercero le explicó a Bob que: – Mi hijo no regresó de su trabajo en la fábrica. Como me habían explicado que se llevan a todos los jóvenes que andan por las calles en la madrugada, pienso que en una de esas a lo mejor detuvieron a mi hijo para interrogarlo. No sé qué pensar, él es un muchacho honesto. Creo que si lo arrestaron cometieron una equivocación. Mi mujer insistió en que viniera a preguntar aquí. Ojalá que no esté herido y en algún hospital. Como usted sabe, en este país se produce un accidente y ni le avisan a la familia.

Esas y muchas otras historias más escuchó Bob esa noche. Le había extrañado observar la resignación y paciencia con la que afrontaban sus casos toda esa gente. Los pobres reflejaban una actitud de sumisión, de humildad. Me dijo Bob que no detectó que ninguno mostrara indignación por tener que aguardar para que le dieran un número para preguntar por su gente amada.

Mi esposo se sentía ya entonces muy indignado y a la vez, desconcertado. Esa misma mañana escribió un editorial para sugerir que esa oficina se mantuviera abierta día y noche y pidió que se humanizara el sistema.

Gracias a eso creo, pocas semanas después hubo un ligero cambio. La oficina permaneció abierta todo el día. Pero, de cualquier manera, todo seguía siendo una trágica farsa. Pues nadie les daba información cierta a toda esa gente desesperada por conocer algo de los suyos.

Los funcionarios con cara impávida, les respondían siempre, una y otra vez: – No sabemos nada de la persona por la que usted pregunta...

Los «minotauros» seguían alimentándose en la impunidad...

Y yo insistía en comentar repetidamente con mis conocidos sobre lo que sucedía. Pero creo que estaba engeguécida. Mi obsesión era tal que me había encerrado en mi propio mundo creyendo que todos veían y sentían igual repugnancia por los acontecimientos que la que experimentaba yo. Mi casa comenzó a llenarse de gente.

Nuestros amigos y parientes llegaban a vernos porque era la parada habitual para los que vivían en las afueras y venían hasta el centro de la ciudad a pasar el día... O se acercaban simplemente para tomar un cafecito y charlar un buen rato y sacarse sus ansiedades (costumbre que todavía extraño aquí lejos). También querían hablar con Bob y pedirle que les diera algún consejo sobre cómo proceder. Yo hablaba y hablaba mucho tiempo con todos.

Me hice la ilusión de que mis palabras les llegaban profundamente, que conseguía comunicarme con mis amigas. Sentía como una fuerza centrífuga que me impulsaba a ventilar mis ideas.

Pero, desgraciadamente, lo que en realidad ocurría era todo lo contrario. Los demás actores de este drama interminable no llegaban a entender lo que yo intentaba repetidamente explicarles. Quizás todos seguían su camino controlados por otra fuerza que actuaba en sentido contrario y por eso se mantenían rígidos, sin reaccionar.

No querían ni aceptaban que ninguna idea nueva pudiera irrumpir desequilibrando las estructuras con las cuales se movían.

Algunos lograban entender los sucesos y siguieron visitándonos y tomando innúmeros cafecitos. Más tarde, ése iba a ser el pretexto que mis amigas usarían para ver si todo estaba bien. Si seguíamos en pie.

Pasó el invierno y entramos en la primavera. Bob continuaba recibiendo denuncias de cientos de personas e investigando casos.

Nosotros, los de la familia Cox, partíamos en grupo todos los fines de semana hasta nuestra quinta en Highland Park, en Del Viso.

Allí concurrían de nuevo todos nuestros amigos, o cualquier corresponsal de diario o revistas recién llegado, que se sintiera solo en Buenos Aires. La consigna para aceptar sus visitas era que trajeran un pedazo de carne para el asado, si concurrían en condición de «no invitados».

Lo demás no importaba. Serían esos fines de semana tan especiales, disfrutando de la naturaleza, compartiendo los juegos de los niños, los que iban a mantenernos medianamente equilibrados en esa época tan difícil.

Años atrás una amiga nuestra, Teresita, insistió para que Bob conociese a un amigo de su juventud: Hipólito Solari Yrigoyen.

Pero siempre surgía un imprevisto a último momento y la cita con este señor se iba postergando día a día. Por fin llegó el momento en que íbamos a conocerlo. Arribamos a la quinta a la hora del té y Teresita salió a esperarnos al camino para explicar: – Bob, otra vez Hipólito ha cancelado su cita. Tuvo que viajar a Bahía Blanca.

Dos días después recibimos una llamada telefónica urgente. Esa vez la noticia fue otra... El ex senador radical Solari Yrigoyen había sido secuestrado junto a otro ex diputado nacional: Mario Abel Amaya.

Aunque nunca habíamos llegado a tratarlo en persona, por todas las citas frustradas, habíamos llegado a sentirlo como si fuera un conocido. Controlé las lágrimas que acudían a mí. Bob dejó lo que estaba haciendo y partió al diario. Otra vez me quedé sola e impotente con mis pensamientos. Cada caso era toda una odisea en mi mente.

Los días transcurrieron y no había noticias.

Un día Bob me dijo: – No se sabe nada de él. Conocí a su esposa, Tessie, una dama con gran dignidad. Ella y su familia están desesperadas.

Tres veces por semana Bob salía muy temprano de casa, para ir a ver a la gente del gobierno con la cual aún podía hablar.

– No se sabe nada Cox... –le repetían en cada ocasión.

Finalmente, el caso salió de entre las sombras. Dijeron que alguien (¿quién?), organizó una «puesta en escena». Que el auto de los captores había chocado y que ellos abandonaron a Solari Yrigoyen y Amaya en un paraje descampado, cerca de la ciudad de Viedma, en la provincia de Río Negro.

La policía dijo que arribó al sitio instantes después del choque y que, al ver allí a los dos hombres, los recogieron y trasladaron hasta la ciudad. Poco más tarde, las autoridades del Quinto Cuerpo de Ejército, con asiento en la ciudad de Bahía Blanca, dispusieron la detención de los ex parlamentarios, sin precisar los cargos que pesaban sobre ellos.

Tras leer en el diario sobre la historia del choque y la detención posterior de ambos, comenté:

– Pero Bob, esto es como chiste. La gente no es tonta, se van a dar cuenta enseguida lo que pasó. Realmente esto no tiene sentido.

Pero la gente de la calle reaccionó repitiendo que: «¿Viste? Arrestaron a Solari Yrigoyen». A nadie le interesaba mucho la cuestión.

Quizás a ninguno se le había pasado por la mente que eran los mismos que antes los habían secuestrado desde sus residencias los que habían montado esa absurda parodia. Esa jugada, que yo consideraba tan burda, les había dado resultado...

Y después todos continuarían repitiendo esa frase tan rutinaria, tan injustificada, tan penosa: «Bueno, por algo será...».

En octubre de ese mismo año, el ex diputado nacional Mario Abel Amaya moría en el hospital del penal de Villa Devoto, donde estuvo recluido, a disposición del Poder Ejecutivo.

Cuando lo liberaron, Solari Yrigoyen\* se fue a París.

\* Hipólito Solari Yrigoyen regresó al país recién después que volvió a reinar la democracia.



## Capítulo 4

# El beso envenenado

(«The Poisoned Kiss», obertura de Ralph Vaughan Williams)

## 1976

Amanecemos con Videla, Massera y Agosti instaurados en el poder. Era un glorioso día de otoño («Parece un día peronista», comentaron muchos). Los chicos estaban contentos pues el flamante gobierno de facto había decretado asueto escolar.

En mi viaje al mercado, como siempre, los veía felices patinando por las veredas del barrio. Cualquier turista que hubiera llegado la semana anterior a Buenos Aires, se habría extrañado de ver la transformación que había sufrido la ciudad en el transcurso de unas pocas horas. Como por arte de magia pasó de ser una urbe llena de gente temerosa, donde se advertía la ausencia de niños jugando en las calles, a una capital donde reinaba la calma y todos se comportaban como si nada hubiese sucedido jamás.

El barrio Norte de Buenos Aires fue mostrando gradualmente su nueva cara. Aparecieron jinetes cabalgando en grandes motocicletas de lujo, que se pavoneaban por las avenidas céntricas. Desde los garajes emergían autos repletos de proveeduría... y de criaturas. Familias que seguramente iban a pasar el fin de semana en alguna localidad del interior.

Volví de hacer las compras y fue el portero de mi casa, en la calle Alvear, el primero que me saludó. Me dijo: «Señora, no he visto tantos autos de lujo Mercedes Benz desde que llegué a esta ciudad. ¿Dónde habrán tenido escondidos estos vehículos todos estos años?».

En un instante vislumbré que no habíamos aprendido nada, tras haber pasado tanto tiempo en que se había visto venir una explosión social.

El corresponsal de la revista «Newsweek» en Argentina, James Pringle, vino a casa a despedirse. Lo habían trasladado a Polonia. Se mostraba contento de haber podido permanecer en Buenos Aires y haber sido testigo directo de ese cambio en la historia.

Evocamos juntos con tristeza los asesinatos, los secuestros interminables, las amenazas de bombas y los atentados, las explosiones por años.

Memoramos el secuestro del gerente general de la Fiat, Oberdan Salustro\*, uno de los raptos iniciales de esos tiempos más notorio y, especialmente, el lamentable desenlace.

Hablamos también del día en que francotiradores balearon a unos policías que volvían de hacer sus guardias y regresaban a sus casas.

Bob había escrito un editorial condenando el hecho y cuestionaba cómo habían logrado subir impunemente a las terrazas de las casas del barrio de San Isidro, suburbio elegante de Buenos Aires.

Ese artículo provocó de inmediato la reacción hostil del grupo guerrillero «Montoneros», que se reunió a ver qué medidas debían tomar contra el director del diario anglo – argentino y contra otros periodistas de ese medio.

No queriendo enfrentarse directamente y en forma pública con un medio de prensa, les mandaron anónimos, para hacerles saber que «¡Ahora están en la lista negra!».

Recordamos que en ese tiempo, un nuevo grupo extremista se había sumado a otros comandos terroristas: ¡La Triple A!

James Pringle era un muchacho de unos veintitantos años, de escasa estatura y esmirriado. Muy serio y pausado al expresarse. Dijo que había concurrido a un cóctel en su homenaje, para despedirlo, y que habían asistido algunos oficiales de la Marina, que había conocido por su trabajo. Señaló muy serio:

—¿Sabes que es lo que más me sorprendió? Oír que un oficial bromeaba con otro y ambos recordaban con orgullo que habían salido disfrazados una noche y que ¡ajusticiaron a los que no comprendían el «sentido de Patria»!

Hice un comentario, pero Pringle continuó hablando como si no me hubiera escuchado. Parecía estar haciendo una confesión en voz alta, para sí mismo, tratando de interpretar lo que había oído.

\* Oberdan Salustro, ejecutivo de la Fiat, fue secuestrado por un grupo terrorista y encerrado en una celda en un sótano. Pereció en el momento en que fueron a rescatarlo.

– Lo más extraño fue verme en medio de ellos, oyendo esa conversación, me entró pánico. Lo sentí como si hubieran estado diciendo una gran verdad. Lo manifestaron sin ningún reparo, sin temor, sin ninguna discreción. Yo sé que todo lo que dijeron puede ser verdad, porque he tratado antes con toda esa gente y se manifestaban preocupados con la situación. Especialmente por el alocado accionar de los de la Triple A. Tuve que admitir finalmente que, de repente, me sentí en medio de extraños...

A poco cambió el tema de la charla. Habían llegado otros invitados a casa. Nunca volvimos a retomar ese diálogo.

Pocos días después Bob comenzó a percatarse de ciertas irregularidades que se venían produciendo. Andrew Graham – Yooll, un periodista amigo que trabajaba junto a él en el «Buenos Aires Herald», había recibido una carta de una pareja de amigos de su padre y le contaban cómo habían perdido a su yerno.

Bob y Andrew notaron que la nota que les mandaron había sido escrita en una forma cauta y temerosa. Decidieron concurrir a ver a los padres del joven, que vivían en la localidad de General Pacheco, para saber detalles del hecho.

Llegaron hasta allá y los dueños de casa los hicieron sentar y les contaron en tono confidencial lo sucedido.

El yerno de esa pareja amiga de los padres de Graham – Yooll, era un muchacho respetable y con hijos, empleado de una planta química. Como siempre fue un trabajador ejemplar, los directores de la empresa le habían aconsejado que siguiera estudios en la universidad, para tener la oportunidad de ser ascendido. Como se acostumbraba que vinieran a ofrecerse cantidad de jóvenes con títulos universitarios a esa y otras empresas, consideraron que si el muchacho lograba un diploma universitario en el futuro, podrían tenerlo en cuenta para designarlo gerente en el laboratorio de la planta.

Y le dieron todo el apoyo y el tiempo necesario para que concluyese su carrera.

Durante esos últimos años, el joven y otros habían formado un grupo de estudiantes y amigos que se reunían en su casa, para estudiar juntos. Dos días después del golpe militar, mientras yo observaba a los chicos felices patinando por las veredas del barrio, un grupo comando salió a detener a mansalva a cualquier individuo que les pareciera sospechoso y que transitara por las calles de Zárate.

Este hombre, ciudadano ejemplar, padre de familia, yerno de esa pareja, fue llevado desde su propia casa por los secuestradores. Y después de haberlo torturado, lo arrojaron en una zanja en el pueblo. Unas monjas que acertaron a pasar por allí cerca, al escuchar sus quejidos, lo llevaron agónico hasta un sanatorio cercano.

Antes de morir, el joven relató lo sucedido a sus seres queridos.

Luego, al terminar su relato, los padres del muchacho le pidieron encarecidamente a Bob y Andrew que no publicaran nada sobre el caso. Que ya habían recibido muchos anónimos amenazándolos y que estaban temerosos por lo que podía ocurrirle al resto de la familia.

Sorprendida en extremo por el giro que había tomado la cuestión, mi primera reacción fue tratar de analizar racionalmente los acontecimientos. Pensé que estos «comandos» tenían que ser grupos sin jefes que queriendo desprestigiar al nuevo gobierno, se habían disfrazado con uniformes militares para cometer esas aberraciones. Era lo más lógico, pues siempre hubo desinformación en el país.

– Unos pudieron hacerse pasar por otros – señalé ingenuamente.

Bob me miró, arqueó una ceja. No hizo comentarios.

No pasó mucho tiempo hasta que fue anunciado el nuevo gabinete. El general Eduardo Albano Harguindeguy fue nombrado ministro del Interior.

– ¿Quién será este Harguindeguy? – preguntaba la gente, y también yo misma.

– El «Plan Dorrego» ¿te acordás? – me explicó Bob–. Estando el presidente Héctor Cámpora en el poder, este general, comandante de una unidad militar, trabajó junto a los «Montoneros» en uno de los programas sociales.

José Martínez de Hoz fue nombrado ministro de Economía y, como segundo, asumió un amigo nuestro: Guillermo Walter Klein.

Habíamos conocido a Klein los últimos meses antes del golpe de Estado que derrocara al último presidente constitucional, Arturo U. Illia (1963 – 1966).

En 1964 regresábamos de Europa con toda la familia, bajo el gobierno del presidente Illia cuando al llegar al aeropuerto de Ezeiza, quedamos impresionados por los notorios cambios. Al pasar por la Aduana observamos cierto orden y nos hacían declarar nuestras pertenencias.

Lo pidieron con toda cortesía y sin incurrir en ninguno de los guiños que habitualmente tuvimos que sufrir antes. Nos pareció que por fin respirábamos un aire de libertad. Imaginamos que la corrupción finalmente había sido controlada.

Luego, al volver Bob a su lugar de trabajo en el diario, donde ocupaba entonces el cargo de sub – director, advirtió casi enseguida que la gente lucía inquieta, protestando por todo. En el ambiente ya se adivinaba que se venía un nuevo golpe de Estado.

Él se puso entonces a escribir editoriales, tratando de alertar a sus lectores sobre los peligros de una nueva asonada. Enumeraba las ventajas que habían recibido los ciudadanos durante ese gobierno constitucional. No pienso contar todo lo que nos sucedió por la posición que Bob había adoptado, pero fue en ese momento que conocimos a Klein. Fue uno de los pocos (creo que me sobran los dedos de una mano para contarlos), que escribió en el diario, apoyando los editoriales antigolpistas.

Bob lo había invitado a almorzar a casa y de allí nació una amistad que duró muchos años. Klein en ese momento se mostraba preocupado por lo que se venía tramando y, aunque no coincidía con la filosofía económica del radicalismo en el poder, pensaba que respetar la Constitución era la única salida para el país.

Los días siguientes al golpe del 24 de marzo de 1976 transcurrieron con cierta tranquilidad. Mientras yo abrigaba recónditas esperanzas de que no pasara nada, los chicos iban y volvían del colegio y mi diaria rutina como mamá, seguía. Vivía lo de siempre: visitas al médico, clases de dibujo y ballet o llevándolos y trayéndolos de innumerables fiestas de cumpleaños.

Bob, sin embargo, conocía día a día más gente que llegaba a verlo al diario y a contarle sus dramas.

Entre sus escritos encontré:

«Hace un mes que Beatriz Frascotto de Román vio a su marido por última vez. Nunca deja de lamentarse que ni siquiera pudo decirle adiós... El día que se llevaron a Nicolás Miguel Angel Román, fue maniatada y le vendaron los ojos. Llevaba puesto nada más que un camisón. Así la arrojaron en la cocina de su departamento del cuarto piso, en Belgrano».

Mi esposo continuaba contando la situación de esta señora, de cómo le habían robado los únicos doscientos dólares que ambos habían podido ahorrar en largo tiempo.

Y el comentario de esa pobre mujer ante esa pesadilla:

– Sinceramente pensé que al hacerse cargo del gobierno el presidente Videla habría un cierto retorno al orden. Pero ésto es cómo las peores épocas de López Rega y la Triple A –sollozaba.

La calma no duró mucho. el 19 de junio la ciudad fue sacudida por el asesinato, en su propia casa, del jefe de la Policía Federal, general Cesáreo Cardozo. Una amiga íntima de las hijas del militar, Ana María González, de 18 años, aprovechando la confianza que le brindaba la familia, entró al dormitorio del militar y su esposa, con el pretexto de realizar una llamada telefónica privada. Fue hasta el lecho matrimonial y colocó debajo de la cama una bomba de trotyl, que estalló apenas Cardozo presionó el artefacto con su cuerpo.

Dos años antes los «Montoneros» habían puesto otra bomba en el barco del inspector Arturo Villar, otro jefe de la Policía Federal. Murieron él y su esposa.

Me di cuenta que la violencia seguiría sin fin y, a partir de entonces, mis esperanzas de mejoría comenzaron a esfumarse. Todos los días se publicaba una u otra noticia inquietante.

Circulaban en los medios periodísticos, y también en los oficiales, rumores sobre numerosas anormalidades. Por ejemplo, estando una vez en una reunión en la casa de un periodista llamado Micky, me senté al lado de un oficial, cuyo nombre no llegué a saber jamás. Según él, se desempeñaba como uno de los ayudantes de campo del propio presidente Videla.

Comenzamos a hablar sobre la situación reinante antes del 76.

Yo le decía que era necesario cambiar el sistema educativo; que los chicos debían aprender a razonar y que la única manera de conseguir eso era ponerlos a realizar trabajos de investigación. Le dije que los colegios deberían tener a su disposición libros donde los mismos alumnos podrían buscar información y empezar así a razonar y no dejarse llevar por las emociones. Este oficial asintió y me dijo que curiosamente ése era también el plan de Videla: «Democratizar los colegios, comenzando por la escuela primaria...», aseveró.

Seguidamente le pregunté: – ¿Pero ahora qué es lo que está ocurriendo? No entiendo nada. Dicen que hay grupos armados del gobierno que entran a las casas, arrastran a las personas afuera, las roban y a veces hasta las matan...

Me respondió muy serio: – Sí, parece que están sucediendo algunas cosas extrañas. Yo por las dudas tengo una ametralladora junto a la puerta y otra en el dormitorio... Si me buscan, antes de preguntar quién es, tiraré.

La sorprendente respuesta me llamó a silencio por unos instantes. Después continué como si todo fuera una conversación normal y común. Finalmente expresé:

– Bueno, eso a lo mejor estará bien en su caso. ¿Pero qué hacemos nosotros los civiles...?.

Pausadamente y sin inmutarse, me contestó sonriendo:

– ¡Esperemos que tenga suerte! Que no entren en su casa...

Consideré que ya había escuchado demasiado y me levanté de mi silla. Comenzaba a darme cuenta de que los protagonistas de ambos lados de la batalla eran igualmente cínicos.

En mayo de 1976 llegó hasta el diario la noticia de que tres niños habían desaparecido después que una banda armada entrara a la casa de una familia uruguaya. Era la primera vez que menores habían sido blanco directo de algún grupo.

El comando involucrado había secuestrado a toda la familia.

El abuelo, doctor Juan Pablo Schroeder, un conocido abogado uruguayo, había llegado a Buenos Aires con la intención de rescatarlos. Tiempo atrás su hijo había pertenecido al grupo «Tupamaros» en Uruguay y había sido asesinado.

Su nuera decidió instalarse en Buenos Aires con sus hijos. Y ahora un grupo había allanado la casa, llevándose a todos los que la habitaban. El doctor Schroeder había recorrido todas las comisarías y llegó hasta la Jefatura de Policía. Al no poder conseguir ninguna información, comenzó a visitar diarios porteños, uno tras otro, confiando que algún director se animara a publicar su caso y pedir así la devolución de sus nietos a los secuestradores.

Según dijo, el mayor tenía apenas cuatro años.

Desgraciadamente, no pudo llegar a entrevistarse con ningún director de diario. Las secretarías de los directores le decían siempre que estaban «ocupados» o «ausentes» en esos momentos.

Schroeder llegó hasta el diario «Buenos Aires Herald», donde lo recibió Bob personalmente. Al día siguiente publicaron en tapa lo ocurrido.

Ese mismo día el teléfono de casa no dejó de sonar y distintas voces decían:

– Cox, ¿Pero qué está inventando usted ahora?

– ustedes tienen que encontrar esos bebés –les respondía él–. La noticia es absolutamente cierta. Yo mismo estuve con el abuelo, una persona excelente. El solamente pide que le entreguen de vuelta a los niños.

– Pero no. Están completamente equivocados. ¿Quiénes los están desinformando? –señaló la voz.

– Oigan, son ustedes los desinformados. Nosotros seguiremos insistiendo hasta que aparezcan –dijo Bob y le colgó.

Al día siguiente mi esposo publicó un titular en tapa: «Carta del abuelo a los secuestradores». Aparecían las fotos de los tres niños junto a la carta.

Y de nuevo nos hicieron varias llamadas a casa. Y entonces el tono de la voz se había vuelto definitivamente amenazante. Al anoecer, Bob me llamó y me dijo que los chicos secuestrados ya habían sido devueltos a un sanatorio en la calle Florida.

Recién respiramos.

Gabriel, de 4 años; Máximo, de 2, y Victoria Román, de 18 meses, se reunieron finalmente con sus abuelos: Beatriz Orozco de Schroeder y Juan Pablo Schroeder.

Pero las llamadas del secretario de Información Pública comenzaron a ser diarias. Un mediodía, mientras almorzábamos en casa, llamaron manifestando que era urgente:

– ¿Qué sabe Cox sobre lo que pasó en Pilar? –le espetaron.

– Bueno, que yo sepa, creo que todo está tranquilo –respondió.

Minutos más tarde se repitieron las llamadas. Y él les contestó:

– No tengo ninguna información...

Pero apenas cortó, entró otra llamada. Esta vez era de una agencia noticiosa extranjera (Associated Press).

– Cox, ha ocurrido algo terrible. Hubo una matanza de prisioneros en Pilar. Muchas madres fueron allá a ver si pueden identificar a sus hijos entre los muertos.

Otra vez mi esposo salió corriendo rumbo al diario. Me quedé en silencio, imaginando la desgarradora escena. Seguía sin entender nada.

¿A quién obedecían los grupos que habían entrado en casa de Beatriz Román, aquellos que habían secuestrado a la familia Schroeder hoy cometían esta masacre? Ahora ya ni se nombraba a la Triple A...

Horas más tarde regresaron del colegio mis chicos.

Como de costumbre, mi vida siguió con su habitual rutina: corregir deberes, escuchar los problemas de cada uno, oír de sus respectivas hazañas cada día.

Llegó la hora del té, que siempre era abundante, casi una cena, pues mis hijos llegaban con mucho apetito y yo, para evitar que los chicos se llenaran con pan y manteca y después no quisieran cenar, invertí los horarios de las comidas y el truco me resultó.

Un día llegó uno de mis sobrinos, José Manuel, y me preguntó: – ¿Qué noticias tenés hoy?

No quise responderle. Me sentía agobiada de tener que transmitir tantas malas noticias...

A fines de junio ocurrió otro episodio que impactó a la ciudadana. En el edificio de la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal, alguien ingresó a la cantina con una maleta con una bomba y la dejó en el corredor del edificio. El explosivo estalló y provocó cantidad de muertos.

Bob me llamó a casa y me dijo que la Policía se mostraba incontrolable, que había un verdadero motín e iban a salir a vengarse.

– Se comenta que sacaron a un prisionero de la cárcel y lo ametrallaron en la plaza del Obelisco... Parece que los policías van a hacer desmanes en las calles esta noche. Mirá, sería conveniente que Victoria no vaya a la fiesta esta noche. Nadie sabe lo que puede suceder.

Le expliqué a mi hija mayor que esa noche no podía salir... Pero claro, ¿cómo explicarles a sus otras amigas que si iban al festejo? Estas cuestiones no se publicaban jamás en los «diarios importantes» de la ciudad.

Creo que por lo mismo mis amigas y sus familias no hubieran creído jamás que había peligro alguno acechando a los ciudadanos en ese momento.

Claro está que Victoria no fue a la fiesta. Y pasó lo que pasó...

Un grupo armado no identificado recorrió varias iglesias, decididos a ejecutar a sacerdotes, en represalia por lo sucedido días antes en la Superintendencia de Seguridad (también llamada Coordinación Federal).

Los «minotauros» recorrieron muchas iglesias antes y vieron que las puertas de todas ellas permanecían cerradas. No encontraron manera alguna de ingresar a los templos.

Pero llegaron hasta la capilla de San Patricio del barrio de Belgrano el 4 de julio de 1976 y hallaron la puerta abierta. Los sacerdotes, de la orden de los palotinos, jamás imaginaron que corrían peligro.

Meses más tarde supimos quién fue el oficial que dio la orden de ejecutarlos, había sido bien identificado. Durante un almuerzo, un oficial de aeronáutica, creyendo que yo sabía mucho más de lo que en realidad conocía, comentaba indignado:

– Fijáte, hasta lo han mandado con un puestazo a una embajada en Europa.

No indagué más. Me sentía impotente y no quería conocer nada...

En ese momento tomé mi decisión. No quedaban dudas de quiénes eran, aunque sin embargo continué pensando que eran grupos del gobierno que actuaban por su cuenta y no por órdenes directas del Poder Ejecutivo.

Como tantas veces antes, mi vida cambió de nuevo. Y comenzamos la «época de las siestas». Bob siempre regresaba tarde de su trabajo, porque había decidido volver a sus tareas como cronista él mismo. Me contó que no podía dejar que las noticias le llegaran de afuera, porque de esa manera no podía constatar si eran absolutamente ciertas. Necesitaba asegurarse de lo que ocurría. Eran momentos de gran responsabilidad.

Volvía siempre cerca de la medianoche y, mientras se preparaba algo sencillo para comer, tomábamos café juntos y hablábamos quizás hasta tarde, pasadas las dos de la mañana. Me contaba sobre la información que había recogido durante el día.

Más tarde, a eso de las cinco y media de la mañana, nos levantábamos a preparar el desayuno para los chicos que iban al colegio. A eso de las siete nos acostábamos de nuevo, para levantarnos a las diez y comenzar nuestras jornadas.

En esa época comenzamos a tener muchos almuerzos en casa, a los que acudían diplomáticos, políticos y alguna gente que buscaba a un pariente desaparecido.

Algunas amigas se reñan frecuentemente de nosotros. En tono de burla nos tomaban el pelo: «Los almuerzos suyos parecen los de Mirtha Legrand...».

Después de las comidas, aprovechábamos para acostarnos una hora y un poco más. La gente preguntaba: —¿Cómo pueden descansar así, a las apuradas y tan poco tiempo?

—Es fácil —les contestaba—. Encontré un método que no falla. Cada vez que me acuesto jamás pienso que voy a dormir ocho horas, que es siempre la cuota de reposo mínimo cada noche. Pienso simplemente: voy a dormir una hora y me sorprendo, al despertarme, que pude dormir un par de horas.

Preparándome psicológicamente, no sentía decepción, sino que, al contrario, me levantaba a la mañana siguiente bien descansada. Lista para seguir adelante y afrontar todo lo que llegara...



## Capítulo 5

# Silencio

(símbolo musical)

1977



Durante el verano, el Highland Country Club de Del Viso se vestía de niños a caballo, o en bicicleta, o corriendo por todos lados. Los chicos nadaban y por la tarde se jugaba croquet y estos juegos siempre terminaban con una pelea. Como mi padre era el campeón, todos los invitados querían ser su pareja.

En una de las habitaciones para hospedar a las visitas, había un baúl ropero, con vestidos, trajes, sombreros, abanicos y alhajas de fantasía. Después de la hora del té, los chicos iban a esa habitación y se disfrazaban. Roberto, el mayor de los varones, daba las instrucciones para representar una obra teatral. Practicaban ahí mismo primero, encerrados en la pieza y al salir, presentaban su acto.

Sus tropezones y continuas equivocaciones nos causaban risa, de manera que todas las actuaciones terminaban a las carcajadas. Los invitados que más concurrían a nuestra quinta eran las familias Fernández Beyro, Farina, Sacerdoti y los hijos de mis primos.

Entre los visitantes frecuentes figuraban además, el caricaturista Geoffrey Colling, su señora, Mary y su hijo, Andrew. El dibujante, pintor y escritor Hermenegildo Sabat (Menchi), su señora, Blanca y sus hijos Raffo y Alfredo y el veterano periodista del «Buenos Aires Herald»: Toby Rowland (que tuvo oportunidad de conocer a Carlos Gardel en persona). Y además de los habitués cada semana, siempre había varios invitados más.

Los viernes, apenas caía el Sol, había funciones de cine al aire libre y nosotros, el «Clan Cox», no faltábamos jamás. Cada cual, grande o chico, caminaba con su silla plegable a cuestas hacia el parque del club.

Seguro que allí veríamos alguna película romántica o de aventuras, totalmente intrascendente, desde luego. Mientras marchábamos caminando hasta ese sitio, contábamos cuentos, tratando cada uno de recrear el más original.

Los miércoles aparecía por la quinta la señora Congett, la profesora de piano. Aunque los chicos protestaban, se escondían y hacían lo imposible por esquivar esa obligación, después de la clase, a la hora del té, retomaban a sus juegos, contentos de librarse de la tarea.

Cuando llegaba el atardecer cada uno de mis hijos hacía lo suyo: Victoria leía, Roberto tocaba el piano, David y Peter continuaban jugando al fútbol y Ruth les ayudaba a correr tras la pelota y a patearla cuando podía.

La televisión casi ni se prendía, salvo a la hora en que aparecía «Pipo Pescador» en la pantalla, o de noche, cuando se pasaba un filme añejo.

Mi padre arribaba a Highland cada viernes, a pasar el fin de semana con nosotros, y durante esos gratos momentos todos compartíamos la mesa con alegría, pues lucían repletas de sandwiches, masitas, quesos, salame y, de postre, caramelos.

Al caer la oración nos deleitaba oír a lo lejos las vocalizaciones y canciones que entonaba un joven, que llegaban desde la casa del frente: la hermosa voz de un tenor aficionado. Con el tiempo ese mismo cantor, Luis Lima, llegaría a deleitar al público en los teatros de las ciudades más importantes del mundo.

También los fines de semana llegaban nuestros amigos, junto a sus hijos, y se organizaban reñidos partidos de fútbol. Luego había que presenciar las peleas de los chicos, sus llantos y las posteriores reconciliaciones. También jugábamos croquet en el jardín, en las últimas horas de la tarde y antes que llegara la oscuridad.

Pero en marzo, al terminar las vacaciones, la realidad volvió a sacudirnos con toda su crudeza. Pasaron muchos años desde ese 2 de marzo y aún aparecen vívidas en mi memoria las esposas de Sajón, de Fernández Pondal, de Román y de Héctor Hidalgo Solar\* (embajador argentino en Venezuela).

\* El doctor Hector Hidalgo Sola actuaba como embajador en Venezuela. En julio de 1977 fue secuestrado por hombres vestidos de civil. Por sus convicciones y militancia democrática, nadie pudo entender la razón por la cuál fue víctima de ese suceso. Hidalgo Sola sabía como nadie de la franja de ilegalidad por la que transitaban los grupos sin nombre, que perjudicaban la imagen de la nación en el exterior.

Si bien es cierto que a algunas no llegué a conocerlas personalmente, sino a la distancia, viví sus angustias –desde lejos– y la agonía interminable de languidecer por la búsqueda, casi siempre infructuosa, de sus esposos.

Aunque la palabra «desaparecido» comenzaba a murmurarse cada vez con mayor frecuencia en ciertos círculos, todavía se abrigaba la posibilidad de que las familias reencontraran, milagrosamente vivos, a sus seres queridos.

Me parecía inconcebible que todo esto ocurriera en un país creyente. Hasta a los reos se les da la posibilidad de tener un sacerdote en el último instante de sus vidas y sus cuerpos son siempre devueltos a los familiares.

Creía que algún día la gente iba a decir que «por lo menos los guerrilleros dejaban los cuerpos...».

En septiembre de 1976 me percaté de la importancia fundamental que tiene, para nuestra cultura, el rito del funeral, de sepultar el cuerpo. Había concurrido al sepelio del padre de Shirley, una amiga.

Y ahí, durante el entierro, yo había presenciado cuando ella tomaba con su mano desnuda la tierra del suelo y la arrojaba sobre el ataúd. Pensé cuán afortunada había sido ella al poder despedirse así de su padre.

Para entonces ya sumaban cientos los que jamás podrían realizar ese rito final. Los seres amados simplemente «desaparecían» devorados por los minotauros.

De vuelta a la ciudad de Buenos Aires, las noticias negativas seguían multiplicándose día tras día. Una mañana, antes de partir al diario, Bob me contó que pensaba almorzar con Rafael Perrota, entonces director del diario «El Cronista Comercial».

– Me llamó para invitarme a comer en el Jockey.

– ¿Y lo conoces lo suficiente? –consulté.

– No, lo he visto en unas cuantas recepciones en las embajadas. Pero sabés que de esos lugares siempre me escapo para no tener que hablar mucho con nadie.

Al volver del trabajo esa noche, me comentó que había visto a Perrota muy nervioso y que visiblemente temblaba.

– Mi mujer se ríe de mí y me dice: ¿Por qué tenés tanto miedo? –le había contado– Si se equivocan y te pasa algo, tengo todas las conexiones. Total lo llamo a Massera, de inmediato.

Bob y yo reímos imaginando la ridícula escena de ese matrimonio. Se mostraba tan segura ella de poder solucionar todo al instante.

A la mañana siguiente Perrota nos llamó por teléfono de nuevo. Lo atendí yo, pues Bob ya había partido al trabajo. Nunca lo había tratado antes, pero me animé a decirle:

—¿Así que usted es Perrota? Mi esposo me comentó que lo había visto muy preocupado ¿Y cómo se siente ahora?

Rió y respondió: — No, si yo ando bien. Lo que pasa es que uno vive en un permanente estado de tensión y nunca entendemos bien qué es lo que nos viene pasando. O quién está detrás de todas estas cuestiones...

Y al día siguiente Rafael Perrota\* fue secuestrado.

Años más tarde nos enteramos, por una hermana que residía desde hacía años en Estados Unidos, en Boston, que él sospechaba que se tramaba algo en contra suyo en esos días. Que ella también lo adivinó cuando concurrió a renovar su pasaporte para salir del país al verla, no se lo quisieron entregar.

Y día tras día crecía el número de secuestrados. Vivíamos como robots, en dos mundos diferentes. Ahora nos llegaban los métodos del submundo.

Una mañana nos trasladábamos todos a bordo de nuestro auto, rumbo a la quinta. Veníamos detrás de un camión que parecía el reparto de proveeduría, cerrado por los cuatro costados con chapas de metal.

El vehículo se estacionó justo delante nuestro, frente mismo a la Escuela de Mecánica de la Armada (la tristemente famosa ESMA). Tuvimos que frenar cuando ellos se detuvieron.

Dos soldados bajaron del camión y abrieron la puerta trasera, e hicieron descender a punta de fusil a una veintena de muchachos tan jóvenes como ellos mismos. Calculé que tendrían alrededor de veinte años. Todos fueron obligados a llevar sus manos en la nuca.

Sin pronunciar palabra, para que no me escucharan mis hijos que me acompañaban en el auto, medité: Por Dios ¿Cuántos de estos chicos conseguirán regresar a sus casas? Lloré sin lágrimas y permanecí compungida varias horas. Ese fin de semana en la quinta mi estadía me resultó tristísima.

Todavía hoy en día me embarga una infinita tristeza cuando recuerdo esas patéticas imágenes. Los «minotauros» procedían a devorar a sus víctimas, con toda impunidad.

\* Perrota fue encarcelado y perdió la razón en prisión. Ver notas al final.

Por ese tiempo también frecuentaba nuestra casa monseñor Kevin Mullins, secretario del nuncio papal, Pío Laghi. Él nos había demostrado que se hallaba totalmente interiorizado de lo que venía sucediendo en el país y, en su aflicción, trataba de ayudar como podía. Recibía anónimos en forma permanente y en varias ocasiones lo amenazaron con colocarle bombas en la Nunciatura.

Constantemente lo llamaban por teléfono voceros del gobierno, para cuestionarlo y él seguía pidiendo explicaciones, preguntando sobre el paradero de los chicos cuyos padres habían acudido a verlo. A pedir por sus amados.

Una tarde Laghi le dijo a Bob:

– Nunca entendí del todo cuál fue la razón que me impulsó a mí a tomar los hábitos. Repetidamente me he preguntado cuál era mi destino en la vida. Cox, ahora lo entiendo. Tenía que cumplir esta misión. Y no voy a ceder –dijo, emocionado.

Sus visitas nos confortaban. Éramos tan pocos...

Una madrugada Bob se levantó abruptamente de la cama y me dijo:

– Voy a dar una vuelta por el cementerio de la Chacarita. Enseguida vuelvo.

– ¿Por qué a esta hora? ¿Qué pasa allá? –inquirí.

– Me dijeron que queman cuerpos de noche. Quiero verificar el dato.

Decidí acompañarlo.

Subimos al auto y dimos una vuelta por la Chacarita.

Salía abundante humo de un pabellón.

Regresamos consternados. Mudos por la impresión. Esa noche no pudimos pegar los ojos.

Inesperadamente, días después, Bob recibió una llamada de Jacobo Timerman, director del diario «La Opinión».

– Cox ¿Dónde van a tirar mi cuerpo?

– No creo que debas preocuparte Jacobo. A vos no pueden hacerte daño.

A su vuelta del diario, Bob me comentó en detalle todo lo que habían conversado.

– Seguramente no van a hacerle nada –le dije–. Pero si tiene miedo, me parece que debería irse del país cuanto antes ¿Qué está esperando?

– ¿Pero por qué tiene que irse si no hizo nada malo? –me respondió mi esposo enérgicamente. –Además acaba de regresar del exterior.

– Se advierte que aquí están todos locos...

– Por eso mismo, hay que quedarse y ayudar a que vuelvan a recobrar la razón.

Pero el próximo secuestrado fue Timerman. El pretexto para su arresto fue porque el general Ramón Camps creyó que él estaba involucrado en el «Caso Graiver», sobre lo que él había publicado todo. El círculo seguía cerrándose...

El 24 de abril me llamó por teléfono a casa la secretaria del diario, Betty.

– Maud, no te asustes. Tengo que darte buenas y malas noticias. Han arrestado hoy a Bob, pero no lo han hecho desaparecer. Te aseguro que él está preso. Vinieron con credenciales y se lo llevaron.

La noche anterior habíamos estado en la embajada británica y el encargado de negocios, John Shakespeare, se sorprendió de hallarnos ahí. El nos había comentado:

– Bob, tengo tu número de teléfono y domicilio al lado de mi cama –y tras ello nos dio un fuerte abrazo.

Tiempo después, nos enteramos que para entonces ya conocían que se venía preparando algo contra Robert Cox. No pude controlarme al oír el mensaje de la secretaria.

Tuve una reacción histérica. Corrí hasta nuestro comedor de diario, donde, mi padre conversaba con los chicos, y me arrojé a sus brazos, llorando a gritos. Al verme así se levantó y seguidamente me sacudió de los hombros:

– ¡Maud, no puedes ponerte así por nada en la vida! ¿Cómo vas a venirte abajo tan rápido? Después de unos segundos respiré hondo y, finalmente reaccioné, volví en mí. Pensé en la celda donde seguramente habían encerrado a mi esposo. Pensé en su asma, en las humillaciones que había sufrido y hasta temí que lo torturaran.

El teléfono no paraba de sonar.

Llamó Walter Klein y me dijo que no me preocupara, que el general Harguindeguy se había comunicado, en su presencia, con el comisario de turno y que le había dado órdenes para que yo pudiera ir a verlo.

Me vestí a las apuradas y fui hasta el edificio de la Policía Federal. Y no me dejaron entrar.

Me dijeron que él se hallaba detenido «incomunicado» y que, en realidad, no había llegado ninguna orden del Ministerio del Interior para que pudiera recibir visitas.

Tras regresar a casa llamé a Klein. Le conté lo que me había sucedido y que no había orden alguna para que yo pudiera visitarlo. Ni siquiera permitieron que lo visitara el cónsul inglés.

Después de un rato de reclamarle, callé.

De ahí en más ya no creí en nada. Había entendido el juego. Con toda claridad evoco aún cómo, tras el arresto de Bob, cada uno de nuestros hijos había reaccionado de una manera completamente diferente, desde el punto de vista psicológico. Victoria se encerró a estudiar en el escritorio y me aclaró: – Ellos no me van a destruir...

Roberto quiso permanecer solo en casa, atento a lo que sucedía.

Peter, sentado en la falda de su abuelo, lagrimeaba:

–¿Y por qué está preso papá? Los policías son buenos y papá es bueno...

David y Ruth se fueron a sus dormitorios, muy callados. Más tarde se alegraron infinitamente cuando llegaron a buscarlos unos amigos.

Mis amigas me apoyaron en todo. No olvido cómo me acompañaron en esos momentos.

Esa noche tampoco pude dormir. Al cerrar los ojos sentí una extraña sensación, casi una visión.

Me vi flotando a cierta distancia del suelo, como suspendida en el espacio, mirando el globo terrestre. Sobre él, había miles de muñequitos desnudos, peleando, arañándose. En el sueño aparecían como seres sin rumbo, sin guía. Esa extraña imagen onírica ha quedado grabada en mi mente para siempre.

Por la presión que ejerció de inmediato toda la prensa del mundo, que se enteró de inmediato y lo publicó, esa vez los «Minotauros» tuvieron que llevar a un juez un día sábado y después dejarlo en libertad.

Mientras, Bob pasaría por cinco cárceles diferentes...

Desde el agujero en la Superintendencia de Seguridad (o Coordinación Federal), hasta el «Sheraton», como la denominaban los presos poderosos, que ocupaban celdas donde cada cual podía comprar y cocinar su propia comida. No les faltaba nada. Manjares de todo tipo y hasta whisky importado.

Se comentaba en los diarios del país que la sentencia contra Robert Cox podía ser de «ocho a doce años de prisión».

Fui hasta el juzgado y vi a Bob antes de entrar. Me tranquilizó y me dijo que estaba preparado para lo que pudiera venir. Como había estado incomunicado, no sabía lo que se comentaba fuera ni lo que sucedía en esas horas.

Finalmente, el juez lo dejó en libertad «bajo fianza».

Acompañado por dos policías, Bob llegó hasta la antesala donde yo estaba esperándolo.

– Me han dejado libre, pero primero tengo que pasar por la comisaría para firmar mi retirada –comentó con serenidad.

– ¡Yo voy con ustedes! –les dije en forma terminante.

– No hace falta señora –aseveró uno de los uniformados–. Solamente tiene que firmar que él queda en libertad...

– ¿Sí? ¿Y si después de largarlo deciden secuestrarlo en la calle y simplemente desaparece?

– Quédese tranquila señora. Esta vez no va a sucederle nada –respondió.

Llegué a la conclusión de que así, como si nada, habían admitido su técnica macabra. Soltarlos por una puerta y secuestrarlos de inmediato, por otra.

Después nos enteramos que Bob había sido arrestado por publicar en el «Buenos Aires Herald» que los líderes montoneros habían abandonado el país y que Mario Firmenich había llamado a una conferencia de prensa en Roma.

¿Por qué querían callar esa noticia?, me pregunté una vez más.

Al salir de la penitenciaría Bob se dirigió al diario. Escribió sobre lo que le había sucedido y esa misma noche pidió una entrevista con el presidente.

Se la concedieron para el día siguiente. Pero al llegar al despacho de Videla, el secretario del militar le dijo que no iba a poder concretarse la reunión, porque el mandatario había tenido que «atender asuntos muy urgentes».

Bob le explicó al secretario de Prensa del P.E., capitán Carpintero, que venía a hacerle saber al presidente que al entrar a las celdas de la Superintendencia de Seguridad Federal, había hallado una enorme cruz esvástica pintada sobre la pared, con un letrero que decía «Nazi – Nacionalismo».

–Yo quería sugerirle a Videla que debía ir él mismo en persona a inspeccionar el recinto y que él mismo debía proceder a borrar el letrero.

El capitán, con cara de sorpresa, tomaba nota de todo, mudo.

Ya para entonces yo había comenzado a conocer a algunas de las «Madres», a las cuales Bob ayudaba tratando de ubicar el paradero de sus jóvenes hijos desaparecidos. Ellas ya no tenían dónde ir a reclamar ni a implorar por sus seres amados.

Me contaron cómo sus propias amigas gradualmente, muy temerosas les habían cerrado las puertas de sus hogares en la cara.

Así fue como conocí, entre otras, a Helena, madre de Marcos Arocena. Ella había llegado hasta nuestra casa varias veces, a tomar el té, a hablar y confesarnos su enorme padecimiento.

Contaba que había recorrido todos los ministerios, todas las parroquias y hasta había acudido a adivinos, para saber el destino de su hijo desaparecido...

Relató la forma en que había comenzado su drama, el 8 de julio de 1976. Como lo hacía siempre, llamó a su hijo por teléfono ese día y contó que hablaron del libro que él, dramaturgo, venía escribiendo. Contaba que había aceptado ir a almorzar con ella al día siguiente, en la fiesta del 9 de Julio, fecha patria.

Pero ese mediodía él no llegó a verla.

Después de llamarlo por teléfono repetidas veces al departamento, sin obtener respuesta, decidió partir a visitarlo.

Cuando llegó allí, halló las pertenencias de su hijo desparramadas por el suelo, en absoluto desorden. Muchos de los objetos personales de él, de algún valor, que ella conocía de memoria, simplemente habían desaparecido.

¿Cuál había sido el imperdonable pecado del muchacho?

Tres años antes había viajado a Europa y decidió dejar en su departamento a un amigo, para que se lo cuidara. Ese amigo, a su vez, decidió alquilarlo a otro muchacho, que los militares dedujeron integraba la guerrilla.

La policía había hablado antes de ese tema con Arocena y al enterarse sus amigos de lo que le había ocurrido, le aconsejaron que cambiase de domicilio por un tiempo. Hasta le habían ofrecido que fuera a alojarse en casa de ellos.

Pero Marcos se reía a carcajadas y decía: – Mamá, ¿por qué voy a desaparecer de acá si yo no hice nada? Además, ya les dije varias veces a ellos que yo no conocía a ese tipo. Me tengo que quedar, me quiero quedar, pues estoy terminando una novela.

El 9 de julio en la madrugada, los «minotauros» entraron a la casa y se lo llevaron.

Lo último que se supo de Marcos fue por el relato de un prisionero, que contó que habían compartido una celda. Dijo que estaba convencido de que iban a ponerlo en libertad un día determinado (siempre soltaban uno o dos detenidos por semana).

Pero como este hombre se mostraba muy mal de salud, Marcos en persona, en generosa actitud, les había pedido a los carceleros que liberaran primero al enfermo. Ese ex – prisionero, apenas salió en libertad, le avisó a mamá Arocena que pensaba que su hijo tenía que salir, a más tardar, la semana siguiente. Pasó y pasó el tiempo.

Helena todavía busca a su hijo...

El embajador de Israel nos había invitado a una cena en su departamento. Llegamos y encontramos allí a muchos invitados de diversas clases, algunos del sector económico, otros amigos personales o de la misma embajada y otros del gobierno.

Entre los invitados se hallaba la señora de Perrota (todavía no había recibido noticias de su marido). Mientras estábamos todavía parados ahí, en grupos, con sus vasos de cóctel o whisky en la mano, comenzó a hablarse sobre el «ataque occidental» a nuestro país.

– ¿Qué es eso de los derechos humanos? Que no hablen ellos, con el récord de guerras que tienen... Especialmente contra nuestro país, donde sabemos que la familia es sagrada...

No podía creer lo que escuchaba. La señora de Perrota estaba presente y este grupo de mujeres y dos señores, continuaban repitiendo las frases de la propaganda de la televisión. Fuimos al comedor, que lucía como una escena «viscontiana»\*. Tuve que sentarme frente de este señor, que se sentía muy molesto por el «tratamiento injusto de la prensa extranjera y de las embajadas».

\* El director de cine italiano Lucino Visconti acostumbraba mostrar escenas absurdas en sus filmes, como traídas de los cabellos.

La conversación siguió de mi lado de la mesa. No pude controlarme y mientras oía a la señora de Perrota y a los otros discutiendo sobre el malentendido de la prensa, me di vuelta y le dije susurrando:

–¿Quién es usted?

–Soy el almirante Santamaría.

–¿Y cómo deja que hablen de esa manera esta gente? usted tiene que saber todo lo que está sucediendo en este país. Es un desastre.

El también bajo la voz y me contestó:

– Es peor que lo que usted pueda imaginarse. Nosotros estamos desesperados. Vamos a allanar una casa y solamente un grupo chico lo sabe... Sin embargo, aparece otro grupo dos horas antes y hacen barbaridades.

– ¿Pero qué les pasa a esos grupos que roban y hacen lo que quieren? –manifesté.

– Nosotros los hemos juzgado y sentenciado.

– Si es así, deberían aclarar lo que está sucediendo. El pueblo debería saber que ustedes los castigan y que no están de acuerdo con los métodos usados por estos bandos. Hasta han robado casas enteras... Van con un camión, preparados para saquearlo todo.

– No, no podemos exponerlos públicamente. –Me miró luego y me preguntó: – ¿Pero quién es usted?

– Yo soy la mujer de un periodista, Cox –y le insistí diciendo:

– Creo que ustedes están equivocados y a este silencio, el pueblo lo interpretará como que ustedes están de acuerdo con esa forma de actuar. Pero, además, no entiendo cómo usted pueda dejar que toda esta gente siga creyendo que la prensa internacional está inventando...

Cambió el tema. Hablamos sobre Timerman. El decía sentir mucho lo sucedido, por el bien del país. Pensaba que el método que se usó era contraproducente para la imagen de la nación –porque haría mártir a Timerman.

Seguidamente una señora, sentada al otro extremo, le volvió a preguntar sobre la prensa extranjera y los derechos humanos. Ahora, con voz fuerte y clara, expresó:

– Y bueno. Uno sabe que la prensa siempre miente y exagera. Sí, es inconcebible lo que se está diciendo.

La conversación siguió y no quise escuchar más. Cómo era posible que segundos antes me hubiera confesado lo que ocurría y al darse vuelta podía fingir lo contrario (Más tarde, mi sobrino se casaría con la hija de Santamaría. Nunca volví a aclarar esa conversación... Quizás fue por vergüenza, por pudor o por cobardía).

En Estados Unidos Jimmy Carter ya había asumido el poder. Al tomar el mando, dos seres extraordinarios aparecieron en la escena: Patricia Derián y Tex Harris.

Patricia había vivido en su propio país, años atrás, una atmósfera similar a la que se respiraba en el nuestro. Ella había sido ama de casa en un pueblo en el sur de EEUU., durante los años sesenta y cuando explotó la causa de los derechos civiles, ella se unió a los que luchaban por ese logro, creyendo que todas sus amigas iban a seguir sus pasos. Pero pronto se dio cuenta que había quedado sola en su batalla... Los vecinos apenas la saludaban y las amigas de siempre trataban de no frecuentar su casa. Su pensamiento, desde el gobierno de EEUU era: «Lo que tenemos es autoridad moral, no porque somos un país con una cultura judeocristiana, sino porque somos una democracia. Si creemos que un gobierno se está portando de una manera cruel e inhumana, no tenemos que hacer negocios con ellos. No debemos».

Tex Harris\* fue su representante en la Embajada de EEUU en Buenos Aires. Vivió de cerca las tragedias personales de cada uno que pasaba por su despacho. Y gracias a su humanidad y valentía, los casos fueron registrados y quedó un récord. Él verificaba los casos uno por uno y también intercedía por cualquier ciudadano que podía. Jeannie, su mujer, lo apoyó y ambos asumieron esa responsabilidad con todas las consecuencias negativas que pudieran tener en el futuro inmediato.

Patricia Derian, una mujer decidida, hablaba con los que ocupaban altas posiciones en el gobierno. Contó cómo un día, almorzando con el almirante Massera, él comenzó a elogiarla y se reía por la «extravagancia y mentiras» que se venían divulgando en Europa y en los EEUU, sobre los presos y las torturas. Ella se mantuvo seria, sin acompañar la conversación con las diplomáticas sonrisas de compromiso acostumbradas.

Ella le respondió: «usted bien sabe que mientras nosotros estamos aquí sentados y hablando, debajo del piso hay una sala de tortura». Y tras decir esto se levantó y se retiró de la reunión.

\* Harris fue entrevistado por un diario Argentino hace poco y señaló que conocía de por lo menos 7.000 casos probados de desapariciones.

Después de esta entrevista, los grandes diarios de Buenos Aires comenzaron a atacarla en forma directa. No sólo porque era una intrusa en nuestra vida nacional, también usaron la retórica machista indicando que se trataba de una «mujer desfeminizada».

En setiembre de 1977, las colas de las Madres que iban al diario comenzaron a extenderse. Bob ya veía la necesidad no sólo de informar, sino la prioridad de salvar vidas. Continuó yendo a ver a la gente del gobierno para avisarles lo que venía ocurriendo y en algunos casos avisar a las embajadas y pedirles directamente ayuda. Su asma crecía y comenzó a necesitar le aplicaran decadrón (cortisona), cada pocos días. Ese año Susana Pereyra, una amiga nuestra, nos ofreció ir a La Cumbre, en Córdoba, durante las vacaciones de invierno, pues decían que allí el clima era bueno para los asmáticos. Los chicos necesitaban salir mezclarse con la naturaleza. Pensé que quizás por dos semanas íbamos a poder salir de ese purgatorio que era Buenos Aires.

Pero a poco de llegar allí, nos dimos cuenta que también pasaban cosas en ese lugar. La diferencia era que los padres se mostraban con más miedo, y apenas hablaban de sus problemas. Una señora que cuidaba una casa quinta, conversando conmigo me contaba sobre sus hijos. Me di cuenta que siempre hablaba de cuatro de ellos, pese a que yo sabía que tenía cinco. La segunda vez que le pregunté dónde estaba su quinto hijo, ella me contestó que no sabía su paradero.

«El ejército lo vino a buscar hace un año. No escribe. Deben haberlo mandado a algún sitio lejano del país» –mencionaba dejando traslucir una recóndita esperanza.

Después me enteré que ese joven nunca más volvió.

Esta gente era más sufrida y posiblemente durante generaciones, tuvieron que callar sus padeceres y no mostrar sus emociones a la «gente de afuera» (Lo mismo ocurrió en EEUU, cuando el negro usaba el lenguaje del blanco con los amos. Ellos creían conocer la idiosincracia de los negros y llegaron a creer que tenían control total de la situación, pero eran los negros los que conocían las dos lenguas. Ellos vivían entre dos mundos. Ellos tenían el control).

Al volver a la ciudad, Bob tuvo una recaída con su asma. Debí guardar cama un par de días. Desde el diario nos mandaban todas las cartas de las madres de desaparecidos que llegaban de todo el país, donde cada cual exponía su caso. Para ahorrar tiempo, con mi hija mayor, Victoria, las leíamos y las archivábamos, a fin de entregárselas ordenadamente a Bob. Cada carta era una historia diferente, de seres sencillos que llevaban vidas comunes, convencionales.

Por momentos me entraba desesperación al ver lo que le sucedía a esa pobre gente, pese a que no mostraban ser individuos complicados o medianamente rebeldes, que me daban inmensas ganas de tirar todo por la borda y que nos fuéramos del país.

Se lo comenté a Victoria:

–Tu padre no quiere irse del país, pero a lo mejor ha llegado el momento de que yo haga algo para obligarlo a definirse y salir de todo esto.

Mi hija, que por entonces tenía apenas 16 años, dándome otra muestra de gran madurez me contestó:

– No mamá. Si «Dad» quiere quedarse, creo que tendremos que dejarlo y aceptar las consecuencias. El necesita hacer lo que hay que hacer.

Respiré hondo y, por esa vez, me resigné.

Bob salió de su crisis asmática nuevamente y volvió al trabajo. Poco a poco habían aumentado nuestros ingresos y para entonces ganábamos más cada vez. Pero los gastos siempre sobrepasaban lo que se ganaba.

Y entonces arrancó la época de los trueques.

Por ejemplo, yo le daba lecciones de inglés al enfermero y, para compensar, éste venía a inyectarle el Decadrón a Bob.

Y sucedía lo mismo en otros rubros, yo te doy esto y a cambio vos hacés esto por mí. O me entregás aquello.

Nuestro fiel amigo Harry Ingham llegaba a menudo con una botella de un buen vino, o invitaba a Bob a comer, para que se distrajera de los gravísimos problemas que conocía día a día.

Otra amiga nuestra, Coca Sacerdoti, llegaba con alguna sorpresa, un día traía comida china, otras veces masitas o sandwiches de la rotisería.

Dentro de todo ese período sombrío, de tanta tristeza, por nuestra impotencia ante la desgracia de mucha gente indefensa, esos momentos cálidos, por las hermosas muestras de amistad, aparecen para mí como si fueran brillantes sobre un fondo de terciopelo negro.

El 9 de diciembre, un grupo de sujetos que bajaron de cinco autos Renault 12 y del clásico Ford Falcon, sin patente, rodearon, golpearon y secuestraron a un grupo de casi 20 personas que se hallaban fuera de la iglesia de la Santa Cruz, conversando.

Nos enteramos que esa gente acababa de salir de misa y que entre ellos se hallaba una monja francesa, la hermana Alicia Dumont. Pertenecía al Movimiento Ecuménico y una de sus tareas fue ayudar a las familias a que localizaran a sus seres queridos.

Después de la mencionada operación tipo comando, una parte de estos individuos fueron hasta la casa de la hermana Alicia, para secuestrar a la monja Renee Duquet, también francesa. Esta última tenía 61 años y había resuelto darle albergue a Dumont, mientras se hallara en Buenos Aires.

El Gobierno de Francia protestó enérgicamente ante las autoridades argentinas por el secuestro de ambas religiosas.

Pero en las tertulias que siguieron realizándose, ya ni se mencionaba este atropello. La gente no leía los diarios, o no le interesaba más saber sobre lo que venía ocurriendo. Creo que todas estas cuestiones violentas ya se habían vuelto tan reiteradas y permanentes que lo mejor era ignorarlas.

Los argentinos seguíamos siendo «derechos y humanos»\*.

En el verano retornamos a Highland y de nuevo la casa volvió a llenarse de gente. Pero ya la paz se había esfumado de la vida de toda esa gente conocida.

Ahora cada amigo que llegaba venía con sus preocupaciones y sus tensiones a cuestas.

Mis chicos seguían jugando con los hijos de los vecinos, los Landaburu, cuya tía era una de las desaparecidas. El padre de la secuestrada, abuelo de los chicos, había sido ministro durante el gobierno de facto del general Pedro Eugenio Aramburu, presidente de facto, durante la «Revolución Libertadora».

Muchos de los amigos que mis hijos tenían provenían de familias que habían sufrido el asesinato de algún pariente, por el ataque de bandas terroristas.

Los adultos celebrábamos reuniones frecuentemente y teorizábamos una y otra vez sobre la mejor manera de encontrar una salida de ese laberinto donde habíamos caído.

Parecía que los «Minotauros» tenían el control total de la situación. Ese mismo año apareció un grupo de socios del Highland Club de Del Viso que quería restringir la entrada de familias ju-  
días.

\* Ésta frase haciendo mofa a los derechos humanos, indicaba que los argentinos eramos «derechos y humanos» y fue repetida infinitas veces por todos los medios de difusión.

Mientras, Highland Park seguía creciendo y el presidente de ese complejo era el señor Rubens, hombre de ascendencia judía que había donado años antes la capilla católica del club.

Un día vinieron a casa a vernos un grupo de asociados. Pedían que se votase una enmienda para limitar la entrada de las familias judías al club.

A Bob y a mi nos pareció una idea lamentable... Sentíamos los ecos de la Alemania nazi resonando en los oídos. Y el domingo fuimos a poner nuestro voto: ¡contra el antisemitismo! Se formaron dos colas para votar en el salón social del club, una para apoyar la idea de limitar el ingreso de familias judías y la otra para votar en contra de la proyectada nueva regla del club. Nos sorprendió sobremanera observar algunos judíos votando a favor de la discriminación en contra de los de su raza.

Recordábamos lecturas de los años pre-nazis en Alemania, cuando los judíos, por miedo, trataban de distanciarse de los suyos.

Ni mi esposo ni yo hicimos comentarios durante la espera en la cola. Pero ambos habíamos observado esto mismo.

## Capítulo 6

### «Willkommen zu Cabaret»

(«Bienvenidos al Cabaret», tema musical del filme «Cabaret», de John Kanders y Fred Ebb)

## 1978

Al asomar nuevamente el verano, recuperábamos nuestras ansias de vivir despreocupadamente, disfrutando de los placeres simples de la vida, sin obligaciones ni horarios.

Ese año todas las charlas se centraban en un solo tema: el «Mundial de Fútbol»\*. En principio se había fijado el primero de junio como la fecha de la apertura del campeonato. Se discutía sobre cuál equipo sería el mejor preparado y quiénes participarían, finalmente. Corrían rumores de que en el Viejo Mundo se había lanzado una campaña «antiargentina»...

Por ello el Gobierno decidió contraatacar y había resuelto contratar a una afamada compañía de relaciones públicas de Nueva York (Burston & Marstellar), a fin de contrarrestar las versiones que surgían en los países occidentales sobre la «supuesta falta de libertad en la Argentina».

Mis hijos continuaban invitando a sus amigos y compañeros de colegio a visitarnos en la quinta de Highland y hacían los partidos de fútbol habituales, durante los cuales cada chico trataba de imitar al héroe de turno. Los viernes, como siempre, seguían asistiendo al cine al aire libre del club.

Ese año se estrenó la película «Cabaret», del director Bob Fosse, creo que fue uno de los musicales mejor realizados en la historia del cine. Cada uno de mis hijos interpretó de acuerdo a su edad, el oscuro mensaje de la obra. Pero todos, sin excepción, coincidieron en que la música era excelente y que Liza Minelli, la actriz protagonista, tenía un «algo» único, muy especial.

\* Argentina fue sede del Mundial de Fútbol en 1978.

Nosotros, los mayores, percibimos el planteo en la película por la decadencia de la época, con el surgimiento de los nazis en Alemania. Nos cuestionábamos cómo podía ser posible la actitud de la heroína ante todo lo que allí se mostraba.

Mi único comentario hizo referencia a que la película estaba inspirada en la novela de Christopher Isherwood: «Berlin Diary» (El Diario de Berlín). Esta también fue una obra teatral que llevó por título «I am a Camera» (Soy una cámara).

Y no pude seguir explicándoles sobre la obra, pues ya sentía un nudo en la garganta al evocar similitudes y, además, para no provocar otras contradicciones más en sus jóvenes cerebros.

¿Cómo describirles la situación tan triste y trágica, mientras ellos jugaban cantando «Money Makes the World go Around» (El dinero hace caminar el mundo).

Dos veces por semana llegaba hasta la entrada de la quinta el verdulero, remolcando su carro lleno de aromas y colores, con choclos, albahaca, zapallo, menta, remolacha y otras cien verduras y legumbres...

Salíamos todos corriendo a su encuentro, hasta el portón mismo y cada uno elegía lo que se le antojaba. Los últimos chimentos del vecindario, que él nos traía, eran tema inevitable de cada mañana:

–¿Sabe señora? Casi todos sus vecinos se están yendo a pasear a Sudáfrica este verano...

A todo eso, yo no alcanzaba a entender la razón de esa elección. Los argentinos que por décadas, íbamos a París, o a Londres, Roma o Madrid. Quizás a Nueva York, donde hallaban almas gemelas a sus conductas, al descubrir Sudáfrica, regresaban maravillados del orden, de la limpieza y la amplitud de miras allá.

– Debería ser nuestro ejemplo de país –comentaban los viajeros en las tertulias.

Yo recordaba que ahí sufrían el «Apartheid»\* aún.

Por ese tiempo comencé a leer los cuentos de Antonio de Benedetto. La primavera del año anterior había tenido el placer de conocerlo en persona. Estuvo preso desde 1976 y, al salir, sin culpa ni cargo, había venido a almorzar a casa antes de exiliarse en Alemania.

\* ¡Qué ejemplo eligieron! Una sociedad donde la mayoría vivía en la pobreza, bajo un régimen de discriminación racial. El «Apartheid» fue un sistema brutal, basado en la represión a la población negra. Esa política racista reinó por largo tiempo en Sudáfrica.

Volvió un día de visita, con cara compungida, y parecía arrastrar una enorme carga emocional. Pero pese a todo, su rostro mostraba una sonrisa franca, sencilla. Le dijeron que debía irse de inmediato al exterior.

Esa había sido una de las condiciones que le impusieron al dejarlo en libertad, aunque él no alcanzaba a interpretar el porqué de tal decisión.

Habló muy poco sobre su triste, repugnante experiencia. Solamente evocó lo positivo.

– Señora –afirmó–, lo que le he contado es un retrato optimista de la vida en la cárcel. De lo otro no puedo, ni quiero hablar.

Al despedirse le escribió a Bob una dedicatoria, en su libro «El juicio de Dios», que concluía así: «El nombre de este hombre quedará escrito en la historia, que no escribiré, de mi vida».

Nos pasamos horas hablando de literatura, de su pasado. Pero lo que me quedó grabado para siempre fue su mirada, cuando expresó:

– Yo, en mi celda, entendía que los dueños de los diarios en los cuales trabajé, iban a publicar sobre mi arresto. No tenía duda alguna, porque ellos conocían mi vida y mi lucha constante contra la subversión. Me equivoqué.

En forma evidente, la mayoría del pueblo se había adherido al lema gubernamental: «¡El silencio es salud!».

Cada uno decía que tenía ya suficientes problemas personales, como para además agregarles otros.

Para entonces, unos pocos seguían preocupándose sobre el paradero de Ana María González, la chica de dieciocho años que había asesinado al general Cardozo.

O sobre cuál había sido el destino final del subdirector de la revista «Ultima Clave», Rodolfo Fernández Pondal.

En marzo los chicos regresaron a clase. La ciudad se repobló de gente y las colas fuera de las librerías, para comprar los nuevos textos escolares, eran interminables. Hubo cambios en los contenidos educacionales. La censura había dispuesto que Marx fuera borrado de los libros de historia, de esa manera no habría más discusiones sobre él.

También se dispuso que, en un momento determinado, la interpretación de la matemática moderna (por los vectores), fuera declarada directamente subversiva. Por suerte hubo mentes que interpretaron que lo escrupuloso también podía ser pecado.

Mi esposo aprovechaba algunas de las escasas mañanas libres de que disponía, para ir a desayunar con Jorge Luis Borges y le leía textos en inglés.

Un día Borges le preguntó directamente: – ¿Quiénes son las «Madres»? ¿Qué está pasando afuera?

Y él le contó la historia detalladamente.

La cara de Borges se había transformado, me contó Bob y mostrando su indignación, le dijo:

– Algo había oído antes. Pero nunca pensé que los hombres de nuestras Fuerzas Armadas podían llegar a un nivel tan bajo...

Después de esa primera vez, Borges siempre le preguntaba cómo evolucionaban los hechos. En 1980, el escritor condenó el sistema en una entrevista que dio en España.

Después de concurrir a esos desayunos, Bob regresaba renovado. Lo veía satisfecho, como si hubiera regresado de un viaje.

En abril se publicó en el «Buenos Aires Herald» un editorial titulado «El día negro», en el cual se conmemoraban los grandes crímenes durante el «Proceso», comenzando el 24 de marzo, cuando aparecieron «Treinta cadáveres en un baldío de Pilar», hasta el aniversario de la desaparición de Edgardo Sajón.

Irónicamente, esa misma semana se publicó en sus páginas otra noticia en el diario, que decía: «Los argentinos son los más grandes consumidores de carne del mundo». Y es que según una estadística que difundió el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, los argentinos consumíamos, en promedio, «unos ciento veinte kilos de carne por año, por persona».

Los diarios grandes, en general, continuaban publicando notas sobre la economía del país y sobre acontecimientos internacionales, generalmente intrascendentes, y de la trágica verdad, poco y nada.

Se insistía en que las reiteradas denuncias por la situación de los derechos humanos en el país «eran fruto de una conspiración anti-argentina». Como otrora, se hablaba de una nueva jugada de la «sinarquía internacional», empleando palabras que podrían adornar un «diccionario orwelliano»\*.

\* Orwell, añejo autor inglés hizo hablar a los animales en su obra más famosa.

Pero hubo un periódico, «The Southern Cross» (La Cruz del Sur), que editaba el sacerdote Federico Richards, que también denunció la tragedia de lo que venía ocurriendo.

En mayo de 1978, el mundo entero se conmocionó por la captura y posterior ejecución del senador italiano Aldo Moro.

En las reuniones sociales se comentaba: «Ahora van a comenzar a entender en Europa, todo esto que hemos tenido que sufrir nosotros». Pero resultó que el Gobierno italiano no respondió al hecho con otros actos de terrorismo. Ellos habían pasado ya por la era de Benito Mussolini y no pensaban desechar de nuevo la acción de la Justicia. El mismo Aldo Moro no lo hubiera querido de esa manera. Los italianos dieron una muestra cabal de cómo habían madurado y que, si bien la búsqueda y captura de los maleantes fue continua, imperó la cordura.

Tiempo después, mientras me hallaba ordenando una cómoda, encontré una tarjeta que lucía una foto. Detrás de ella leí: Adolfo Pérez Esquivel\*. Al regresar Bob del diario, le pregunté sobre lo que había hallado. Me respondió que venía elaborando un informe, en un artículo periodístico sobre el caso de este hombre.

— Él es el fundador del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos y subdirector de «Paz y Justicia», una organización católica —me contó—. Me enteré que fue a buscar su pasaporte, pues debía viajar al exterior a dar una conferencia, y lo detuvieron, sin causa. Empecé a investigar y parece ser que lo tuvieron incomunicado y lo han torturado, metiéndolo en una «celda — tubo».

En mayo me enteré que dos irlandesas pertenecientes al mismo Movimiento, «Paz y Justicia», las que habían recibido el Premio Nobel de la Paz en 1976, propusieron a Pérez Esquivel como candidato para recibir idéntico honor.

Bob fue a hablar con el general Harguindeguy sobre esta cuestión y el militar le lanzó una contestación soberbia:

—¿Y quién es este señor Pérez Esquivel? ¿Quién lo conoce?— afirmó con una sonrisa sobradora.

Este señor, que tienen preso sin juicio, ha sido postulado como candidato al Premio Nobel de la Paz —le reclamó\*.

Le dio la impresión de que ellos mismos se habían convencido que Argentina era el mejor cabaret —con los mejores espectáculos— y que, aislados del mundo, vivían las glorias de su guerra sucia.

\* Pérez Esquivel fue postulado al Premio Nobel de la Paz por Mairead Corrigan y Betty Williams, ganadoras del premio en 1976.

Pat Derian, funcionaria del gobierno norteamericano del presidente Jimmy Carter, había hablado claro: «El terrorismo es, tal vez, la mayor amenaza a los derechos humanos. Ha logrado destruir el significado de la frase «derechos humanos» y involucrarse en la más elevada retórica de la religión y la democracia, para ir socavando todo ello con gran desprecio».

Naturalmente esta parte de su discurso no se publicó, jamás fue dada a conocer al pueblo argentino. Sacado del contexto general, solamente se publicó su condena a la tortura sistemática y a las ejecuciones sin juicio.

Y de esa manera, quedaba asentada la postura «gringa y anti – argentina» adoptada por los integrantes del Partido Demócrata estadounidense.

Y llegamos al mes esperado, el del Mundial de Fútbol, junio. Periodistas de todo el mundo inundaron la capital argentina para cubrir las alternativas del Mundial de Fútbol de 1978. Mis chicos iban cada tarde a tomar el té con su abuelo, para mirar los partidos y evocar enseguida las alternativas del torneo ¿Y los estudios? Bueno, eso quedaba únicamente para los «tragas» decían.

Y así como llegó el primer día de ese mes, pronto arribamos al 25 de junio. Tras el anuncio del gol de la victoria, una masa de público inundó las calles, hombres y mujeres, llevando cacerolas, bombos, tapas de ollas, o lo que fuera, para celebrar el triunfo. También mis hijos corrieron a buscar cualquier elemento que les ayudara a hacer bochinche.

De miles de gargantas salía el emocionado grito de: ¡Argentina! ¡Argentina!

Creo que en el subconsciente la gente del gobierno albergaba la esperanza de que esas voces enterraran los ecos condenatorios que llegaban de otras tierras.

Una imagen de la televisión inglesa, quedó particularmente grabada en mi memoria. Durante una entrevista que le efectuaron a la señora de Perkins, en su estancia, el periodista le preguntó, en tono suave, cuál era su opinión de lo que se comentaba en Europa, sobre los secuestros de personas por parte de bandas armadas que no respondían a ninguna fuerza política o de seguridad en particular. Y respecto a la imposibilidad de rastrear, más tarde, a la gente que había intervenido en esos bárbaros episodios.

Esta dama, de aspecto frágil, fina y amable, de repente alzó su voz y dijo: «Kill them all!» («¡Hay que matarlos a todos). ¡Ellos han destruído mi país!»), haciendo referencia a los «desaparecidos».

Y sus gritos parecían querer ahogar otros, los de los humillados con dolor.

Al regresar los periodistas a sus países de origen, llegó a nuestro conocimiento que se había producido otro secuestro en la ciudad.

Afortunadamente, la señora «B» (no quiero dar su nombre) se salvó milagrosamente, pudo hablar con los ministros y testificar lo suyo.

Esta dama pertenecía a la clase media pudiente y protagonizó un rapto realizado por uno de los grupos, para pedir un rescate.

La desnudaron y torturaron. Más tarde la dejaron ir a su casa. Declaró que durante su suplicio alcanzó a oír de los maleantes cómo la habían encontrado y que por último habían reconocido haberse equivocado de persona.

La habían confundido, nada más ni nada menos, que con la esposa de César Menotti, técnico de la Selección Argentina, a quien acusaban de «ser comunista».

Esta pobre señora «B», residía en el mismo barrio que la señora de Menotti y además se parecía en forma notable a ella.

Los secuestradores, al darse cuenta de que se trataba de una persona equivocada y por las consecuencias negativas que podía revestir el hecho, justamente en época del Mundial de Fútbol, cuando todos los ojos del mundo estaban puestos en Argentina y en el director técnico de su equipo, Menotti, la dejaron libre.

Bob le informó en persona al ministro Harguindeguy lo que había escuchado. El no quiso investigar sobre la veracidad de la anécdota. Confiaba que lo hiciera el Ministerio del Interior...

Semanas después fue asesinado Horacio Agulla\*, en la calle Posadas al 1300. La noticia se publicó en los matutinos porteños, pero la gente no hizo comentarios de ninguna especie. Nadie se inmutó, para nada. La anestesia ante el horror y el crimen era casi total. Y en las fiestas la gente empezaba a comentar adónde iría para sus vacaciones de invierno. La señora que contaba con un puesto de verduras en el pueblo de Del Viso, ya venía planeando volver a viajar a Brasil, a hacer cantidad de compras. Pese a que comentó que no le había gustado nada ese país, pues no entendía el idioma.

\* Agulla se desempeñaba como editor de la revista «Confirmar».

Otros de mis vecinos de Highland partía con toda la familia a conocer Disneylandia. Muchos más habían decidido irse a Europa.

– ¿Viste? Todo está mucho más barato afuera...

El «¿viste?» comenzaba a formar parte del léxico porteño.

Pero, a la vez, la ceguera absoluta ante los hechos era ya casi general...

Ese invierno decidí volver a vocalizar y a cantar, pero me di con que ya no contaba con una buena voz.

– Sucede que tus cuerdas vocales se han visto afectadas por todas las tensiones que sufriste –me explicaba pacientemente «Chocha» Gómez Carrillo. «También porque vos fumás mucho» –me reclamó.

Pero igualmente la idea me renovó. Logré encontrar algunos momentos de distracción. El coro planeaba poner en escena «La Telesita» («la manga mota, tus ushutas están rotas...»).

La música había sido compuesta por el padre de Chocha, Manuel Gómez Carrillo. Con dos de mis hijos, Roberto y Ruth, concurríamos a todos los ensayos.

Con nostalgia infinita evoqué esos momentos felices en que podíamos transportarnos a tiempos lejanos. Todavía hoy, tantos años después, cantamos: «Vida mía», «Patito quisiera ser» o «Soy libre y quiero querer».

Desde Charleston, Carolina del Sur, ciudad estadounidense que también tiene su añeja historia, recuerdo los meses siguientes y una opaca sensación de miedo me invade de nuevo. Todavía siento los pasos de los que perseguían e intimidaban a nuestros chicos mayores y los ladridos de nuestro fiel perro, «Spotty», cuando escuchaba movimientos cerca de la puerta de servicio y hasta el sonido de nuestro teléfono «pinchado». Dentro de esa difícil situación, un descubrimiento que hicimos cierta noche, motivó que nos desternilláramos de risa.

Bob había levantado el tubo del teléfono y escuchó con toda claridad cuando le decían, del otro lado: «Policía Federal. Departamento de Intervenciones». Como había llovido intensamente, las líneas se habían ligado.

La ineficacia de nuestros servicios telefónicos de aquellos tiempos, no les permitió operar interviniendo un aparato sin que el usuario finalmente tomara conocimiento.

Un día conocimos al general Arturo Corbetta, en casa de una amiga. El militar estudiaba abogacía en ese tiempo. Había sido jefe de policía años antes, en 1976, y le tocó vivir muy de cerca cuando volaron el Departamento de Seguridad. Ese fue el episodio que desencadenó la barbarie, la reacción violenta en contra de los sacerdotes, que culminó con la matanza de los curas irlandeses en San Patricio.

Corbetta contó sobre el motín policial que se armó ese mismo día y dijo que él trató de pararlos y pidió refuerzos al Ejército para sujetarlos. Pero esos refuerzos no llegaron nunca.

Fue entonces cuando los policías rebelados sacaron a un prisionero desde su celda y lo ejecutaron frente mismo al Obelisco.

Por eso dijo que, al encontrarse sin ningún respaldo en su cargo, volvió a su casa y se encontró con que su domicilio había sido virtualmente violado y que sobre las paredes habían escrito varias veces: ¡Montonero!

Corbetta fue reemplazado de inmediato y tuvo que pedir el retiro. Confesó que se encontraba muy preocupado por la situación de poder ilegal existente. Nos contó que «cada grupo tenía una casa, donde mandaba un jefe de área omnipotente, que reinaba en la zona como si fuese su propio feudo».

Dijo que le parecía que intentaban imitar la idea de «célula» que usaba la izquierda violenta. Ahora Corbetta había reiniciado sus estudios, pues deseaba capacitarse y concretar algo para salvar a la institución militar.

Un año más tarde íbamos a conocer a otro militar, que también había expresado públicamente sentir un profundo dolor por lo que sucedía en el Ejército. Era el general Alejandro Agustín Lanusse.

Ese año el Mozarteum se vistió de gala. Todos sus conciertos fueron de gran categoría y además, por vez primera quizás, contó con la asistencia de ministros en actividad, concurriendo a los conciertos y recitales, mezclándose con los asociados. Volvían los tiempos lejanos. Estaban de moda los vestidos largos y el traje oscuro de noche.

En la cartelera cinematográfica se anunciaban cantidad de filmes de directores italianos. De los títulos que recuerdo: «Padre Padrone», de los hermanos Taviani y «La caduta degli dei» (La caída de los dioses), de Lucino Visconti. Mi amiga Blanca me recomendó enfáticamente: «Tenés que ir a verla». Pero en esa época no pude concurrir al cine. Fue en Estados Unidos que la vi, tres veces. Reconocí el ambiente oprobioso de la realización.

Y la vida siguió su curso. Bob continuaba recibiendo en el diario la visita de muchísima gente que, preocupada hasta los límites de perder la cordura, demandaba saber qué sucedía. También llegó a verlo Ernesto Sábato, muy afligido ante los acontecimientos. Sábato había denunciado los sucesos. El 20 de mayo de 1976 escribió su denuncia en el diario «La Razón» de Buenos Aires y al día siguiente se publicó en «La Opinión».

Sábato había hecho sentir su voz en Europa, en Barcelona y en Hamburgo. También en América del Sur, en Caracas y en Bogotá. Recuerdo que Bob se sentía muy agradecido de que Sábato lo visitara y que charlar con él le infundía ánimo, esperanzas de una vida mejor.

¡Pero siguieron la locura y las muertes!

## Capítulo 7

# «¿Sabe Cox? A las listas de desaparecidos y los tiro a la basura...»

*Del ministro del Interior Harguindeguy a Bob.*

Miguel Tobías Padilla, subsecretario en el ministerio de Economía, fue asesinado cerca de su casa, en San Isidro. Otra bomba explotó en el precinto policial de la calle Nazca, en Villa Pueyrredón. Los atentados seguían.

Por la mañana, Bob se dedicaba a visitar los ministerios para hacer averiguaciones sobre el paradero de hijos, hijas, esposos, hermanos y hermanas que continuaban «desapareciendo» de la mañana a la noche, o de la noche a la mañana...

«¿Pero qué están haciendo ustedes? –le reclamó severamente Bob al ministro del interior– ¿Creen que la gente es un objeto, un paraguas acaso, que se pierde y se olvida?»

El general Albano Harguindeguy elevó su voz y usando la retórica habitual cambió de tema y pasó a hacerse la víctima...

– ¡Pero qué conspiración mundial contra Argentina! –le había dicho Harguindeguy a mi esposo, poniendo cara de inocencia absoluta. Mire, hasta recibo cartas de Egipto y otros rincones lejanos del mundo, pidiéndome datos de gente que no existe. Yo voy a revisar esas listas que me trae usted y sé que no va a ser exacta. Entonces haré lo que generalmente hago, los tiro a la basura.

La grabación de esta conversación la guardó Bob, pues había asistido a una conferencia de prensa preliminar y al salir le informaron que el general Harguindeguy lo iba a recibir. Bob se había olvidado de apagar el grabador y el cassette registró todo.

Una mañana de invierno salí para ir hasta el Banco Hipotecario y como llegaba tarde a mi cita, opté por tomar un taxi. Mis pensamientos seguían martillando mi mente al entrar al auto. Exploté involuntariamente y dije como al acaso: «¡Qué desastre! ¡Cómo está nuestro país!».

El chofer me miró por el espejo y me contestó:

– ¿Pero por qué señora? Es cierto que la situación económica no es buena. Pero siempre hubo momentos difíciles en la Argentina. Siempre hubo períodos en los que se beneficiaba a unos y después a los otros...

– No. Yo le hablo sobre lo que ahora se está comentando. De los «desaparecidos» le digo. Parece que la gente desaparece.

En ese momento ya habíamos llegado a destino. Bruscamente el conductor frenó y dándose vuelta a mirarme a la cara, me preguntó:

– ¿Quién es usted señora?

– Soy la mujer de un periodista.

De repente a ese hombre canoso y con cara de sufrimiento se le llenaron los ojos de lágrimas y como pidiéndome compasión, me soltó directamente:

– ¡Ya hace un año que se han llevado a mi hijo! –me dijo, con la voz quebrada.

– ¿Y usted le ha avisado a alguien de lo que le pasó, de su desgracia?

– No señora. Nosotros tenemos mucho miedo. Mi mujer tenía un negocio pequeño en el barrio y mi hijo trabajaba con ella y de noche iba a la Facultad donde estudiaba medicina. Nunca faltó a clases y conocíamos todos sus pasos. Por eso nos extrañó que un día no regresara a casa. Hablamos con todos sus compañeros y nos dijeron que unos hombres lo habían llevado al salir de clase. Él es un muchacho fuerte y sano. Mi mujer y yo hemos recorrido todos los ministerios, todas las comisarías y nadie nos contestó nada. Hace unos meses mi esposa sufrió un ataque al corazón y todavía sigue delicada.

– Lloro y lloro sin cesar. Yo estoy trabajando hasta trece horas por día para pagar los medicamentos. Estoy seguro que él volverá, porque van a tener que largarlo pronto. Jamás estuvo metido en nada raro. Es un gran muchacho.

– Pero debería dar su nombre a algunas asociaciones de Derechos Humanos que están confeccionando listas de los desaparecidos.

– No. No quiero denunciar la pérdida. Sólo creo que lo van a tener que largar... –y acto seguido me hizo un saludo con la mano, cerró la puerta del taxi, aceleró su auto y se perdió para siempre.

A veces, de noche, asistíamos a las fiestas en las embajadas. Éstas concluían, generalmente, a altas horas de la madrugada. Cuando la mayoría de los invitados se retiraban, los Cox eran la excepción. Nosotros nos quedábamos charlando con unos pocos, hablando del continuado horror. Todavía nos liga una fuerte amistad con todos aquellos periodistas y funcionarios extranjeros que viniendo o partiendo a diversos puntos del globo terrestre, fueron testigos, como nosotros, de los trágicos acontecimientos ocultados en esa década infame.

Ese mismo año viajamos a Estados Unidos para asistir a unas conferencias organizadas por la «Fundación Piñeyro Pacheco». Bob denunció allí la violencia, que reinaba en el país, evocando estos ocho años patéticos como los actos de una pieza teatral: «El primer acto estuvo protagonizado por el terrorismo de izquierda. El segundo acto, por el terrorismo de estado».

El entonces corresponsal del diario La Nación de Buenos Aires allá, quizás por prudencia suavizó las palabras que él había pronunciado y alteró así el contexto general. Al llegar de vuelta a Buenos Aires, alguna gente le dijo que había entendido que él había condenado solamente el terrorismo de izquierda (el primer acto), sin mencionar lo que entonces se vivía en la capital argentina: Los desaparecidos, el terrorismo de estado. O sea, el segundo atroz y abominable acto.

Muchos de nuestros amigos, que habían dejado de saludarnos, o simplemente se cruzaban a la vereda de enfrente al ver que nos acercábamos, volvieron a aparecer.

Esa semana misma recibimos una invitación para una cena en casa de una conocida familia de doble apellido. Antes de salir, habíamos acordado con Bob no hablar de política, ni de educación. Llegamos y enseguida los invitados comenzaron a abordar ambos temas.

Pero siguiendo el pacto acordado, que ambos habíamos decidido cumplir como fuera, éramos nosotros los que cada vez cambiábamos de tema de charla, llevándolo a niveles más superficiales: moda, política internacional, navegación, lo que fuera.

Nos sentamos a la mesa y de pronto el dueño de casa encara a mi esposo y le dice:

– Bob ¿Qué pasa con los derechos humanos?

Él, en tono mesurado y muy calmo comenzó a explicar que los secuestros llevados a cabo durante este último año, habían sido menos que los de años anteriores y que posiblemente esa táctica de silenciar todo iba a concluir a corto plazo.

El hombre, curiosamente, no le dejó terminar la explicación y golpeando con fuerza su puño sobre la mesa exclamó: «No ¡Seguimos en la barbarie!» Y entonces, a punto de sollozar. Con un tono de voz quebrado explicó que varios de sus conocidos habían sido llevados de sus hogares o sus trabajos y que ningún familiar o amigo había vuelto a verlos jamás.

Seguidamente cada uno de los comensales comenzó a contar su propia historia.

Nos quedamos escuchándolos hasta las tres de la mañana, tratando de calzar las piezas perdidas. Muchos de ellos terminaron sus relatos llorando, como descargando sus tensiones en una especie de catarsis.

Cuando bajábamos por el ascensor Bob y yo nos miramos. ¡Qué noche extraña! A nuestros anfitriones los habíamos conocido unos meses antes en una reunión en la cual este señor había tenido una confrontación con Bob. Recordé claramente que por entonces él había elogiado al gobierno sin pausa y nos dio la impresión de que desconocía totalmente lo que estaba sucediendo en el país.

Ahora finalmente si entendíamos cómo se comportaba la gente de la sociedad porteña, frente a estas continuas denuncias y sospechas. Recordamos haber visto innumerables películas de guerra, de espionaje. Sin embargo nunca pensamos que íbamos a ser testigos de lo que entonces sucedía.

En diciembre, Argentina recibió la visita del rey de España, Juan Carlos de Borbón y su señora, la reina Sofía. El presidente Videla les ofreció una recepción en los salones del Consejo Deliberante. Allí el rey hizo un gran discurso sobre la importancia de los derechos humanos. Sorprendió a Videla y sus acompañantes hablando claramente sobre la importancia de mantener el orden legal en los momentos difíciles y anárquicos.

Los integrantes de las más altas esferas políticas, sociales y del periodismo habían concurrido a esa recepción. Al ir a retirarse a su residencia los visitantes reales, la reina Sofía solicitó su capa de gasa de seda rosa. Ella se lo había entregado a un edecán del presidente para que se la guardara. Se produjo un instante de enorme nerviosismo. Nadie sabía nada y la capa no aparecía por parte alguna.

¿Dónde había ido a parar la prenda? La reina tuvo que retirarse del agasajo sin su capa. Al llegar a casa sonó el teléfono, avisándonos de lo ocurrido y nos preguntaron si teníamos sospecha o habíamos visto quién podía habérsela llevado...

Luego, en altas horas de la madrugada supimos que finalmente se había recuperado la capa.

Al aparecer la capa real, el complicado relato de lo que había acontecido, dio la impresión de haber sido una historia entre risible y ridícula.

El «aide» (ayudante de campo), de Videla, se la había entregado a una dama de alcurnia para que la tuviera en custodia.

Esta señora, miembro de la sociedad argentina y ligada a una familia «tradicional y cristiana», había decidido guardársela, así como así, «de recuerdo».

Personal de ceremonial, por orden del presidente acudió hasta la casa de la «coleccionista de recuerdos reales» y finalmente la rescataron.

Lo que jamás se recuperó, fue una buena imagen de la Argentina en esos tiempos.

A fines de 1978 la gente ya comenzaba a preguntarnos en forma cada vez más insistente, si teníamos pensado dejar el país.

«¿Y por qué piensan que tenemos que irnos?» les respondía reiteradamente Bob, pues la consulta le parecía totalmente absurda.

Sin embargo me di cuenta que él ya se sentía muy solo.

Hablábamos por horas cada noche, tratando de tomar distancia de los hechos. También intentando descubrir cómo era posible que la gente no reaccionara por todo lo que venía ocurriendo.

Por último, el doce de diciembre, salió un artículo en el diario La Prensa, que firmaba el periodista Manfred Schönfeld, que se tituló: «La necesidad de esclarecer los casos de desaparecidos».

Fue la primera vez que un diario importante de Buenos Aires hizo referencia directa al tema. Interpretamos que se había prendido una lucecita de esperanza, en ese largo túnel oscuro y siniestro que parecía no mostrar salida.

Esa Navidad la celebramos en la quinta. Fueron nuestros añejos amigos de siempre y algunos otros, nuevos –aquellos sufridos seres humanos que seguían buscando incansablemente a sus seres queridos.

El coro de Chocha también asistió y cantaron bellos villancicos.

Nadie de nuestra familia alcanzó a adivinar que esa sería nuestra última Navidad allá, en Highland, en del Viso...



## Capítulo 8

### «Vámonos vida mía, vámonos, donde...»

(De una zamba de Gómez Carrillo)

## 1979

La quinta se colmó de innumerables invitados. «Chocha» (Carmen Gómez Carrillo), se quedó todo ese verano junto a nosotros, en compañía de «Música» (su perro) y «Melchior» (su canario). Todas las mañanas, ella dejaba libre a «Melchior» en su cuarto; el experimentaba toda clase de aventuras y libre, al fin, aceptaba volver a su jaula para comer.

Otro invitado habitual era Toby, gran periodista y jefe de cronistas en el «Buenos Aires Herald», un simpático señor anglo-uruguayo, que solía recorrer los jardines con mis chicos, dándoles clases de botánica o relatando sus aventuras de soldado durante la Segunda Guerra Mundial.

En otra habitación se alojaba Geraldine, una señora mayor, también periodista, que nos iluminaba sobre la ciencia de Karma.

Y no faltaba el personaje irlandés que siempre se preocupaba por la próxima comida y miraba celosamente cuando servía a los demás. Durante su estadía fue el blanco de todos los chicos.

Y al llegar los fines de semana y al no haber más dormitorios, se levantaba una carpa. Los chicos dormían o no, encimados y felices. Se contaban cuentos de fantasmas y a veces alguna madre tuvo que socorrer a uno de los suyos.

Además siempre caía un invitado más a pasar el día: Uki Goñi con su guitarra, cantaba las canciones más conocidas de los Beatles. Los chicos coreando «All Together Now» o aparecía el juez gruñón que insistía sobre mantener el orden, o la familia Sabat, con sus hijos, que en horas de ocio leían, o dibujaban. Nunca faltaban mis amigas Annie, Susana y Coca que traían sus hijos —amigos de los míos.

Bob regresaba a la una o dos de la mañana. Notaba un cambio en su personalidad. Su asma se había agudizado y su mirada se mostraba alejada. Solamente llegué a entender lo que le sucedía, después del casi accidente.

Un domingo por la tarde tuvimos que volver al departamento en el centro de la ciudad, porque debíamos hacer ciertos trámites el lunes. Volvimos con algunos de los chicos y mi padre. El tráfico por la Ruta Panamericana era imposible. Estaba tan congestionada que apenas podíamos avanzar a unos 20 o 25 kilómetros por hora.

Al llegar a la altura del partido de San Martín, Bob decidió salir de allí y tomar la ruta ocho, que también se mostraba atiborrada de autos volviendo a la ciudad.

De repente, mientras manejaba lentamente, una de las ruedas del auto se disparó hacia la banquina. Como íbamos con lentitud, pudo maniobrar enseguida y detenerse ahí.

Al revisar la rueda, se dio cuenta que alguien había aflojado las tuercas de la llanta.

Entonces fue que me confesó que gente del gobierno le había avisado que venían tramando realizar un atentado en contra de él y le habían aconsejado que tomara diferentes caminos al volver de noche.

Si no hubiéramos transitado mezclados en un tránsito tan denso ese fin de semana, los delincuentes habrían logrado fácilmente su propósito: eliminarnos.

En marzo, terminadas las vacaciones, regresamos a la ciudad.

Teníamos la ilusión de que se produjera algún cambio, que iban a comenzar a soltar a los presos, o por lo menos, que iban a legalizar su situación. Por entonces Hipólito Solari Yrigoyen ya estaba a salvo en París y vivíamos la ilusión de que pronto los chicos que habían desaparecido regresaran con sus familias.

Seguía la pelea por el Caso Timerman que aún permanecía detenido. Nos hicimos muy amigos del rabino Marshall Meyer y de su esposa Naomí. Nos contó que estaba autorizado a visitar a Jacobo en la cárcel. Entonces entendimos que no existía el peligro de que él desapareciera —pues el gobierno había reconocido públicamente que se hallaba preso.

Nos sorprendió sobremanera que los «amigos» de siempre de Timerman, periodistas que se habían formado en la escuela de Jacobo, guardaran un silencio absoluto.

Bob conocía apenas a Timerman, pero había oído repetidamente de sus innumerables actos de generosidad. Años atrás algunos hasta le habían confesado a mi esposo que él los había rescatado de situaciones difíciles.

En forma incansable mi esposo continuaba escribiendo sobre este sonado caso, además, consultaba a menudo a los funcionarios del gobierno, la razón por la cual aún lo tenían en prisión.

Bob me contó que ni ellos sabían por qué estaba preso, pero si coincidieron, en su mayoría, en que había un sector de ellos que «no lo querían largar». Y según ellos mismos, ese grupo era el más poderoso...

Ese año el «Leit Motiv» de la televisión fue: «La responsabilidad es de los padres: ¡Hay que educar a los hijos!» (Años más tarde hallé esta misma frase en el libro «La Vorágine» de José Eustacio Rivera, escrita a inicios del siglo. Allí también el gobierno retaba al cura, «Don Clemente» con las mismas frases.

En las pantallas de televisión aparecían escenas burdas –casi cómicas– sobre los padres que no se preocupaban de sus hijos.

Los «minotauros» debían encontrar el chivo expiatorio para transferir sus culpas.

Ya de regreso a la ciudad, volvimos a cruzar nuestro camino con los amigos que volvían de diferentes destinos turísticos.

Karl Anders Wolters, el embajador de Suecia y su esposa habían vuelto de su país y seguían a la búsqueda de datos, de pistas, por la desaparición absurda de la niña sueca Dagmar Hagelin, secuestrada por los sanguinarios testaferros del terror.

Contaron que habían conseguido alguna información sobre ella y pensaban que todavía estaba viva. Como antes Wolter había sido representante de su país en la Unión Soviética, se refería a ciertas similitudes que él y su esposa hallaron entre la mentalidad rusa y la argentina.

Según ellos, ambos pueblos se asemejaban en forma notable. Ambos eran cálidos y generosos, pero los dos tenían su «lado oscuro» inexplicable. Contaron que también allá, en suelo ruso, la gente había aprendido a «desconectarse» de los sucesos, viviendo un presente híbrido, sin perspectiva histórica y lo que era aún peor, sin futuro...

Tex Harris, el tejano que trabajaba en el tema «Derechos Humanos» en la embajada de los Estados Unidos de América, también estaba de vuelta en Buenos Aires. Contó de cómo un programa de la televisión norteamericana «Meet the Press» (Conozca a la prensa), se había interesado profundamente en lo que se llamaba la «Tragedia Argentina».

Llegó a casa a almorzar y le pidió directamente a Bob que aceptara ser invitado especial en ese programa. También necesitaba que la madre de un desaparecido brindara un testimonio de sus penurias. Hablaron específicamente del caso Epelbaum.

Por Tex me enteré de la trágica historia de esa pobre mujer:

– Renée Epelbaum es una mujer admirable. Ella tuvo tres hijos, el mayor, Luis, tenía 20 años y llevaba pocos años de diferencia con sus otros dos hermanos. El mayor había ingresado a la Facultad de Medicina y palpó de cerca la miseria que reinaba en los hospitales públicos. Por lo mismo se había sentido impelido a entrar a un grupo que pretendía cambiar la situación. Su madre, temerosa, le había insistido una y otra vez que no se implicara en ningún movimiento político, porque resultaba peligroso. Y un año después, Luis aceptó el consejo, pero decidió dejar la carrera de medicina y comenzar con otra profesión. Se decidió a trabajar junto a su madre, en el rubro importación – exportación, y habían planeado abrir un local en el Tigre, para comercializar las mercaderías. Un día ella fue hasta allí para iniciar los trámites y poder abrir el negocio.

Luis debía encontrarse con ella allá, pero nunca apareció.

Lo había esperado por horas interminables y lo llamó al departamento varias veces. Pero él no contestaba.

Regresó a su casa, esperando que llegara de vuelta. Muy nerviosa acudió al departamento de su hijo. Antes de entrar ya los vecinos le advirtieron que un grupo de personas llegaron hasta ahí y se lo llevaron, esa misma mañana.

Renée entró al departamento vacío, que aparecía saqueado y con muchos muebles destruídos.

Entonces comenzó a buscar desesperadamente a su hijo Luis. Visitó una y otra comisaría sin obtener respuestas. Decidió por último, que sus dos hijos menores se fueran a Punta del Este, Uruguay, donde tenían familia.

Los chicos no querían irse de su lado. No comprendían el por qué de esa decisión de la madre. Para entonces Renée se mostraba muy temerosa y quizás eso mismo la debilitó y se enfermó.

Los chicos la llamaron por teléfono varias veces y finalmente decidieron regresar a casa, para acompañarla y asistirle, aunque ella les había implorado una y otra vez que no volvieran.

Estuvieron acompañándola unas cuantas horas y ante la insistencia de ella, decidieron partir a Uruguay de nuevo, para que se quedase tranquila.

«Salieron rumbo a la agencia de turismo, a retirar sus pasajes de avión. Fue la última vez que los ví» —contaba ella.

Tras la historia que contó Harris, Bob relató que durante la visita de los representantes de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA), mientras Renée hacía una larguísima cola para dar su testimonio, se puso a conversar con un hombre que estaba antes de ella. Ese señor le dijo que había estado «secuestrado» y que durante su cautiverio en un campo de concentración, se dio la coincidencia de que los dos hijos menores de la señora Epelbaum se hallaban prisioneros en el mismo lugar. Le dijo que sabía que los habían torturado a ambos, pero la tranquilizó diciéndole que sabía los habían encontrado inocentes, al igual que a él mismo, el del relato. Y que por lo mismo, los iban a soltar pronto, a todos ellos.

Según ese hombre, largaban a unos pocos cada semana,

Años y años pasaron desde entonces. Los Epelbaum siguen en la lista de desaparecidos. Nunca se supo nada más de ellos.

Finalmente Bob y Tex decidieron solicitarle a la señora de Arocena que ella fuera al programa. Y que a Renée le iban a pedir que concurriera en otra oportunidad.

El programa se televisó.

Las tensiones seguían.

Ese invierno, en agosto, visitó la Argentina Mairead Carrigan. Ella era una de las dos irlandesas que junto con Ciarraa McKeowan habían ganado el Premio Nobel en 1978, por su magnífico trabajo por conseguir la paz en Irlanda del Norte. Nos manifestó su gran preocupación por los penosos sucesos en nuestro país.

Nos invitó a que concurriéramos el día siguiente a la Iglesia de la Santa Cruz, donde ella iba a asistir a una reunión. Fuimos. Al estacionar en esas calles oscuras (Estados Unidos y 24 de Noviembre), nos dimos con la sorpresa de ver cantidad de policías armados hasta los dientes, que apuntaban hacia los concurrentes que desfilaban al templo.

Respirando hondo, entramos y hallamos la sala de la iglesia colmada de público. La mayoría de ellos eran padres y madres en búsqueda de sus hijos.

Sobre el estrado se encontraba un hombre de pequeña estatura, delgado y con lentes. A su lado vimos a Mairead. Reinaba un silencio total, pero vibraciones y tensiones de la afligida concurrencia podían palpase dentro de la sala.

Comenzó a hablar este señor y al presentarse me enteré que era Adolfo Pérez Esquivel, sobre quien Bob me había hecho referencia un año antes.

Pidió mantener la cordura. Pidió después la paz y tranquilizó a los concurrentes diciéndoles que habría un futuro donde se reunirían con sus seres queridos. Les aconsejó que no trataran de vengarse, ni que tomaran la ley en sus manos.

Al concluir, todos los asistentes se pusieron de pie y aplaudieron.

Noté que muchos mostraban rostros esperanzados, como si hubiesen vislumbrado la posibilidad de encontrar una solución a sus problemas dentro de la justicia.

La Premio Nobel irlandesa tomó la palabra y dijo: «Yo voy a proponer a Adolfo Pérez Esquivel como el próximo Premio Nobel».

Dejamos el sitio y Bob me comentó:

—Por suerte todavía queda en este país mucha gente con deseos de mantener la paz.

A mediados de julio ya mi esposo se había enterado, por voceros de la Embajada Francesa en Buenos Aires, de la nueva táctica que empezaban a usar los miembros del poder represor.

El hijo de la escritora Gloria de Alcorta, que figuraba como «desaparecido», había vuelto al hogar hacía unas semanas. Lo acompañaba una escolta de civil. Él le pidió a su madre que no dijera a nadie que estaba preso.

—Tenés que decir que sigo «desaparecido», le conminó.

Después de realizarle otras visitas, siempre escoltado por guardianes, un día se llegó a verla él solo. Le pidió a su madre que fuera hasta la Embajada de Francia a conseguirle una visa.

Le dijo simplemente: «Mamá, me van a dejar salir del país».

Sin embargo los miembros de la embajada no autorizaban visas sin antes examinar los formularios.

De esa manera llegó a saberse que a algunos de los detenidos que habían aceptado trabajar para el sistema, los dejaban irse a París. La condición era que debían callarse y si les preguntaban algo, debían seguir figurando como «desaparecidos».

La más grande de las mentiras se iba a convertir en verdad y, de esa manera, apareciendo en la Ciudad Luz o en cualquier otra capital europea, desprestigiaría a los otros sufridos parientes que continuaban a la búsqueda de sus hijos.

La Marina encontró otra manera para entrar «desaparecidos» en Francia. El plan era verdaderamente maquiavélico.

Años más tarde se supo que habían usado a cantidad de prisioneros de la escuela de Mecánica de la Armada (la tristemente famosa ESMA), para que escribieran los discursos de los jefes.

José López Rega había publicado un libro suyo en los Estados Unidos, meses atrás. La información fue difundida por numerosas agencias noticiosas y Bob decidió publicarla en el «Buenos Aires Herald». Resolvió mencionar hasta el nombre de la editorial que publicó la obra.

– Bueno, si lo quieren encontrar, ahora ya pueden... –observó sonriendo Bob.

Con el tiempo mi esposo estuvo unos momentos con el almirante Massera.

Aprovechó esa circunstancia para preguntarle por qué no se detenía a López Rega. Pues habían dicho «lo estamos buscando» y «no sabemos donde está».

El almirante le contestó: «Cox, nosotros no somos mezquinos...»

Sin embargo, durante esa misma época, una mañana de asueto escolar sonó el timbre de casa. Allí estaba el tejano Tex Harris. Avanzó preguntando por Bob y diciéndome: – Maud, dame un whisky por favor.

Lo vi pálido. Le pregunté el motivo.

«Yo estaba con mi mujer y mis chicos en Plaza Lezama y les habíamos comprado globos. Era una mañana magnífica y de repente oigo estallidos y veo que el edificio donde conocía que tenían cientos de presos, había explotado.

Tomó aire. Me miró y dijo:

–«¿Los habrán matado a todos? ¿No habrá esperanzas de que alguien se haya salvado? Posiblemente no querían dejar testigos...» expresó suspirando.

Entonces llegó mi esposo. Los tres tuvimos que tomar otra copa.

Entendí que la definición de «mezquino» parecía tener otro significado para los que ostentaban el poder.

Supimos después que para borrar evidencias de las prisiones clandestinas, la Junta Militar dio la orden de volar hasta edificios enteros usados como cárceles y centros de tortura.

En octubre de ese mismo año comenzó nuestra propia historia.

Un día a las siete de la mañana nuestro amigo Harry Ingham nos llamó y dijo que una bomba había explotado en la casa de otro amigo, Walter Klein, vice – ministro de Economía. Nos explicó que no había señales de vida en la casa.

Los hijos de Harry, de Klein y los nuestros iban al Colegio San Andrés, que quedaba a unos pocos centenares de metros de la casa atacada.

Entré a la salita donde mi marido había hablado poco antes con Harry y lo vi tirado en el suelo, cubriéndose la cara con las manos.

Me quedé en silencio unos segundos, después señalé:

–Vamos ya mismo para allá Bob. Voy a dejar una nota a la empleada, para que no se asuste si no nos encuentra en casa tan temprano.

Nos vestimos corriendo y no nos dirigimos la palabra durante todo el trayecto. Fuimos a buscar a Harry Ingham primero y después directamente hasta el hospital. Mientras esperábamos ahí, empecé a hablar con uno de los policías de guardia, que se comunicaba con sus colegas con un «Walkie –Talkie».

– Ya se sabe algo ¿Quiénes fueron?

– Sólo que encontramos a uno de los maleantes, que apareció baleado a una cuadra y media de la casa del doctor Klein –respondió.

Estuvimos allí unas tres horas, hasta enterarnos que todos los Klein se habían salvado. Nos enteramos que los vecinos habían llamado varias veces a la policía y a los bomberos, pero como estos no llegaban, entraron y comenzaron a excavar entre los escombros de la casa.

Minutos más tarde llegó al hospital Perla Amoroso, la fiel secretaria de Walter Klein y llorando me abrazó, diciendo: «Salió con una sonrisa Maud. ¡Klein está bien! ¡Está bien, Maud...!»

Ya eran más de las dos de la tarde y decidimos no volver a casa y comer algo en un restaurante por allí cerca. Fuimos con Harry. Antes de empezar Bob me dijo:

– Llamá a Ester y decíle que no iremos a comer.

– No creo que sea necesario –le contesté. Ella se va a dar cuenta que a esta hora no vamos a aparecer. De cualquier modo siempre espera que estemos en casa para comenzar a cocinar.

Como Bob insistió, finalmente le dije que la llamara.

Y Bob se levantó de la mesa y al regresar lucía pálido.

– Roberto recién ha vuelto a casa y al atender mi llamado me dijo que no volviera porque dos señores con sacos de cuero habían ido a buscarlo. «Daddy don't come. They have come to fetch you» (Papi, no vengas a casa. Ellos vinieron a llevarte).

La semana anterior le habían confesado a Bob que figuraba en una «lista de muertos», pero él no le había dado demasiada importancia.

Estos «señores» que habían aparecido en casa, habían hablado primero con el portero del edificio. Se identificaron como policías y les dijeron que venían a ver al señor Cox, «porque no tiene su documentación en orden».

A lo cual el portero respondió

– A mí me parece que un señor director de un diario tendrá toda su documentación en regla.

Los policías comenzaron a indagar sobre la rutina de los chicos, las horas en que el ómnibus los recogían, las idas y venidas habituales de ellos.

Decidimos que Bob no debía volver a casa.

Me despedí de él y le pedí que no me dijera dónde se iba.

Volví a casa y el portero me dio más detalles sobre la extraña visita. Me contó que hacía dos semanas que ellos habían visto a estos mismos hombres y a otros que vigilaban el edificio. Temían que algo iba a pasar y se preguntaban una y otra vez a quién estaba dirigida esta persecución.

Llegué entonces a nuestro departamento y le dije a la empleada que preparara la comida para los chicos, pues nos íbamos todos a la casa de mi padre. Ester parecía muy tranquila y en total control de sus miedos. Había visto a los dos sujetos y entendía de qué se trataba todo.

Los chicos volvieron del colegio, comieron y les dije que como acostumbraban hacerlo a menudo, fueran hasta la casa de su abuelo. Pero esta vez, que llevaran dentro de sus valijas del colegio dos camisas y una muda de ropa interior.

Mis hijos partieron de dos en dos y antes de dejar el hogar, llené tres valijas con sábanas y alguna ropa más, por si tuviésemos que irnos del todo. Dejé las maletas en la sala.

Finalmente nos fuimos a casa de mi padre con Victoria, mi hija mayor. Al llegar recién pude relajarme algo. Comencé a temblar.

Más tarde llamé a mi amiga Susana Fernández Beyró, que no se encontraba en su casa. Le pedí a su hijo: «¿Puedes venir a buscar-nos? Quisiera pasar unos cuantos días con ustedes...»

Me preguntó la causa y le conté:

– Bob se ha ido al extranjero y yo me pongo muy nerviosa estando sola. Pensé que sería divertido estar juntos unos días. Ah, cuando vengas a buscarme, bajá al garage y deja ahí el auto –le expliqué.

Más o menos una hora después apareció por el departamento Diego, su muchacho. Le conté lo sucedido y bajamos hasta el coche. Tres de los chicos se escondieron en el piso, en el asiento de atrás y así pudimos zafar de los ojos inquisitorios de los hombres de la esquina. Era otro coche y vi a cuatro pasajeros. Yo, sin embargo, los reconocí.

Al llegar a casa de Susana, ella nos estaba esperando y me dijo:

–¿Les pasa algo? –señaló con cara de preocupación. Acabo de hablar recién nada menos que con el padre Ratcliffe (este sacerdote irlandés nos había casado y en esta época fue incorporado a la Marina como capellán).

Susana siguió contando:

– Me llamó para preguntarme por ustedes y me preguntó si Bob estaba preso y si se sabía dónde estaba la familia. Yo le dije que estaba totalmente equivocado, porque hacía dos días que los había visto. Pero si querés llamarlos, la familia Cox está en su casa, le contesté.

Le conté a Susana lo ocurrido. Empezábamos a entender. El padre Ratcliffe desde el Hospital Naval, donde se recuperaba de un ataque de asma, había oído algo. Yo no lo había visto desde el 76 y la información que él dio no podía corresponder a nadie que nos conociera. Posiblemente había oído hablar de nosotros en el recinto naval.

Son en estos momentos que uno subestima la racionalidad que cada cual posee. Estas situaciones tan absurdas crean una necesidad de reconfirmación. Ahora mis sospechas quedaban ratificadas.

Al día siguiente Bob me llamó por teléfono. Se encontraba fuera del país. El día que nos separamos en el restaurante, él había acudido a su embajada y le habían aconsejado salir por unos días de Buenos Aires. Aproveché para viajar a los Estados Unidos, donde tenía una invitación para participar en un congreso.

Nos quedamos tres días en casa de Susana. No sabía ni cómo ni por dónde venía la mano. Los chicos fueron al colegio y para ellos todavía todo era fiesta: regresar a casa con muchos amigos, comer y dormir acampados. Mi padre y unos sobrinos eran los únicos que sabían lo que nos sucedía.

Ni en el diario donde Bob trabajaba sabían nada. No quise causar problemas.

El tercer día después de todo esto, en el diario La Nación los titulares anunciaban que el general Menéndez se había sublevado. Mis miedos crecieron: ¿Quién ejercía el control?

¿Qué significado hubiera tenido este arresto ilegal si se hubiese llevado a cabo? ¿Y a quién podía ir a ver para pedir auxilio?

Fui al centro y me encontré con mi amiga Coca. Y tomando un café con ella en un bar en Callao, me inspiré y pensé que tendría que ir a ver a un militar que pudiese explicarme lo que realmente sucedía entonces. Pensé que el más apropiado sería el general Alejandro Agustín Lanusse\*.

\* Lanusse había participado del derrocamiento de Onganía y de Levingston y luego convocó las elecciones que devolvieron el poder a Juan Domingo Perón y a la caída de su sucesora Isabel Martínez de Perón, acusado de irregularidades y encarcelado.

Recordé haberlo conocido durante una cena y me había causado muy buena impresión por su comprensión, su honestidad y su amor por su carrera (siendo él, sin embargo, en esos momentos, una «oveja negra» para la mayoría de los argentinos)\*.

Decidí llamarlo por teléfono y aceptó calurosamente que fuese a verlo a su casa.

Tras escuchar atentamente mi relato de la situación que vivíamos me dio un consejo que me resultó entonces tan válido, que aún hoy sigo poniéndolo en práctica. Me dijo:

– Nunca se ponga al otro lado de la vereda. Vaya al origen y pregúnteles a ellos que le expliquen qué está pasando. Consiga llegar hasta el ministro y pídale protección. usted no conoce de dónde viene la amenaza, y que ellos comiencen a rastrearla...».

Después me llegué a ver a Piñeyro Pacheco, amigo personal del ministro Harguindeguy y le pedí me consiguiera una entrevista. Le conté lo sucedido y él, mostrando preocupación, aceptó, proponiéndome conseguir que el ministro me llamase a casa de Susana, donde todavía me hallaba parando, para concretar día y hora.

Esperé y finalmente a eso de las diez de la noche me llamó el secretario del ministro, para decirme que Harguindeguy andaba demasiado ocupado, pero que quizás podía recibirme «dentro de veinte días...»

– No entiendo ¿usted sabe por qué le estoy hablando?

– Sí señora, el ministro estuvo hablando con el señor Piñeyro Pacheco y está al tanto de lo que usted le contó.

– Pero usted me está diciendo ahora que no tienen interés en saber más pormenores de la cuestión para poder seguirles la pista a los maleantes –le respondí enojada.

– Bueno, así es. El ministro está muy ocupado.

Colgué el teléfono y llamé de nuevo al general Lanusse y le dije:

– Creo que esto ya lo dice todo. Ahora ya estoy leyendo el mensaje claramente. ¿Nos tendremos que ir del país?

– Creo que sí señora –siguió un breve silencio. Pero si puedo serle útil de cualquier manera...

– No, gracias, usted ya ha hecho mucho –concluí.

No pude contener mi llanto. Me di cuenta que ni escapar podía.

Me acordé que Bob jamás había querido concurrir hasta un escribano, para otorgarme un poder que me permitiera sacar a los chicos de la Argentina. El nunca quiso pensar que tendríamos que irnos. Tenía que esperar otro día para llamar a Bob y comunicarle lo que había aprendido.

Al enterarse de todo, Bob fue inmediatamente a la Embajada Argentina en Washington D.C. y habló personalmente con el embajador. Él le pidió que completara la documentación necesaria para que nosotros pudiésemos viajar a reunirnos con él allá.

El embajador llamó a su primo, el presidente Videla y este le pidió que nos convenciésemos para que nos quedáramos.

– No pueden irse. Yo les aseguro que tendrán toda la protección que necesiten...–le había comentado.

Y súbitamente todo cambió. El ministro Harguindeguy, que antes se había negado a recibirme, me hizo llamar de nuevo por su secretario y puso a mi disposición cualquier tipo de protección que quisiera. Además, a las once de la noche, mandó al subdirector de la Policía Federal para que me tomara una declaración.

Llegaron en tres autos blindados y con escolta. Entraron a la casa de mi amiga. Nadie hablaba. Reinó silencio por unos minutos. Nos miramos fijamente. Finalmente el sub-jefe de policía me pidió que le diese toda la información. Se la di, en detalle. El relato me tomó una larga hora.

Al terminar me dijo que empezara otra vez, pues quería tomar notas. Otra hora larga. Después, pasada ya la una de la mañana, me pidió que repitiera mi declaración.

– Sí, no tengo problema, voy a hacerlo. Pero después yo también quisiera hacerle una pregunta.

Y repetí la historia por tercera vez. Al terminar le dije:

– Mi consulta es: ¿Cuándo llegó usted al país desde Alemania? (Su nombre era alemán y yo le había notado un acento extranjero).

Me miró fijo:

– Fue mi padre el que llegó hace treinta años. Yo era apenas un bebé.

– Gracias. Con esto me ha dicho usted todo.

Antes de retirarse los policías me pidieron que reconsiderase lo de nuestro viaje: «Quédense ¡Por el bien del país!» me repitieron.

Y a la mañana siguiente, cuando llamó Bob, le dije que estaba dispuesta a quedarme. Él se puso muy contento, porque realmente quería volver a Argentina. Todavía tenía mucho que hacer.

Así vivimos un mes. Siempre había escolta policial frente a nuestro edificio de departamentos. Además el comisario me había dado todos sus teléfonos privados por cualquier problema que pudiese surgir. Tres veces llamé al comisario Lavalle (tal su nombre), pues el policía de guardia no aparecía a cumplir con su consigna y él mandaba de inmediato un reemplazante.

Pero a las tres semanas cambió la situación. El policía de facción no llegaba. Ni siquiera los policías que cuidaban la esquina llegaban a cumplir su turno. Quise hablar con el comisario. Pero ahora no lo encontraba en ninguno de los números que me había dejado. Les hice anotar mi número, para que me llamase, pero nunca se comunicó conmigo. Temí que esto era la muestra de una razón de ser, su total desinterés.

Bob simplemente comentó: «Puede que sea por su habitual ineficiencia».

Ya los chicos, con su poder de supervivencia, retornaron a sus quehaceres habituales. Se aproximaba la época de exámenes y las fiestas deportivas. Mis dos hijos menores eran muy atletas y me pareció que no le prestaban mayor atención a la cuestión.

Curiosamente, advertí que el menor de ellos comenzaba a sufrir insomnio por las noches. Hablando por teléfono con una amiga, le conté de mi preocupación.

Bob mientras seguía investigando; Juan Manuel, mi sobrino, seguía viniendo a casa; mis amigas caían con frecuencia a tomar café. Pero para entonces yo ya había cambiado. Sentía que el cerco se iba achicando.

Evoqué el cuento de Cortázar: «La casa tomada» (que no había entendido una década atrás), y ahora yo me identificaba con los viejos de esa historia, encerrados en su cuarto, anticipando extraños ocupando su territorio.

Viéndome tan tensionada, mi esposo quiso animarme y con una sonrisa me contó que:

– Cuando estuve en los Estados Unidos, me encontré con nuestro amigo Mort Rosenblum, quien ahora es el director del International Herald Tribune en París. Me dijo que siuviésemos que dejar Argentina, él podía ofrecerme trabajo en su matutino, como comentarista...».

– París parece tan lejano, tan imposible... –le respondí. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

– Bueno, pienso que no nos iremos hasta que esta situación se aclare. No voy a abandonar el barco que se sigue hundiendo. Además los empleos siempre te los ofrecen cuando tienes trabajo. Pero de todos modos te lo comento, para que vislumbres un cierto horizonte, porque no todo es tan negro. Ah, te pido que no comentes esto con nadie...

– Te lo prometo, no lo comentaré. Pero pienso que deberíamos irnos para Navidad. Los chicos están bien, pero todos necesitamos veranear fuera del país...

Esa noche Bob regresó con la noticia de que ya había comunicado su decisión en el diario y le contestaron que no habría problemas en que se tomase tres semanas en diciembre. Podríamos ir a visitar a su hermana a Inglaterra y la estadía no nos saldría cara.

Los chicos recibieron la noticia con enorme alegría. Faltaba poco tiempo para el viaje, solamente debían rendir los exámenes.

Ya hablaban de la posibilidad de pasar una Navidad blanca, de comprar todos los juguetes que estuvieran de moda, de ver televisión en colores, de ir al teatro. Mientras tanto, yo hacía los trámites necesarios.

Una mañana, a principios de noviembre, volvieron temprano del colegio. Me dijeron que los habían largado antes porque hubo un llamado telefónico anónimo, advirtiendo que dentro de un aula se había colocado una bomba. Al día siguiente fui hasta el colegio para hablar con el director:

– Todo fue muy extraño señora –comenzó a relatarme. El llamado nos indicaba que la bomba había sido colocada donde se encontraba el hijo de Klein y el hijo de Díaz (presidente del Banco Central) y me dieron otro nombre. Luego, tras cortar, llamé a la policía y a los bomberos. Les conté del tema.

Curiosamente me dijeron que largase a los niños para que se fueran a sus casas, pero que ellos no podían venir. Llamé después al Ministerio de Economía (por Klein) y la respuesta fue idéntica. ¿Se imagina usted señora cuál fue mi sorpresa al ver que nadie tomaba las medidas adecuadas? ¿Sabrían ellos que no había ninguna bomba? Yo no creo que sea el momento de tomar las cosas con tanta calma. Ya sabemos que cuando se recibe un llamado de ese tipo, la cuestión es grave. Pero al fin tuvieron razón. No hallamos ninguna bomba...».

Volví indignada a casa. Por la televisión insistían una y otra vez que se debía avisar cuando se notara cualquier anomalía y resulta que cuando uno pedía auxilio, ni se inmutaban. Ese día, al entrar a casa, Ester, nuestra empleada me trajo la correspondencia. Entre los sobres vi que había uno dirigido a Peter. Miré cuidadosamente el sobre, porque tenía escrito el verdadero nombre de mi hijo: «Ignacio P. (ningún amigo lo conocía por ese nombre). Pensé de todos modos, qué contento se va a poner al recibir una carta.

Los chicos llegaron a las cinco y media de la tarde, alegres y con hambre. Mientras ellos comían Ester me recordó la carta. Fui a recogerla y al tomarla sentí vibraciones:

– Qué raro Ester, advertí como si me diese la corriente eléctrica...

Contento, Peter abrió el sobre y comenzó a leer. De repente empalideció: – Mummy, no entiendo... ¿Quiénes son?

Tomé la carta de sus manos, con todos los chicos a la vuelta mía. La leí: Querido Peter... y Roberto, que también la leía de cerca gritó: – «Te han escrito los montoneros...»

«Mummy, sacame de aquí...» gritaba, llorando, Peter: «Quiero irme, quiero que venga un helicóptero. ¡Andá a buscar un helicóptero!».

En ese momento regresó Bob a casa, pues se había olvidado algo. Al ver la confusión en el comedor de diario se acercó y leyendo la carta dijo: «Este membrete es falso; es el que usan en la SIDE para mandar anónimos. Hace un año ya que vienen usando los mimbretes de los montoneros».

Siguió leyendo y agregó:

–Aquí aparece mucha información. Llamé a algunos parientes para ver quién ha informado de todo esto...

Después sacó varias fotocopias de la carta y se marchó directamente a ver al Ministro del Interior.

Releí la carta\*:

\* El original de esta carta se reproduce entre los documentos al centro de este libro.

Buenos Aires, 19 de noviembre de 1979.

Querido Peter:

Te escribimos esta cartita porque sabemos que estás afligido por cosas que le han ocurrido a los papás o al abuelito de algunos amigos tuyos y tenés miedo de que algo así pueda ocurrirle a tu «daddy», o a varios de ustedes de refilón y sin querer, porque no nos dedicamos a desayunar «niños envueltos».

En consideración al miedo que sabemos que tenés a algún susto que se llevaron tus viejos cuando llegaron a hacer valijas, alejándolos a ustedes de la City, y en mérito a que periodistas de gran calidad como tu «daddy» nos son más útiles vivos y «bocineando», te hacemos llegar este aviso.

Por eso excepcionalmente y en consideración al peculiar trabajo de tu «dad», queremos brindarle a él (y a todos ustedes), la opción de exiliarse debido al riesgo de asesinato por la dictadura videlista.

Vos Peter al igual que Victoria, Robert junior, David o Ruth pueden elegir lo que más quieran para proponérselo a «daddy» y «mummy».

Vender la quinta «Victoria» en el Highland Park, vender lo que no sea propiedad de tu abuelito Agustín Daverio, vender los dos autos (el Peugeot y el Dodge), con cuyo importe podrán comprar media docena en cualquier país e irse a trabajar a París con Rosenblum, en otro «Herald» más grande.

Motivos: la persecución desatada por la represión y los milicos, contra quienes defienden la libertad y los derechos humanos.

Quedarse todos y morir luchando por la libertad, por los derechos humanos, por pedido de los buenos amigos de la dictadura. Nosotros preferimos la primera opción y queremos creer que vos, tus hermanitos, los amigos de tu papi (Freeman, Friedman\*, etcétera.) y tus tíos que los esperan para pasar una Merry Xmas en Inglaterra prefieren lo mismo.

Un montón de saludos revolucionarios de los amigos de tu papá. Había dos sellos que decían Montoneros.

\* Freeman y Friedman eran diplomáticos amigos de la embajada de EUA.

Aunque había ciertas equivocaciones en el anónimo, sobre la propiedad de uno de los coches, que pertenecía al diario, la información que contenía, en general, era correcta. El teléfono estaba intervenido, pero me pregunté ¿Cómo supieron lo de Rosenblum? ¿Y sobre nuestras planeadas vacaciones? ¿Era porque lo escucharon de alguien allegado a nosotros? Nuestra intimidad había sido totalmente penetrada...

Al regresar a casa Bob esa noche, me contó de su entrevista con Harguindeguy. Al entregarle la carta, éste la hojeó y se la tiró de vuelta sobre la mesa: «Y Cox ¿qué quiere que haga?».

– Usted tiene que averiguar quién la escribió y tomar las medidas correspondientes», le había dicho mi esposo.

El militar le señaló en tono burlón:

– Pero Cox, no vale la pena hacer de esto un problema. Mis chicos coleccionan los anónimos que yo recibo.

– Yo le dejo el original y usted tiene la obligación de averiguar quién lo escribió.

– No me interesa –le contestó Harguindeguy, cortante.

– Aquí se atacó a toda una familia. Fue enviada por carta certificada. Hay errores y es fácil llegar al origen de este anónimo. Sé que se usa este membrete de Montoneros en la oficina de Seguridad del Estado. ustedes deben tener que saber quién está trabajando en contra de ustedes

– Cox, me tengo que ir. Disculpe –le espetó y se levantó.

Antes de partir Bob le tiró el original a la mesa y le dijo: «pido una investigación».

Cuando terminó de contarme el suceso, le dije, convencida:

– Bob, ¡Tenemos que irnos!

– No puedo. Este mes se han llevado de nuevo un grupo de gente joven. Necesito tiempo para ir a hablar con las autoridades. Los padres están desesperados, pero tienen mucho miedo. ¿Cuándo terminarán con toda esta barbarie? ¿No se dan cuenta que no pueden seguir de esta manera?

En 1976 un diplomático latinoamericano nos había dicho: «Todo será olvidado después de unos años...». Sin embargo por esa mentalidad, ellos se habían equivocado siempre. ¿No nos hallábamos en el mismo estancamiento por donde pasamos hace un siglo? ¿No se daban cuenta aún que al admitir un mal, uno se purifica y es la única manera de volver a empezar?

Al día siguiente Bob se llegó a consultar a la embajada estadounidense, para que le advirtieran sobre lo que sabían de nuestra situación.

Allí le dijeron lacónicamente:

– Creemos Cox que esta vez si corre peligro su familia.

Y fue allí cuando aceptó mis súplicas de irnos del país.

– ¡Pediré retiro por un año! –señaló.

A la semana una agencia noticiosa se enteró de nuestra decisión. La noticia se hizo pública. Para entonces ya no contábamos con más escolta en nuestra casa. La habíamos perdido tres semanas atrás.

Fijamos la fecha de salida para el 17 de diciembre, pues no conseguimos vuelos antes, ya que en esos tiempos todos se iban a veranear al exterior.

Los chicos terminaron de rendir sus exámenes. Uno quedó con una materia a rendir para marzo y yo comencé a desarmar la casa y la quinta. Mis amigas me ayudaron. Quise cambiar ideas con Juan Martín, un sobrino que siempre llegaba a casa, pero no vino a vernos. Yo tenía que devolverle unas revistas porque él se había cambiado de casa y me había pedido se las guardase porque no tenía dónde meterlas en su nuevo departamento. Como se trataba de ejemplares de los primeros años de la década de los setenta, me quedé con tres de las revistas para llevarlas con nosotros. Ya en Estados Unidos Bob comenzó a releerlas y dentro de una de las publicaciones halló una información reveladora.

Se trataba de una lista de estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, marcados como «presuntos izquierdistas». La revista contenía el domicilio de los jóvenes, sus cédulas de identidad y una que otra observación.

¡Qué cerca de nosotros estaban nuestros delatores!

Días antes de embarcarnos para dejar el país, el 5 de diciembre de 1979, le hicieron saber a Bob que el presidente Videla quería verlo. Bob abrigaba todavía ilusiones que le permitieran cambiar de opinión y que nos quedáramos.

Fue a la entrevista. Videla se mostró nervioso y triste. Le dijo que lamentaba mucho lo que nos había ocurrido pero que él «no podía hacer nada».

– Yo sé que usted cree que la carta a su hijo fue escrita por los servicios. Hay quienes quieren desestabilizar el gobierno. Tuve problemas cuando dejamos ir a Timerman (habían expulsado del país a Jacobo semanas antes. Sabíamos que había sido una operación poco popular dentro de las fuerzas. Se produjo a escondidas). Casi cayó el gobierno. Hay un 25% de las Fuerzas Armadas que quieren que caiga el gobierno y aunque yo quiera volverme a mi casa, no puedo. Si lo hiciera, vendría un dictador sangriento a tomar mi lugar. Un hombre con una espada vengativa y entonces sí que habría un baño de sangre...» le había confesado Videla.

En ese momento Bob le respondió al presidente: «¿Pero está tan mal la situación en el ejército?» y entonces aprovechó para hablar de los chicos que habían sido llevados durante agosto y septiembre y que sus familias no tenían ni idea de dónde se encontraban...

El presidente Videla le confesó entonces que él no podía hacer nada porque «ellos» (se refería a los «minotauros»), se sentirían «desprotegidos».

Luego agregó, enfático:

– Usted tiene que quedarse aquí y pelear. No puede irse al extranjero donde no va a poder hablar. ¡Es por el bien de la Nación!», terminó exclamando Videla, con los brazos en alto.

– Acá le dejo una lista de los muchachos que fueron secuestrados este mes. Si es necesario pueden ponerlos presos, pero no sigan con este método. Los familiares necesitan saber dónde están. ustedes serán responsables si no aparecen.

Al salir Bob se dio cuenta que el hombre se había aislado de la situación real. El quería que nos quedáramos por el bien de su gobierno y de esa manera mostrarle al mundo la estabilidad que supuestamente existía.

Mi esposo subió al auto e inmediatamente grabó el relato de su conversación con el presidente y sus impresiones.

Restaban pocos días antes de nuestra partida. Muchos frecuentarían mi casa en ese período. Conocí alguna gente que solía ir al diario, entre ellos a grandes seres humanos que querían ayudar al país, devolviéndolo al estado de justicia. Entre ellos se encontraban Horacio Méndez Carreras y Martín Villagrán (abogados que después comenzaron a escribir una columna sobre derechos humanos en el «Buenos Aires Herald»).

Ellos seguirían con la batalla legal para reinstaurar el imperio de la ley. Ambos habían sufrido la violencia de la guerrilla, pero no admitían que el estado pudiese haber recurrido a los mismos métodos. ¿No habían leído la historia, no muy lejana de aquellos países que aplicaron esas normas? Grecia, Argelia...

Seguía visitándome la señora de Arocena, siempre esperanzada. Ella continuaba concurriendo a los diferentes comandos del ejército, donde la respuesta era siempre la misma: «¡Nosotros no sabemos nada!». Había recibido innúmeras amenazas telefónicas. Hasta habían invadido su casa y la golpearon. Pero algo dentro suyo le decía que algún día su hijo Marcos volvería.

—«Alguien lo debe tener capturado en un rincón del país...» decía.

Nos despedimos de la señora de Hidalgo Solá. Ella también seguía sin novedades, pero temía conocer la verdad. Insistía en saber el por qué y por quién. Pero al preguntar, al investigar, se topaba siempre con una pared... Una conspiración de silencio.

Conocí al señor Osvaldo Giorgi, de quien Bob me había hablado. Él seguía todos los pasos necesarios para encontrar el paradero de su hijo. Creía en las instituciones de su país y yendo por caminos legales, pensaba reencontrarse con él alguna vez.

Jamás dudo del poder de la justicia argentina.

Un par de días antes de la partida, ya de noche, tuve que salir hasta la proveeduría del barrio a comprar comida. Como acostumbraba hacerlo, antes de cruzar la calle, miré en ambas direcciones aunque mi calle era de una sola mano. Al no ver tráfico, bajé la vereda y comencé a cruzar la calzada y en el medio de la calle aparecieron súbitamente dos Ford Falcon, uno de cada lado. Me paré súbitamente. Ellos frenaron en seco y vi tres hombres fornidos saltando de los autos.

En ese momento muchas frases cruzaron mi mente, pero prevaleció una: Think Positive! (Piensa en positivo).

Los miré con naturalidad y pausadamente me dirigí a uno de ellos y le dije: «Lo siento ¿les he causado algún problema?» y sin esperar contestación seguí caminando lentamente hacia la vereda de enfrente.

Vi una pareja caminando lentamente, venían abrazados cruzando a la vereda del frente. Quedaron detrás mío y escuché que él decía: «¿A quien habrán querido ‘chupar’ esta vez?».

Ellos habían presenciado toda la escena. Hoy pienso que es posible que mi actitud haya sorprendido y los sujetos pensaron que se habían equivocado de persona y no me hicieron nada.

Muchos fueron a despedirse de Bob al diario. Entre ellos fue a verle el coronel Juan Alberto Pita, que había sido secuestrado por un grupo guerrillero en diciembre del 76 y que después de 187 días de cautiverio, se había escapado y presentado a las autoridades militares. Bob se había sorprendido sobremanera por la visita y comentó:

– Me dio la impresión de que él si entiende la situación. Se encontraba sinceramente afligido por todo lo que está ocurriendo...»

El 16 de diciembre llegó y Bob tuvo que escribir su último artículo. Estuvo cinco horas frente a su máquina de escribir y el papel aún seguía en blanco. Nuestro amigo, Harry, nos invitó a comer una parrillada de despedida y fue a buscar a mi esposo al diario, para que viniese con nosotros. Después de mucho insistir, logró que él viniera a compartir la mesa. Y después de unos cuantos vasos de vino mendocino, Harry lo acompañó de vuelta al diario. Recién entonces pudo escribir «Au revoir» (hasta luego).

El 17, el día de la partida, nos despedimos de nuestros amigos: Annie, Susana, Teresita, Shirley, los Sabats, los Bullrich, los Sacerdoti y la señora Tortosa –los amigos que siempre nos habían acompañado. Mi padre iba a quedarse solo. Personalmente yo quería escapar y salvar a los míos.

Pero mi esposo tuvo una actitud distinta, él se había quedado como paralizado en esos últimos días, sin efectuar trámite alguno del viaje. Entiendo que sentía la necesidad de seguir quedándose en el país, aunque pudiese significarle la muerte. Los chicos ya pensaban en la venidera Navidad blanca y en sus tíos.

A bordo del avión, Bob me dijo: «Bueno, posiblemente, si todo marcha mejor, dentro de un año volveremos...»

Tristes dejamos Buenos Aires y a los que quedaban solos en su sufrimiento en una ciudad que se parecía a París.

## Capítulo 9

# Perla o «La fuerza del destino»

(Obertura de Giuseppe Verdi)

1979 – 1980

Y por fin partimos a Inglaterra, con toda la familia, a pasar la Navidad. Nos fuimos callados, sin meditar cuál podía ser nuestro destino. Después pasamos a París, donde nos cruzamos con algunos amigos que habían viajado a disfrutar del encanto de la «Ciudad Luz».

Allí fue cuando, caminando una tarde de invierno por los bosques de Boulogne, tomada del brazo de una amiga íntima, me dice, de improviso y como al acaso:

–¡Pobre Perla!

–¿Pero qué pasó con Perla? –le respondí, deteniéndome en el camino.

–¿Acaso no sabés? ¡La asesinaron!

El rostro de Perla Amoroso, secretaria de Walter Klein, se perfirió nítido en mi mente, como sucede cuando sabemos que alguien ha muerto.

Perla era una atractiva mujer de unos 45 años. Rubia y sonriente. Tenía un perfil clásico. Su voz, clara y brillante, acompañaba su físico.

Inevitablemente me acordé cómo la había conocido. Transcurrían los años cincuenta y ambas cantábamos en el coro «Sursum Corda», dirigido por Carmen Gómez Carrillo («Chocha»).

En 1960 viajamos juntas, con el resto del coro, en una gira por Europa. Ella era la estrella del grupo. Su voz de soprano, cristalina, resonó una vez más en mis oídos, de tantas veces que cantábamos juntas. Evoqué que había cantado para mi casamiento.

Meses después, al volver a Buenos Aires, le sugerí que comenzara a trabajar en alguna compañía privada, pues por entonces era maestra y en ese tiempo tampoco se remuneraba bien a los docentes.

Por entonces se anotó para hacer unos cursos de secretariado y, al concluirlos, consiguió empleo en «Price Waterhouse», donde finalmente había encontrado mejor compensación económica. Se mostraba feliz.

Fue allí donde conoció a Walter Klein, para el tiempo en que él puso su propio estudio. Ella comenzó como su secretaria y siguió trabajando allí todo ese tiempo, hacia los años sesenta y tantos.

En diciembre de 1979, tres días después de nuestra partida, «ellos» fueron hasta el departamento de Perla y la ultimaron cruelmente.

Jamás llegaron a saberse los detalles del horrible episodio. Se comentó que Perla había aparecido en la bañera, ahogada.

Curiosamente y apenas dos semanas antes, estando nosotros en Buenos Aires, otro crimen similar se había cometido contra un sindicalista, que también fue hallado «ahogado en la bañera».

El departamento de Perla apareció intacto. Nadie se había llevado nada, como queriendo poner en evidencia que fue un ataque solamente contra ella.

Perla había perdido a sus padres temprano y al momento de morir sólo tenía una hermana muy enferma, inválida.

Pero nadie reclamó nunca nada. Jamás se hizo una investigación del crimen. Los «minotauros» habían salido indemnes una vez más.

Aprovechamos nuestra estadía en París para ver a nuestro amigo monseñor Kevin Mullen, el que había sido nombrado secretario del nuncio apostólico en la embajada de Francia. Lo habían trasladado allí a pedido de las autoridades.

Conversamos largo rato con él. Nos comentó que estaba muy preocupado por las noticias que le seguían llegando desde Argentina día tras día. Tocamos el tema de las monjas francesas ejecutadas. Ya el Vaticano sabía cuál había sido el fin de las religiosas.

– Según tenemos entendido, los cadáveres de las monjas fueron arrojados en el río de la Plata desde un helicóptero. Abrieron sus cuerpos en dos para que se hundieran más rápido –comentó.

– ¿Y cómo supieron ustedes todo eso?

– ¿Sabés Maud? Existe la confesión para aquellos que se arrepienten...

Pensé entonces que también en las fiestas a las que concurríamos había algunos que hacían alarde de sus «hazañas» como torturadores.

El Año Nuevo lo pasamos con Norma, la hermana de Bob que reside en Inglaterra. Pero el primero de enero mismo él empezó a preocuparse por los chicos que sabía habían desaparecido durante agosto y septiembre. Decidió llamar por teléfono a Buenos Aires, a los familiares de las víctimas, y les preguntaba:

– ¿Tienen alguna noticia? ¿Quieren que yo trate de averiguar sobre ellos, o hacer algún tipo de presión desde acá?

– No, Cox. No haga nada, por favor –le contestaron rotundamente desde Argentina.

Se enteró que varios de los chicos llamaron a sus padres desde el extranjero. Sabemos que están bien, le dijeron. Los antes «desaparecidos» pidieron a sus familiares que «no muevan papeles ni digan nada», pues pronto van a salir en libertad y a juntarse con nosotros.

Antes de dejar Buenos Aires yo les había indicado a las autoridades que pensaba regresar en marzo con mi hijo Roberto, que debía rendir materias de tercer año y necesitaba volver para darlas en el colegio donde había cursado el secundario.

Ya en Washington, en marzo de 1980, días antes de partir con mi hijo de vuelta a nuestro país, fui a una fiesta, invitada por la embajada argentina en Londres. Allí conocí a un oficial de la Marina argentina y, mientras charlábamos de temas diversos, le comenté que volvía a Buenos Aires en un par de días.

– ¿Cómo dice? No puede ir allá de vuelta. Es muy peligroso –observó el marino.

– Sí voy a ir –le repliqué muy molesta–. ¿Por qué no puedo volver a mi país? Además quiero regresar a ver a mi padre, que ya es mayor de edad. Necesito tranquilizarlo y hacerle saber que estamos todos bien.

Me miró con dureza y dijo: – Si insiste en volver tendré que conseguirle «protección».

– Y bueno, haga usted lo que tiene que hacer. Confío que esta vez haya vigilancia en mi casa y que no nos pase lo que sucedió antes de venir aquí, cuando nos abandonaron.

Ese sábado nos embarcamos de vuelta en el avión para Argentina mi hijo Roberto y yo. En el aeropuerto de Londres (Heathrow), nos encontramos con el mismo oficial naval con el que había conversado en la embajada. Nos saludamos cordialmente y conversamos breves momentos.

Después, al embarcarnos, su actitud cambió totalmente. Y luego, en Brasil, al abordar otro vuelo, ya nos ignoraba completamente.

Horas más tarde aterrizábamos en Ezeiza. Al ingresar por Migraciones, tras haberle entregado nuestros pasaportes al empleado, otro de los funcionarios nos detuvo: –¡Quédense aquí un momento, Seguridad Federal debe ser avisada!

Nos miramos a los ojos con mi hijo Roberto. No sabíamos de qué se trataba. Reconozco que sentimos pavor.

Enseguida llegó un hombre que dijo ser de la SIDE.

– Tienen que venir con nosotros. Están amenazados de muerte y nos enviaron para que se los proteja –aseveró.

– Pero creo que han venido a buscarme mis amigas y no puedo dejarlas esperando sin avisarles –le respondí.

Me miró y agregó:

– Bueno, está bien, vayan con ellas pero primero nos da la dirección en dónde va a parar en Buenos Aires. Le advierto que vamos a seguirlos todo el tiempo, por cualquier problema que pueda presentarse.

Fui hasta la sala de espera del Aeropuerto y abracé uno por uno a los numerosos amigos que habían ido a recibirnos allá con todo cariño.

Después los hombres nos acompañaron hasta la salida y nos siguieron de cerca por las calles, hasta llegar a casa.

Una vez en nuestro hogar, sonaba el timbre cada pocos minutos y aparecían diversos agentes de la Policía Federal y de Seguridad del Estado (la SIDE).

Reconozco que siempre fueron muy correctos conmigo y se identificaban cada vez. Aunque me resultaba curioso que casi siempre me repitieran las mismas preguntas, como intentando cansarme o que me equivocara en la monótona respuesta, siempre igual a la anterior.

¿Cuál es el motivo de su venida al país? ¿Cuál es su nombre? ¿Cuál es su edad? ¿Y su profesión? Tuve que armarme de infinita paciencia para aguantar las mismas consultas tantas veces.

Esos días vino mucha gente a visitarnos, a toda hora. Y los custodios los dejaban entrar sin molestarlos. En otro momento, cuando las visitas se retiraron y estábamos preparándonos para ir a ver a mi padre, cuya casa quedaba a apenas dos cuadras, sonó otra vez el timbre y apareció otro hombre.

– Señora –comenzó–. Pertenezco a la SIDE y necesito hablar con usted. Vengo de parte del general Martínez y me dijo que va a estar a su entera disposición, por si necesita hablar con él.

– Vea señor, yo no tengo nada que decirle al general, pero si él quiere preguntarme algo, estaría dispuesta a verlo –le respondí– sé que el general es un hombre muy ocupado y en realidad no quiero molestarlo. Como usted sabe, vinimos con mi hijo Roberto porque tiene que rendir unos exámenes ahora, también para ver a mi padre. Y, por último, vinimos a llevarnos nuestro perro.

– Bueno ¿Sabe señora? usted no molesta para nada al general.

Insistí en que, si él lo pedía, iría a ver al militar, pero que en realidad no tenía nada para decirle. Le agradecí por «la protección» y quise acompañarlo hasta la puerta.

Pero el hombre pidió hablar conmigo a solas. Fuimos hasta el comedor y, una vez sentados frente a frente, me dijo:

– Mire señora, yo soy argentino. Tengo cuarenta y seis años. Luego, mostrándome las palmas de sus manos, me dijo:

– ¡Yo jamás he matado a nadie!

Lo miré a los ojos y afirmé:

– ¿Y por qué voy a creer yo que usted ha matado a alguien? Mire, yo sé que hay abogados buenos y malos, que hay policías buenos y malos y también hay militares buenos y malos. No entiendo lo que esta tratando de decirme.

– No, no, no. Oígame bien: ¡Señora, usted es protegida del gobierno nacional! –remarcó–. El presidente en persona llamó para decirnos que la protección de su vida es un objetivo nacional. No la deben matar, ni siquiera hacerle un rasguño ¿Me entiende? Por eso mismo no puede moverse de aquí –continuó–. Si por lo que sea, tiene intención de ir a algún lado, donde sea, nos debe avisar con tiempo, así preparamos la vigilancia necesaria.

– Primero que nada, quiero ir a quedarme con mi padre esta noche –le repliqué.

– Eso es un problema: ¡No puede ir allá! –me señaló terminantemente.

– Bueno, lamento decírselo pero lo mismo voy a ir a verlo. Mire, sucede que mi padre es un señor mayor y además ha preparado las habitaciones para recibirnos. De ninguna manera voy a cancelar esta visita –le dije con energía.

Me miró sorprendido, al parecer no esperaba esa respuesta ni la firmeza de mi determinación.

– Bueno, solamente por hoy se lo voy a aceptar. Avisaré que cambien el domicilio a su custodia –señaló por último–. ¿Pero qué más piensa hacer? –expresó, esperanzado de que no decidiera desplazarme mucho por la ciudad.

– Necesito ir a la quinta, en la provincia –le comenté.

– Bueno, para eso montaremos un operativo. Pero le anticipo que no puede ir hasta dentro de unos días, para darnos tiempo de preparar su custodia.

En esos momentos entró mi hijo Roberto, para decirme que iba a sacar al perro a dar una vuelta a la manzana.

Ahí el hombre se puso rojo y agregó:

– No, el chico no puede salir. No puede sacar a pasear al perro así nomás. Por favor llámelo.

Cuando mi hijo entró, el hombre se dirigió a él hablándole con severidad:

– Vos ya sabés lo que está pasando en el país –le espetó a boca de jarro–. Vos y yo tenemos que llegar a conocernos bien –continuó– Y ustedes tienen que obedecer y hacer lo que nosotros decidamos. Quizá vos entendés más que nosotros lo que está sucediendo. (Pero la verdad es que Roberto, que entonces apenas si tenía quince años, no sabía ni entendía nada de lo que ocurría en la Argentina. Creo que en realidad él apenas si entendía lo que estaba pasando en su propia casa).

Agregó finalmente: – Y si vas a salir a dar esos exámenes en tu colegio tenés que ir con nosotros. No te queda otra.

Después de esa extraña introducción, me retiré de la habitación. Fui a buscar mis cosas y al bajar me encontré con tres guardaespaldas que portaban ametralladoras. Los tres nos siguieron a corta distancia por la calle, las dos cuadras que caminamos hasta lo de mi padre.

Frente a la casa había un patrullero. Además me enteré que habían puesto un policía en cada piso del edificio de departamentos.

El hombre me advirtió: – La dejo acá. Pero por favor no se escape. Hay que tener cuidado ¿Sabe qué? ¡Ésta la vamos a ganar nosotros!

No quise ni pensar cómo ni cuándo habían perdido «otras».

– Pierda cuidado. No me escaparé –le dije finalmente.

Tras ingresar al departamento y saludar con cariño a mi papá, me sentí más acompañada. Recién tomé conciencia de lo sucedido y comencé a tener miedo.

Percibí que sus amenazas eran en serio y que la vigilancia era extrema, por lo mismo. Pero la «protección» ya se había convertido en un arresto domiciliario. Al día siguiente regresé a mi propio departamento y ya no volví a salir de ahí en toda mi estadía, tal cual me habían sugerido que lo hiciera. De nuevo estuve acompañada por mis amigos. Conversábamos largo rato, nos reíamos, tratando de pasar momentos agradables. Mi padre llegaba a vernos todos los días. Ester la empleada sacaba a pasear a «Spotty», la perra, pues los policías habían prohibido a Roberto que saliera del departamento, con o sin perra.

Una tarde llegó a vernos la doctora Gerda Meyer. Su visita fue totalmente inesperada.

La doctora Meyer había sido directora del Laboratorio de Inmunoematología del Hospital Italiano en la década de los cincuenta. En 1956 yo había trabajado con ella en ese laboratorio. Estudiábamos propiedades de la sangre en forma conjunta con laboratorios ingleses y norteamericanos (con los doctores Levine y Race). Además de ser la jefa en el Hospital Italiano, trabajaba en el Hospital Naval, donde se hallaba a cargo del laboratorio de sangre, y realizaba estudios de compatibilidad sanguínea para transfusiones.

Meyer había llegado a la Argentina poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, para los tiempos en que los nazis habían comenzado con la persecución de judíos en Alemania y después en Italia. Nacida en suelo germano, comenzó sus estudios allí, pero después se había trasladado a Italia, donde revalidó sus títulos en medicina. Al tener que abandonar por segunda vez un país, llegó a Buenos Aires llena de esperanzas e ilusiones. Y acá también tuvo que revalidar su título.

Se mostraba agradecida por haber podido iniciar una nueva vida en la Argentina. Ya mayor, se casó con el doctor en obstetricia Máximo Tapia. Mientras trabajaba en el Italiano, iniciamos una buena relación con Gerda, llegamos a ser amigas. Cuando llegaron mis hijos, el doctor Tapia fue mi médico partero. Además nombramos a Gerda madrina de nuestro segundo hijo, Roberto Andrés.

Durante los dos últimos años no nos habíamos visto mucho, aunque si nos comunicábamos por teléfono de tanto en tanto. Nunca discutíamos lo que venía pasando en el país. Es que sabiendo yo que ella trabajaba en el Hospital Naval, no quise originar ninguna situación incómoda. Temía que una confrontación pudiese romper una amistad de años.

El día que llegó hasta casa, se encontró en la portería policías de civil y otros uniformados portando ametralladoras. Como era costumbre, la interrogaron antes de dejarla pasar. Gerda entró por fin al vestíbulo, nerviosa y titubeando. Su porte erguida, segura de sí misma se había evaporado. Seguía exhibiéndose elegante, pero se advertía que algo le había ocurrido. Entró temblando, su figura empequeñecida.

– Maud ¿estás arrestada? Recién, abajo, me volví a sentir como si me hallara en un país facista. ¿Qué es lo que pasa? Parecen gente de la Gestapo...

– Nada –le respondí, tratando de aligerar la conversación, sabiendo que ella seguía trabajando en el Hospital Naval.

– Pero no entiendo –agregó.

– No se preocupe doctora, son momentos pasajeros. No pasa nada... Malentendidos quizás...

– Maud, le juro que les creí en su momento. «Ellos» me piden sangre para salvarlos, después, a veces, se mueren nomás. Aunque entiendo que quieren salvarlos...

La miré profundamente. Creí haber entendido esas oraciones inconexas, nada explícitas, que salían de su boca como vómito.

Comenzó a sollozar. Yo la observaba sin saber qué decir, menos qué hacer... Traté de tranquilizarla, la traje un pañuelo.

– ¿Yo también soy culpable? Me dijeron que era para salvarlos...

Y otra vez me repitió:

– Yo di sangre.

Seguía llorando. Trataba de contener su llanto pero no podía seguir hablando. Me quedé ahí parada, mirándola –ahora no podía decirle nada. Me imaginaba las escenas en la sala de operaciones ¿Quiénes habían sido las víctimas?

En ese momento llegaron algunos primos y otros familiares. La doctora Meyer aprovechó la llegada de esos amigos para excusarse e irse. Nos despedimos con toda naturalidad, como si nada hubiera sucedido. Me quedé pensando: ¿Qué habría visto Gerda que la conmocionó así? ¿Por qué se sintió culpable? ¿Fue ella cómplice de algo?

Ese mismo año, ya en los Estados Unidos, recibimos una tarjeta suya en Navidad, augurándonos un buen Año Nuevo. Al final de la tarjeta, de puño y letra, aclaraba: «Aunque no pienso como ustedes».

No le contesté.

Los días transcurrían. Estábamos en el mes de marzo, con sus días otoñales, frescos y soleados. Aunque no pude salir muchas veces a la calle, por las ventanas de mi departamento que daban al jardín de la planta baja, veía todo verde, lleno de flores. Me parecía imposible que a la vez, ante tanta belleza, estuviesen sucediendo tantos horrores a metros de allí, Pensé en las contradicciones que marcaba la naturaleza...

Me quedé una semana más.

Por fin mi hijo fue a dar su examen, rigurosamente rodeado de sus guardaespaldas y sus ametralladoras, esperándolo afuera. Nuestra tensión nerviosa crecía.

Cuando llegó el sábado fuimos con Roberto y Ester, hasta nuestra quinta en Highland. Los custodios vinieron a buscarnos y, antes de salir del garaje, nos hicieron sentar atrás, en los asientos del medio. Los policías se instalaron de ambos lados, en las ventanillas. En el piso del auto había granadas y otras armas. Al salir a la calle el auto se unió con otros dos patrulleros. Segundos antes de partir se bajaron todos de los coches y, al unísono, montaron sus ametralladoras, haciendo un tremendo ruido.

Los transeúntes que se desplazaban por las veredas, por ahí cerca, seguían su camino indiferentes, como si nada estuviera pasando, haciéndose los distraídos.

Reconocí al panadero, que nos traía cada mañana el envío, que venía caminando hacia nosotros sin inmutarse, tal cual como si no existiéramos. Francamente, me dio la impresión de una escena dentro de una película de Fellini: éramos como fantasmas moviéndonos entre gente conocida que no querían vernos.

Todo el tiempo estuvimos acompañados. Un hombre que leía el diario en la esquina cerca del quiosco de revistas, bajó el periódico y dio algún tipo de señal a los autos.

Un paseante dominguero con su hijo en malla hizo otra señal. Ese hombre llevaba un revólver en la mano. Quien pasara por ahí no lo hubiera advertido. ¿Alguien podía llegar a pensar que un sujeto con un niño en brazos podía ser un policía disfrazado?

Al avanzar por la Panamericana nos acompañaba un camión cargado de soldados conscriptos. Al llegar a la entrada del club nos esperaban otros patrulleros de la policía de la provincia.

Como en las películas italianas, otra vez surgió de nuevo lo ridículo. Al llegar al portón del club, el personal de vigilancia detuvo a la custodia y preguntó al chofer y a su acompañante el nombre del propietario de la finca donde íbamos.

– ¿Y cómo se llama usted? ¿Y cómo se llama la quinta? –les dijeron. Y, a pesar de que les había dado a todos los policías y personas que habían venido a casa mi nombre, mi dirección, mi edad y el nombre de la quinta, varias veces ¡Ninguno sabía nada! No sabían a quién estaban custodiando.

Por fin, desde el asiento de atrás les repetí mi nombre y nos dejaron pasar. Tras ingresar a la casa, los policías la inspeccionaron de punta a punta. Después siguieron revisando tras cada árbol y los matorrales de la vuelta, para asegurarse de que no había nadie. Pusieron los autos frente a la cocina y me pidieron que no saliera de ahí. Con mi hijo y la empleada que vivía allá, arreglamos la casa. Más tarde, nos dedicamos a colocar en cajas lo que queríamos guardar. Llegada la hora de almorzar, les llevamos abundante comida a los custodios.

– ¿Cómo se llama esta señora –le preguntaban a la mucama, comentándole que «nos dieron orden de protegerla, porque está amenazada de muerte. Ella nos parece muy amable, nos saluda cordialmente y nos habla. ¿Sabe? Cuando nosotros custodiamos a la gente en sus casas nadie nos habla. Ni nos saludan siquiera. Dígale que nosotros la vamos a cuidar muy bien. Que salga y aproveche de disfrutar su quinta. Que no tenga miedo».

Horas después llegaron unas amigas a visitarme. Salí, paseamos y aproveché mi quinta.

Me quedé ahí una semana más. El comisario, de nombre Lavalle, mandó a pedir otra vez mi dirección, mi nombre, los números de mis documentos. Por fin, cansada, lo llamé y le dije: «¿Pero será posible que todavía no tengan mis datos? Después de todo lo que me pasó antes de partir. Y además les he repetido esos datos míos hasta el cansancio, todas las veces que me lo preguntaron».

Yo había conocido a Lavalle antes, durante el tiempo en que se suponía que mi casa debía ser «protegida». Fue él quien nos había dado su número de teléfono para que lo llamase si sucedía algo. Pero después, de un día para otro lo llamaba al mismo número, pero no me atendía. Ahora, meses más tarde, había vuelto a aparecer.

Durante la breve charla telefónica me saludó cordialmente y me preguntó si estaba disfrutando mi vuelta a mi país.

– Bueno, sí –le comenté–. Pero estoy algo limitada.

– No señora, no me diga eso. Realmente tiene que sentirse cómoda. Salga, disfrute, pasee. Puede ir a todas partes. Nadie se lo impide. No tiene que sentirse coartada.

– No, cierto es, no me siento limitada, pero me imagino que no puedo salir cuando quiera –aseveré.

– Pues claro señora, recuerde que cuando se vaya, tiene que ir allá y decirle a su marido lo bien que se sintió en su país.

Faltaban pocos días para dejar Argentina de nuevo y decidí ir hasta el Ministerio de Economía para despedirme personalmente de Walter Klein, que me había llamado para invitarme a almorzar. Pedí permiso a la custodia y me dijeron que sí, que era posible que yo fuera a visitarlo. Cuando llegué, Klein estaba preocupado porque el general Martínez le había contado que yo me había rehusado a verlo. Además estaba resentido porque Bob había escrito un artículo en la revista «Newsweek», contando todo lo que nos había sucedido en el país cuando nos fuimos. Le dije entonces que «me parece que esa es una mentira más». Le indiqué que yo nunca supe que él había querido «verme a toda costa» y que su oficial me dijo que él estaba dispuesto a recibirme si necesitaba algo.

Le conté a Klein que yo iba a ir a verlo «si quería hablar conmigo. Pero le repetí que yo no necesitaba nada de él».

Al volver a casa, decidí aclarar ese malentendido con el militar. Pero al llamarlo por teléfono no me quiso atender. Hablé con el hombre que me había dado su primer mensaje y me comentó que había repetido lo que le dije al general Martínez, tal cual yo se lo había dicho. Me indicó que él había entendido que yo no me había rehusado a verlo. Una vez más, había surgido la mentira.

Apenas días después mi hijo Roberto, yo y nuestro perro nos preparábamos para salir rumbo al aeropuerto, cuando llegó a vernos un amigo nuestro, Uki Goñi, que se acercó y pidió hablar conmigo a solas.

– Me siento muy mal –comenzó a contarme. Anoche estuve comiendo en el restaurante Edelweiss con unos amigos y se hallaba ahí a una chica amiga de ellos. Vi que de repente la joven comenzó a llorar. Vos sabés que hoy en día cuando alguien llora, todos los presentes lo ignoran. Yo me animé a preguntarle qué le pasaba. Me dijo que lloraba por un muchacho amigo de ella, que era bailarín. Parece ser que el joven había quedado muy mal luego que la policía lo había torturado, como consecuencia del asesinato de Perla, la secretaria de Klein. Me contó que le habían metido ácido en los ojos y que el muchacho debió permanecer un mes y medio en el hospital. Como era amigo de Perla, sospecharon de él al conocer que Perla le había prestado un televisor».

Miré a Uki y me quedé sin habla.

En ese instante me llamaron para salir rumbo al Aeropuerto y me despedí de él.

En el viaje continué pensando sobre lo que me había contado Goñi. No comprendí por qué tuvieron que torturar a ese pobre joven, pues ella ya había muerto a manos de los «minotauros».

Tampoco llegué a entender jamás toda la crueldad inenarrable de esa espantosa guerra no declarada.

Después nos fuimos de mi querida patria, mi bien amada y evocada Argentina.

Partimos, por casi toda una vida...

## Algunos testimonios

Washington D.C., mayo, 1980

Bob recibió una carta de uno de los padres de los chicos que fueron llevados en agosto – septiembre de 1979.

“Cox, grite y que el mundo entero lo sepa. Me han comunicado extra – oficialmente que han asesinado a mi hijo. Los chicos nos habían hablado por teléfono y nos hicieron creer que pronto los iban a ‘legalizar’. Hasta dejaron que una de las prisioneras fuera a ver a su hija. ¡Por favor Cox, hable!”.

\* \* \* \* \*

Washington D.C., junio, 1980

María Cristina Guzmán nos visitó en Washington. Almorzó en casa y nos dijo que posiblemente el general Viola llegase a ser el nuevo presidente. El quería cambiar el sistema. Pidió que Bob volviese para comenzar una nueva etapa donde hubiera legalidad y una nueva esperanza.

Bob asintió con la condición de que él quería ver un cambio sincero. Le dio la lista con los nombres de los muchachos / as llevados ese último agosto – septiembre y le pidió que se lo entregase al general “Quiero ver a estos chicos libres o presos, pero vivos”. Le contó de la carta que había recibido, pero todavía quedaba alguna duda de la veracidad de la noticia (algunos aprovechaban estas situaciones para conseguir dinero fácil y ofrecer a aquellos padres desesperados alguna información).

María Cristina aceptó llevar la lista y comentó que ella sabía que no habría ningún problema. Quedó que le haría saber enseguida que ella volviese al país. Bob nunca recibió una contestación.

\* \* \* \* \*

Nueva York, 1981

Salió el libro de Jacobo Timerman: “Preso sin número, celda sin número” \* Allá descubrimos cuál había sido el destino de Rafael Perrota. Jacobo lo había visto por última vez en la celda. Se había vuelto loco.

\* \* \* \* \*

Buenos Aires, junio, 1983

Bob volvió a Buenos Aires por primera vez. Visitó CELS. Allí se encontró con los padres de uno de los chicos llevados en agosto – septiembre de 1979.

Se confirmó que fueron ejecutados un año después del secuestro. Hubo testigos y fotos que confirmaron esta acción. No hubo cargos en contra de los ejecutores.

\* \* \* \* \*

Abril – Mayo de 1982

Volví a Buenos Aires por primera vez durante la Guerra de Las Malvinas.

“Andá ahora a verlo a tu padre. Están tan ocupados que no te molestarán. Ni sabrán, ni les interesará”, me había dicho Bob.

Al comenzar la nueva etapa constitucional, volvimos toda la familia. Bob había sido invitado a concurrir a la inauguración del gobierno constitucional. Hubo esperanzas y tristezas. Buenos Aires seguía igual – el ruido de los chicos a la salida de los colegios; los colectivos llenos, las parejas sentadas en las confiterías; las plazas con los jubilados y las señoras jóvenes con sus bebés; los quioscos con las revistas, diarios y cigarrillos; Corrientes con el mismo movimiento de gente...

\* Esta obra fue llevada a la televisión y actuó como Timerman el salteño Cástulo Guerra. La pieza jamás se difundió por la tv argentina.

## **Sábado, Junio 6, 1979 – Buenos Aires Herald**

### **Coming to Terms With History (Asumir la verdad histórica)**

Para ganar la paz, tendremos que reconocer la realidad de la guerra de la cual hemos emergido.

El precio de la paz ha sido muy alto. Por lo menos 5.000 personas (tomando las cifras mas bajas y conservadoras), han desaparecido.

Otras 5.000 personas (cifra basada en los datos dados por los militares), han muerto. Entre 1.500 y 2.500 están en la cárcel, la mayoría sin cargos.

Para comenzar, sería de gran ayuda, si el gobierno, por intermedio del Ministerio del Interior, diera a conocer el número de personas que han sido declaradas “desaparecidas” – aquellas que no han sido rastreadas por el ministerio del Interior.

Este es un problema que nos partirá el corazón y nos entumecerá el cerebro, pero que tendremos que enfrentar, todos.

El general Viola hizo un esfuerzo valiente de enfrentar la realidad en su último discurso, cuando habló sobre una nueva categoría de víctimas de la guerra: “aquellos que estarán ausentes siempre”.

Para los parientes la declaración fue cruel, pero por fin se consiguió traer el tema prohibido al descubierto. La pregunta que la prensa –salvo unas pocas y honorables excepciones–, ha ignorado por tanto tiempo, ahora quedó expuesta sobre la mesa.

Consideremos por un momento a dónde nos ha llevado la auto-censura, la misma que la mayoría de los medios aplicaron a pedido del régimen peronista, o durante la época de intimidación por los terroristas.

Debido a que la prensa no informó durante estos tres años, los miles de casos de personas que han sido llevadas sin saber su paradero, gran número de víctimas inocentes de este nuevo tipo de terrorismo (un terrorismo que ha crecido a imagen y semejanza de otros de izquierda), han desaparecido sin dejar ningún rastro. Algunos periódicos sólo informaron sobre los secuestros sufridos por la gente de su personal o de parientes en el cuerpo editorial. Cualquier otro individuo que esté tratando de buscar a su pariente, debe pagar un aviso clasificado. Y hasta muchas veces los medios se han rehusado a imprimir avisos, aún cuando la tarifa fuera doblada.

El resultado ha sido que por tres años el país ha vivido una ilusión. Hemos fallado al no aceptar las realidades de una guerra. Como todas las guerras ésta ha sido increíblemente sangrienta. Además fue muy difícil que nuestros aliados naturales lo pudieran comprender.

Ningún país en el mundo ha tenido que sufrir tal ataque terrorista.

Rememoremos los horrores que hemos tenido que pasar: el espantoso asesinato del jefe de policía, general Cardozo; la bomba en la cantina del departamento de seguridad de la Policía Federal; toda la cadena de asesinatos de hombres con uniforme —comenzando por el humilde policía y a los admirados y altamente respetados generales y almirantes—, a los niños que pasaron frente a un sitio donde un fanático continuaba apretando el gatillo, o los jóvenes que fueron destruidos por bombas. El catálogo de atrocidades terroristas parece ser infinito. Mantenían a sus prisioneros encadenados, tratándolos como bestias. Torturaron, sobornaron y aterroizaron, día tras día a la comunidad. Y estos no fueron casos aislados. Recuerdo la pila de horrores diarios. Y también recuerdo mi asombro cuando no hubo una genuina reacción de repugnancia, ni de indignación, ni de unidad de la población en general.

Entonces al llegar el golpe, fue natural —aunque totalmente irreal,— pensar que las Fuerzas Armadas podrían cambiar de un día para otro el panorama, haciendo que el oscuro cielo se convirtiese en un diáfano cielo azul. También era natural que se pensase que las desapariciones (que habían empezado antes del golpe), terminarían y que las cortes judiciales se recuperaban y que los jueces imparciales serían los que dictarían las sentencias, aunque fueran severas. La pena capital había sido introducida. Pero fue una guerra y se había originado una ruptura en la sociedad, y los inocentes seguían muriendo

Fue una guerra donde no hubo información –a veces por entendibles razones de seguridad– y en otros casos porque hubo un sentimiento entre los miembros de las Fuerzas Armadas, señalando que una prensa libre sería invariablemente usada por los terroristas. Pero dado el sentimiento que tuvo que sufrir el país, una prensa responsable debería haber emergido para tener a la población informada y hacer entender la historia, mientras se estaba desarrollando.

Se puede decir que la prensa extranjera no cubrió la destrucción total causada por los terroristas a nuestra sociedad –la cual sigue siendo, sacando ciertas imperfecciones, básicamente decente– Pero la prensa extranjera no fue motivada a investigar las noticias sobre terrorismo, porque según la idea oficial, esas noticias eran solamente “asuntos policiales”. Y así comenzó el encubrimiento. Sin embargo hubo muchos corresponsales extranjeros valientes, que informaban las actividades terroristas. Cuando la prensa local ignoró lo que estaba sucediendo en Tucumán, Joe Novitski, del diario “The Washington Post”, venía enviando sus notas desde el territorio controlado por terroristas. Muchos prefirieron, ayer como hoy, mirar para otro lado y no ver lo que venía ocurriendo.

Sin embargo, Michael Field escribió en el diario “London Daily Telegraph”, que la mayoría de la prensa extranjera solamente presenció el segundo acto de la tragedia argentina, sin haber visto ni conocido lo que había sucedido antes.

Lo que me preocupa ahora es que nosotros el pueblo –y también el gobierno– hemos cerrado nuestra visión a mucho de lo que ha venido pasando en el segundo acto: ¡No hemos querido saber!

Nadie, exceptuando unos pocos –han entrevistado a aquellos parientes de los jóvenes desaparecidos. La peregrinación de los jueves hasta Plaza de Mayo, ha sido ignorada por el 90% de la población y por los medios de comunicación. El clamor desesperado, brotando de los corazones de la gente que ha perdido a alguien que se llevaron miembros de las fuerzas de seguridad, ha existido sin ser oído. Este grito ha sido escuchado en el extranjero, por la simple razón que nada se ha hecho o investigado en Argentina. El movimiento de Derechos Humanos no existiría hoy, si no fuese por el pedido patético de aquellos que no han podido encontrar eco y que solamente hallaron un muro de ocultación en el país.

El problema de esta gente que sufre –víctimas inocentes de una de las guerras más salvajes–, es nuestro problema. Y ese problema debería enfrentarse y resolverse acá mismo.

Los parientes de los “desaparecidos” se están volviendo locos por la peor tortura que pueda existir: la de no saber nada. Después de dos o tres años de la ausencia de un hijo o de una hija, en muchos casos sacados del hogar paterno por un oficial de las Fuerzas Armadas, que habían pedido los acompañen, para hacerles solamente un “interrogatorio sin mayor importancia” muchos padres creen ver la cara de su hijo o hija entre la multitud. Entre la gente de la calle.

Los parientes dicen con absoluta honestidad que lo único que ellos quieren saber es qué ha pasado con el hijo arrancado de la casa. Quieren saber si tendrán que esperar pacientemente que vuelvan, o hacer duelo...

La gente de EEUU ha tenido que asumir históricamente horror tras horror: los asesinatos de los hermanos Kennedy, de Martin Luther King, de la guerra de Vietnam y anteriormente, las luchas por los derechos civiles (donde también hubo desaparecidos). Gran Bretaña ha asumido su pasado colonialista, con un terrible récord en Irlanda y continúa ahí la batalla contra el terrorismo. Los alemanes han aceptado enfrentar el Holocausto y los japoneses reconocen las crueldades que hicieron durante la Segunda Guerra Mundial. El mundo asumió Hiroshima. Nosotros tenemos que asumir nuestra Hiroshima. Pero como vivimos lejos de los grandes impactos violentos que formaron nuestra civilización occidental – y casi nos destruyeron en el proceso–, insistimos en denunciar una actitud absurda, más que cruel. Sería como si el presidente Truman hubiera dicho que no sabía quién dio la orden de arrojar la bomba atómica.

La Argentina tiene que haber madurado como pueblo y como Nación, después de tanto sufrimiento. tenemos que emerger como un pueblo unido asumiendo nuestra historia, con una culpa y una responsabilidad compartida por todo lo que ha ocurrido. Tenemos que salir a la luz. Tenemos que liberar los prisioneros de nuestra oscuridad. Y tenemos que aceptar el bien con el mal, el regocijo con la desesperación y reemplazar los eufemismos con hechos y las evasiones con la verdad. Este es nuestro problema.

No hay escasez de información en el exterior, exagerada en algunos casos, muchas veces parcial, a veces distorsionadas por los terroristas que se escaparon y que continúan ejerciendo un terrorismo diabólico a través de la propaganda. No va a ser fácil cicatrizar las heridas que hemos rehusado reconocer. Pero lo podremos hacer si tenemos confianza en la gente y en el país; y si somos honestos con nosotros mismos y nos damos cuenta que tenemos que afrontar este problema humano. Las consecuencias políticas de la guerra pueden enfrentarse solamente después de hacer un esfuerzo para terminar con el sufrimiento de aquellos cuyos gritos angustiados piden saber dónde están sus seres queridos –muertos o vivos–, ello reverberará cual eco, en cada rincón civilizado del mundo.

**Robert J. Cox.**

El artículo presedente fue publicado como uno de los trabajos finales del director del «Buenos Aires Herald».



**LO QUE SIGUE ES LA DECLARACIÓN DE ROBERT JOHN COX,  
COMO DIRECTOR DEL “BUENOS AIRES HERALD” (DE 1969  
A 1979), DURANTE EL JUICIO A LA JUNTA MILITAR, EN 1984.**

*Mientras se desempeñó al frente del diario ¿tuvo usted denuncias de parte de personas que hubieran sido víctimas de desapariciones o violaciones de derechos humanos?*

– «Centenares, quizás miles, no sé exactamente cuántas. En un tiempo recibíamos en el diario quince personas por día, algunas veces más. Con Andrew Graham –Yool descubrimos que estaban ocurriendo cantidad de cosas que no se publicaban en los diarios, porque la gente estaba demasiado atemorizada como para informar. Un matrimonio inglés vino a verme. Me contaban que habían sido secuestrados y me dieron los detalles. Me dediqué entonces a investigar como periodista la mayor cantidad de casos que pude, y descubrí que en todos aquellos secuestros existía un mismo patrón, pero la situación no permitía publicar algo así en la Argentina. Traté entonces de dar una alarma sobre ello, escribiendo en el diario norteamericano **The Washington Post**.

– ¿Existía alguna directiva del gobierno a la prensa sobre la forma de tratar este tema?

– Poco tiempo del golpe de estado escribí una editorial que decía que, después del desastre de Isabel Perón, era quizás irónico que a través de una dictadura finalmente se pudiera llegar a una democracia. Recibimos entonces una llamada telefónica, donde se nos indicó que no debíamos publicar información relacionada con las desapariciones, descubrimiento de cadáveres, enfrentamientos armados con grupos subversivos o cualquier otro delito relacionado con la subversión, si no recibíamos información oficial. Como no podíamos aceptar esa exigencia a través de una llamada telefónica, sino al menos por escrito, Graham – Yool, jefe de redacción del diario, fue a la Secretaría de Información Pública y volvió con un papel de muy baja calidad, sin membrete y sin ninguna identi-

ficación, ni siquiera firma, donde se repetía literalmente el mensaje telefónico. Al día siguiente lo informamos a los lectores. Creo que **La Prensa** tomó la misma actitud.

Este acto de censura era una respuesta directa al hecho de que habían comenzado a aparecer grandes cantidades de cuerpos en los ríos, o a los costados de los caminos, y nosotros, al igual que otros diarios, estábamos informando de todo eso. Pensábamos que teníamos que hacer lo que estuviera dentro de nuestras posibilidades para decir a nuestros lectores por lo menos parte de lo que estaba pasando. Debido a nuestra confianza en el sistema legal argentino y como protección a esta barbarie, pedíamos a las personas que acudían a nosotros buscando a sus familiares desaparecidos, que trajeran como confirmación oficial un recurso de *habeas corpus* presentado ante los tribunales, antes de publicar la noticia de su desaparición.

Durante el Mundial de Fútbol (1978), me llamaron de Casa de Gobierno. El secretario de Información Pública (un almirante, no recuerdo su nombre), estaba furioso porque habíamos publicado en primera plana un artículo sobre la desaparición de Raúl Delgado y de otros periodistas. El gobierno acababa de suprimir una ley que denominábamos la "Ley López Rega", que prohibía reproducir toda información sobre la Argentina que proviniera del exterior. Y el almirante me reclamaba cómo podíamos publicar un informe sobre la desaparición de Delgado y los otros periodistas cuando, desde su punto de vista, el gobierno acababa de restaurar la libertad de prensa, al revocar esa ley. Todas estas cosas se manejaban de manera muy sutil.

Las amenazas contra mi hijo Peter, de diez años de edad, se produjeron después de muchísimas amenazas en mi contra y algunas contra mi esposa, pero esto fue la gota que rebalsó el vaso. Era una carta manuscrita en un papel que llevaba el membrete de los Montoneros. Ese tipo de amenazas, enviadas a muchos periodistas, siempre con el membrete de Montoneros, eran algo completamente familiar para mí. Cuando mi hijo recibió esta última amenaza, Máximo Gainza\* vino a verme muy preocupado, porque su hijo y mi hijo estaban en el mismo colegio, y me mostró una amenaza prácticamente igual a las que yo estaba recibiendo hace un año y medio. Gainza me contó entonces que uno de sus periodistas había visto cuando se escribían estas amenazas en la central de la SIDE.

\* Máximo Gainza era director y propietario del diario La Prensa de Buenos Aires.

El general Martínez, que en ese momento estaba al frente de la SIDE, me escribió una carta, días después, donde se quejaba por una referencia que yo hacía en un artículo que escribí para la revista **Newsweek**, dando detalles de la amenaza contra mi hijo. Me decía en esa carta que había hablado con Gainza y que éste negaba haberme dicho que uno de sus periodistas hubiera visto que esas falsas amenazas eran escritas en la SIDE. Pero Gainza me aseguró dos veces que nunca había hablado con el general Martínez de este tema y me confirmó además que uno de sus periodistas le dijo haber visto cómo se escribían esas falsas amenazas de Montoneros, que tampoco eran amenazas, sino cosas así: “Estimado señor Cox, una vez que hayamos logrado nuestra victoria, recordaremos su valiente lucha en favor de los derechos humanos”.



**Imágenes y documentos de esta historia  
Fotos de archivo del diario El Tribuno,  
del Buenos Aires Herald  
y del archivo de la familia Cox.**





**Jorge R. Videla al centro, entre Lambruschini y Emilio Massera, los tres responsables del siniestro plan de exterminio, en tiempos de la dictadura (1976 - 1983).**





**Isabel Martínez de Perón, el general Juan Domingo Perón  
y José López Rega en 1973.**



**López Rega, creador  
de la Triple A  
junto a Isabel  
M. de Perón (1975).**





**Maud Daverio con su tío, el general de Olano, visitan al general Perón, en la primera presidencia.**



**Walter Kleim es rescatado entre los escombros de su casa tras el atentado terrorista**





**“¡Mire Cox, a las listas de desaparecidos las tiro a la basura!”  
(del ministro del Interior Harguindeguy)**





**Adolfo Pérez Esquivel, premio Nobel de la Paz,  
con las “Madres” en la Plaza de Mayo**





**El ex-presidente de facto Alejandro A. Lanusse con María Pía de Sajón, tras la misa en memoria del desaparecido Edgardo Sajón, su esposo.**





**Robert John Cox, director del “Buenos Aires Herald”,  
recibe el premio Moors Cabot (1978)**





**Perla Amoroso, primera de la izquierda,  
Maud de Cox, cuarta desde la izquierda  
y en el extremo derecho "Chocha" Gómez Carillo,  
en el coro "Sursum Corda".**





**Bob con sus hijos David, Peter y Ruth se despiden de sus amigos (Diciembre de 1979).**





**La familia Cox en el aeropuerto de Ezeiza poco antes de dejar el país (Diciembre de 1979).**





**“... partimos por casi toda una vida”  
(Ruth Cox, a los 7 años, diciembre de 1979)**









importe podrán comprar media docena en cualquier país, e ir a trabajar por ejemplo a París, con el "Rosabium" en otro "Herald" más grande.

Motivo: la persecución desatada por la represión de los milicos, contra quienes defienden la libertad y los derechos humanos.

Quedarse todos y morir luchando por la libertad por los derechos humanos, por pedido de los buenos amigos de la dictadura y por...

Ustedes preferimos la primera opción y queremos creer que vos, tus hermanitos, los amiguitos de tu papá (Freeman, Friedman, etc.) y tus tíos que los esperan para pasar unas menijunas en Inglaterra, prefieren lo mismo.

Un montón de saludos revolucionarios de los amigos de tu papá.

Montoneros

Fotocopia de la carta que le enviaron a Peter Ignacio, de diez años.

Dice: "Montoneros", pero era el sello que usaba la SIDE. (Noviembre de 1979)

El texto aclarado forma parte de la obra. (Ver capítulo 8)



A Roberto Cox,  
este santísimo idealista,  
a quien tanto debo en la  
recuperación que ahora emprendo  
de mi vida,  
a este hombre que no conozco  
y ahora, al llegar de repente a su  
conocimiento, conozco y reconozco  
no solo como un hombre,  
sino como un Gran Hombre.  
El nombre de este hombre  
quedaría escrito en la historia,  
que no escribiré, de mi vida.

---

Primavera 1927

Gracias, de todo, por recibirme tan  
fácil y gentilmente en su hogar  
en este fantástico comedor de hoy



A Roberto Cox,  
este sanísimo idealista,  
a quien tanto debo en la  
recuperación que ahora emprendo  
de mí mismo.

A este hombre que no conocía  
y ahora, al llegar de repente a su  
conocimiento, conozco y reconozco  
no sólo como un hombre  
sino como un Gran Hombre.  
El nombre de este hombre  
quedará escrito en la historia,  
que no escribiré, de mi vida

Primavera 1977

Gracias Maud, por recibirme tan  
fina y sensiblemente en su hogar  
y esta fortísima comida de hoy

Dedicatoria de Antonio Di Benedetto (1922 - 1986), periodista vocacional y  
escritor por inspiración creativa. Este gran hombre de la literatura y  
del periodismo, en una trágica realidad fue mártir de la maldad  
y la víctima del peor de los errores que causó en el país la represión del terrorismo.  
Fue el autor del libro de poemas "El juicio de Dios".

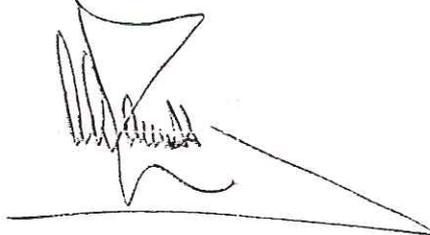


Buenos Aires, 22 enero 80.

ALEJANDRO A. LANUSSE  
Comisario General (R.)

Estimados amigos:  
Al volver por estos pagos después de  
pasar unos días visitando a los hijos y nietos residentes en  
San Martín de los Andes (Neuquén), me junté con ustedes expresi-  
va tarjeta. Agradecí y retribuí, en nombre también de mi  
señora y con especial afecto, vuestros saludos y buenos deseos  
Comparto vuestro deseo de mejor "clima" por estos lares  
para facilitar vuestra vuelta y por el bien de nuestra Patria.

Con un fuerte abrazo





Buenos Aires, 22 Enero 80

Estimados amigos:

Al volver por estos pagos después de pasar unos días visitando a los hijos y nietos residentes en San Martín de los Andes (Neuquén), me junté con vuestra expresiva tarjeta. Agradezco y retribuyo, en nombre también de mi señora y con especial afecto, vuestro saludos y buenos augurios. Comparto vuestro deseo de mejor “clima” por estos lares, para facilitar vuestra vuelta y por el bien de nuestra Patria.

Con un fuerte abrazo

AALanusse

La carta manuscrita precedente cuyo original se publica en la página anterior le fue remitida a los Cox a los Estados Unidos.



# Buenos Aires Herald

EL HERALDO DE BUENOS AIRES

FOUNDED IN 1816

BUENOS AIRES, TUESDAY, JULY 2, 1974

Page 32

1963 Year—10 552  
52 pgs.

Two days of mourning

## President Perón dies

HERALD CENTENNIAL YEAR  
Buenos Aires Herald  
EL HERALDO DE BUENOS AIRES

Isabel Heave-capital

## Tanks roll toward BA

HERALD CENTENNIAL YEAR

Buenos Aires Herald  
EL HERALDO DE BUENOS AIRES

BUENOS AIRES, THURSDAY, MARCH 21, 1974

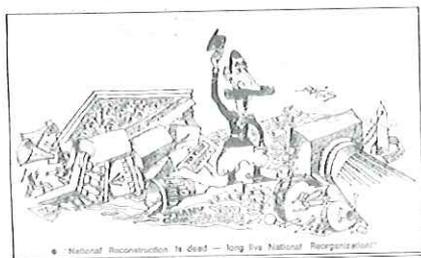


Founded 1816  
1969—12 514

18 Pages  
Price \$3.00

All calm after Isabel's arrest

## Junta takes charge



Founded 1816  
1969 Year—12 514

HERALD CENTENNIAL YEAR

Buenos Aires Herald  
EL HERALDO DE BUENOS AIRES

BUENOS AIRES, SATURDAY, APRIL 13, 1974



18 Pages  
Price \$3.00



At police security HQ

## Bomb blast kills 18 and hurts 66

Algunos títulos del "Buenos Aires Herald" reflejando la historia del comienzo de la dictadura. A la derecha abajo, el enfoque humorístico, y el atentado en la policía.





# Buenos Aires Herald

EL HERALDO DE BUENOS AIRES

Nuestro  
lugar:  
Florida  
Casa central: Florida 1  
Sucursal:  
Av. Galicia 745  
Avellanedo. 

Founded 1876  
33rd Year — 1039 (new series)

BUENOS AIRES, WEDNESDAY, AUGUST 1, 1979

24 Pages  
Price: \$ 400.-

Rights group announces:

## Missing children turn up in Chile



Una de las innumerables denuncias del rapto de niños, ésta de los pequeños Anatole y Eva Julien Grisonas que publicó el BAH, en tapa, en tiempos de la dictadura.



¿Quiénes eran los curas Palotinos?

Para el momento en que fueron cobardemente ejecutados, los curas “palotinos” de la iglesia católica en Belgrano, Buenos Aires, la orden cumplía noventa años en Argentina. Los asesinados en la parroquia de San Patricio fueron: el padre Pedro Dufau, que tenía más de setenta años y medio siglo como sacerdote. Era nativo de Mercedes, que es el hogar de la orden en el país.

El padre “Alfie” Leaden, que tenía sesenta años era respetado por los parroquianos como un “santo en vida”. Era el superior de la orden en el país y se había ordenado hacía 35 años, sirviendo en Roma y en Río Grande do Sul, Brasil, y en varios pueblos de Buenos Aires. Otra víctima el padre Alfredo Kelly, de 43 años también había nacido en Mercedes y había servido como sacerdote en su pueblo San Antonio de Areco y los últimos años en San Patricio.

Salvador Barbieto, de 28 años fue el primer reclutado en San Antonio de Areco y era el director de la escuela maronita de Buenos Aires.

José Emilio Barletti, 21 años, nacido en Avellaneda se desempeñaba como maestro de escuela.

Estos cinco religiosos fueron ejecutados salvajemente en la casa parroquial de San Patricio, por grupos de “minotauros”, cuyo jefe fue identificado, pero nunca procesado ni castigado.



# Índice

Introducción, por Uki Goñi .....	7
Prólogo .....	9
Capítulo 1: Rondó .....	17
Capítulo 2: «¡La felicidad, ha, ha, ha, ha!» .....	25
Capítulo 3: Quizás por culpa de una bala perdida .....	35
Capítulo 4: El beso envenenado .....	43
Capítulo 5: Silencio .....	55
Capítulo 6: «Willkommen zu Cabaret» .....	71
Capítulo 7: «¿Sabe Cox? A las listas de desaparecidos las tiro a la basura» .....	81
Capítulo 8: «Vámonos vida mía, vámonos, donde...» .....	87
Capítulo 9: Perla o «La fuerza del destino» .....	109
Algunos testimonios .....	121
«Coming to Terms With History» (Asumir la verdad histórica) .....	123
Declaración de Robert Cox .....	129

